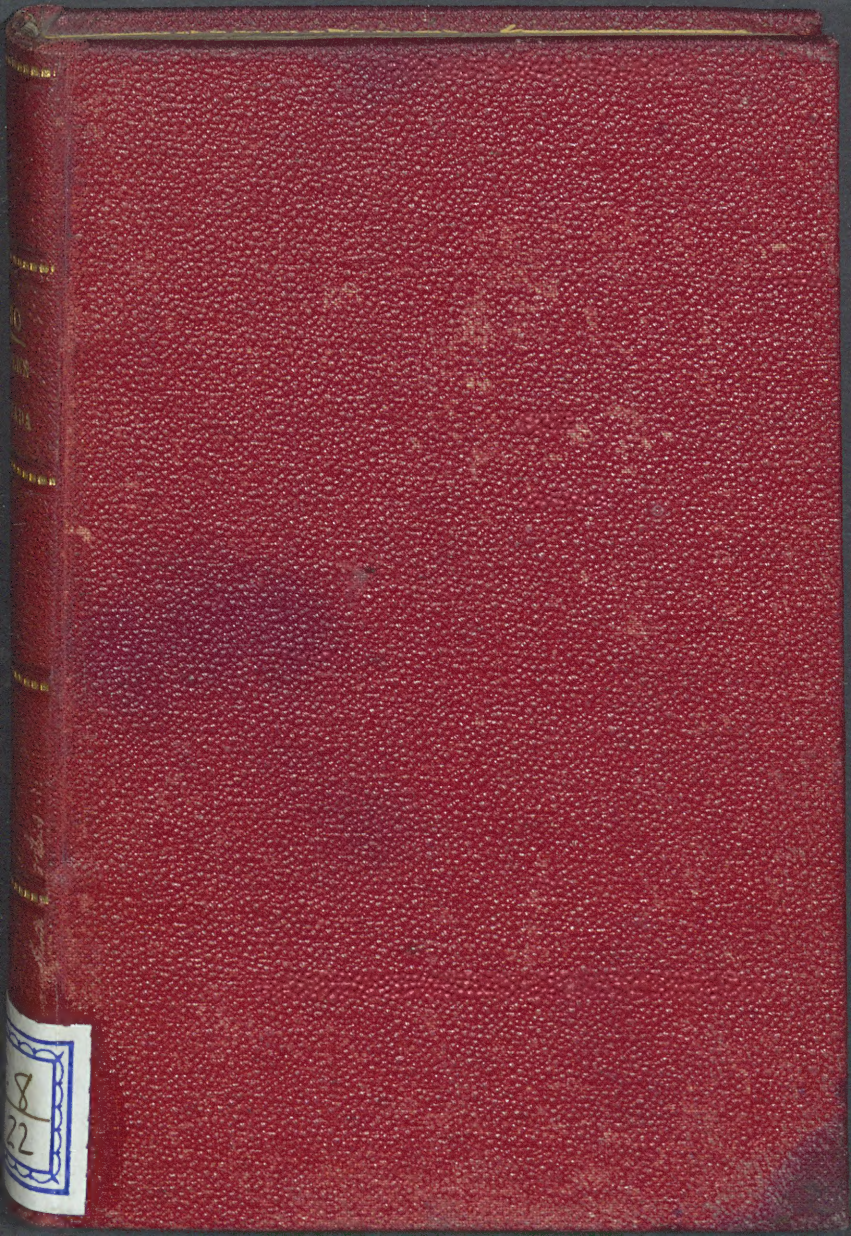


Mont. 8
6/22
llos 50569

R_50660

LA JERUSALEN LIBERTADA:

DE

Torcuato Tasso.

Trasladada al castellano de la traduccion francesa hecha en prosa en 1774, corregida despues, y publicada en 1814;

POR

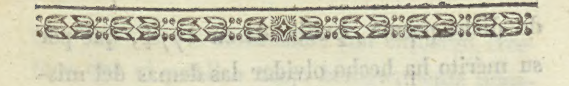
Don Antonio Izquierdo de Masteren.

TOMO PRIMERO.

MADRID: OCTUBRE DE 1832.
Imprenta de D. Tomás Jordan, *calle de Toledo, frente á la del Burro.*

DONACION MONTOTO

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA



EL EDITOR.

A pesar del mérito y justo renombre de la Jerusalen del Tasso, y de haberse hecho de este poema cuatro traducciones á nuestro idioma, estas son sumamente raras, y aquel ha quedado casi desconocido; por cuyas razones hemos creido hacer un servicio á nuestra patria publicando la presente traduccion.

Mas como el hacerla en versos españoles sea empresa superior á nuestras fuerzas, y por otra parte el limitarla únicamente á la esposicion de los hechos en una prosa sencilla y llana sería reducirla á una simple relacion histórica, en que no tienen lugar las bellezas de la epopeya; para obviar estas dificultades hemos tomado por modelo la traduccion francesa

de dicho poema, publicada en 1774, que por su mérito ha hecho olvidar las demas del mismo idioma.

Se descubre en esta obra que su autor conocia á fondo las bellezas poéticas; y observando el arte con que ha hecho pasar á su idioma las que eran susceptibles de este tránsito, se vé que habia meditado la invencible dificultad de suplir con la rima vaga de la prosa la medida y melodía de los versos, y la de luchar con una lengua menos armoniosa, aunque elegante y sabia, contra la mas sonora, mas diversamente acentuada, y mas eminentemente música de todas las lenguas modernas.

El traductor francés se propuso conservar en su traduccion en prosa toda la sublimidad de la epopeya; obra dificil, pero que desempeñó con mas acierto que cuantos le habian precedido en la misma carrera. En la que publicamos hoy, nos hemos propuesto imitarle; pero dudamos haberlo conseguido, no solo por la dificultad que presenta el fiel y esacto desempeño de cualquiera version de una á otra lengua, sino tambien por lo árduo de la em-

presa que hemos acometido; sim embargo, creemos que el público acoja benignamente nuestros trabajos; pues ellos, cuando menos, podrán darle á conocer el mas célebre de los poemas modernos, y la rica y fecunda imaginacion del poeta de Sorrento.

NOTICIA

SOBRE LA VIDA Y CARÁCTER

DEL TASSO.

Un escritor célebre ha dicho que la vida de un literato no debe ser mas que la historia de sus escritos. Esta opinion, como la mayor parte de las máximas generales, tiene cierto aire de sentencia que impone á primera vista, pero que no resiste al examen.

Somos demasiado propensos á juzgar por lo que tenemos á la vista de lo que ha ocurrido en otros tiempos y en otras circunstancias. Hoy los literatos, los sábios, alejados de los negocios por la opinion, y de las intrigas de la sociedad por su gusto, se entregan á trabajos sedentarios, que, ocupando la actividad de su imaginacion, los preservan de las borrascas de la ambicion y de las vicisitudes de la fortuna. Su vida, aunque generalmente tranquila y uniforme, se vé algunas veces agitada por las pequeñas pasiones que alteran la especie de dicha en que viven, pero rara-

mente por los grandes intereses que dividen la sociedad; y si, cuando ya no existen, su memoria atrae la atencion de los hombres, es mucho mas sobre lo que han pensado, que sobre lo que han hecho.

Pero si en tiempos bien diferentes de los nuestros se hubiese encontrado un hombre que hubiese recibido de la naturaleza aquella imaginacion ardiente que distingue á los poetas con la escesiva sensibilidad que caracteriza á los hombres apasionados; si uniese á todos los demas dones del alma aquellas singularidades de carácter que acompañan generalmente al talento; si colocado por su nacimiento en medio de las borrascas de la corte y de los vaivenes de las revoluciones políticas, los triunfos del poeta se hallasen sin cesar agitados por los reveses de la corte; si la superioridad de su talento le suscitase tantos enemigos como admiradores; si devorado por la sed de la gloria se manifestase impaciente de gozar de ella, y se irritase á vista de los obstáculos que le detuviesen en su carrera, es facil de concebir que semejante hombre ha podido, en una vida aun muy corta, reunir bastantes alternativas de gloria y de abatimiento, de satisfacciones y de amargura, de prosperidad y de desgracia, para esparcir sobre la historia de su vida un interés que no puede inspirar la vida de los hombres ordinarios.

Este hombre es el Tasso: y tal fue en resumen su vida, cuyos principales rasgos vamos á exponer. Los italianos han escrito numerosos volúmenes sobre la vida del Tasso: nosotros no tenemos tanto interés en su memoria como sus compatriotas. La distancia de los tiempos y de los lu-

gares ha debilitado prodigiosamente para nosotros la importancia de los acontecimientos de su vida: pero como las vicisitudes de su fortuna han estado siempre ligadas con las de su ingenio y de su fama, parecen en todos tiempos dignas de la atencion de los hombres sensibles y de los amigos de las artes.

Torcuato Tasso, que llamamos simplemente el Tasso, nació en 11 de marzo de 1544 en Sorrento, en el reino de Nápoles; su padre fue Bernardo Tasso, y su madre Porcia Rossi.

La familia de Tasso era antigua é ilustre. Esta circunstancia añadió poco esplendor á la gloria de su nombre; pero tuvo en su destino una influencia notable.

Otra circunstancia mas dichosa para el Tasso fue el haber tenido por padre uno de los mejores poetas que habia entonces en Italia, y uno de los escritores que contribuyeron mas á honrar la poesía italiana. El Dante y el Petrarca habian sido los primeros en sustituir la lengua nacional al uso antiguo de la lengua latina; pero á pesar del buen éxito que en general habian obtenido los escritos de estos dos grandes poetas, su egemplo fue poco seguido: produjeron muchos copistas, pero no tuvieron imitadores. Dos causas concurrieron á paralizar los progresos de la lengua italiana: por un lado el ascendiente de la corte de Roma, que no empleaba en todos sus escritos mas que el latin, y por otra la supersticion de los sábios por la filosofía platónica, que dominaba entonces en las escuelas, y cuyos dogmas parecian ó demasiado elevados, ó demasiado profundos para escribirlos en lengua vulgar.

Cien años despues del Dante y de Petrarca, las obras de Boyardo, de Ariosto y de Bernardo Tasso, sostenidas por la autoridad de Lorenzo de Medicis, y del cardenal Bembo, hicieron triunfar la lengua nacional de las preocupaciones que todavía consagraban el uso de una lengua muerta.

Bernardo compuso pastorelas y otras poesías, que fueron bien recibidas. Pero lo que le colocó en el rango de los primeros poetas de su tiempo fue un poema intitulado *Amadigi*, imitacion de un romance español, entonces muy célebre, intitulado *Amadís de Gáula.*

Su hijo empezó desde la cuna á tartamudear los versos de su padre, y á formar su oido á la armonía poética. Los primeros desarrollos de su ingenio fueron asombrosos. Los historiadores de su vida cuentan prodigios: dicen que aun no tenia un año, cuando no solamente pronunciaba esacta y distintamente su lengua, sino que discurria y contestaba acorde á lo que se le preguntaba: dicen que no habia en sus discursos nada de niño mas que la voz: que se le veía raras veces reir ó llorar; y que aun en las vivas sensaciones de placer ó de pena que provocaban su risa ó su llanto, daba ya señales de la fuerza de carácter é igualdad de alma que manifestó despues en sus desgracias. Es de creer que haya en esto alguna exageracion, pero no se puede dudar de que el jóven Tasso manifestó desde sus primeros años el gérmen de talentos estraordinarios.

Sus desgracias empezaron cuasi con su vida: su familia habia perdido su fortuna: su padre, que reunía al gusto por las letras el génio de los negocios públicos y políticos, se habia visto precisa-

do á colocarse bajo la dependencia de Ferrante de san Severino, príncipe de Salerno. Pero este príncipe, por ciertas desavenencias con el virey de Nápoles, se espatrió, y dejando el servicio de Carlos V, tomó el de Henrique II, rey de Francia. Bernardo Tasso, que le siguió, se halló envuelto en su proscripcion: le fueron confiscados sus bienes como rebelde; y los hermanos de su esposa, aprovechándose de su desgracia, se negaron á pagarle la dote de su hermana, que murió de sentimiento, dejando á su marido dos hijos, Cornelia y Torcuato.

El hijo de Bernardo, aunque solo de edad de nueve años, fue comprendido personalmente en la proscripcion de su padre, y se vió obligado á salir del reino de Nápoles. Entonces se hallaba en un colegio de Jesuitas, en donde sorprendia á sus maestros por lo rápido de sus progresos, y por rasgos de ingenio superiores á una edad tan tierna. Ya sabia el griego y el latin, y escribia en prosa y en verso. Se han conservado algunos discursos que habia pronunciado en público, y los versos sumamente interesantes que dirigió á su madre cuando la dejó en Nápoles para seguir á su padre. He aquí la sustancia de ellos: "La fortuna implacable me arranca, aun niño, de los brazos de una tierna madre: ¡Oh Dios! yo no me acuerdo sin suspirar de sus últimos besos bañados de lágrimas, y de sus votos por nuestra pronta reunion, que han sido el juguete de los vientos. ¡Ah! El Cielo me arrancaba para siempre de sus brazos. Semejante á Ascanio, me vi obligado á seguir con paso mal seguro la fortuna de mi padre errante y proscripto."

Bernardo habia acompañado á Francia al príncipe de Tarento, que recibió la acogida mas favorable. Los príncipes en sus desgracias hallan fácilmente protectores y amigos, porque tienen en su favor la memoria de lo que han sido y la esperanza de lo que pueden ser. Se honra la grandeza en el abatimiento, y se cree dificilmente que este pueda ser durable: pero los dependientes de un príncipe proscripto no gozan de las mismas ventajas: perdiéndolo todo, parece que han perdido menos, por la razon de que tenian menos que perder; y haciendo menos ruido su desgracia, llama menos la atencion. Esto fue lo que le sucedió á Bernardo Tasso, quien sufriendo bien pronto todos los inconvenientes de una desgracia oscura y de una indigencia sin recursos, se vió obligado á volverse á Italia.

Entonces se fijó en la corte de Guillermo Gonzaga, duque de Mántua, quien le llenó de beneficios y trató menos como á un dependiente que como á un amigo: pero Bernardo hizo vanos esfuerzos para obtener la restitucion de sus bienes, y aun el permiso para regresar á su patria. Su muger, que no habia podido resistir al peso de tantas desgracias, acababa de morir. Bernardo quiso tener á su lado á su hijo, que habia enviado á Roma y recomendado á un amigo para que continuase sus estudios. Torcuato tenia entonces doce años.

Su padre, al verle se quedó sorprendido de sus progresos. Le encontró profundamente versado en las lenguas sábias, igualmente familiarizado con los filósofos, y sumamente apasionado de Aristóteles y de Homero. Bernardo se aplicó

á cultivar tan felices disposiciones, y envió á su hijo á Pádua á estudiar el derecho. La universidad de aquella ciudad era ya célebre. Torcuato acompañó al jóven Scipion Gonzaga, que fue despues cardenal: y se formó entre los dos una amistad que duró hasta la muerte del Tasso.

En esta ciudad permaneció Torcuato cinco años, dedicándose á los nuevos estudios que le encomendaron con su aplicacion acostumbrada, y haciendo progresos que sorprendian á sus maestros. Sostuvo con brillo estraordinario unas thesis públicas de filosofía, teología y jurisprudencia, y recibió la borla de doctor en diferentes facultades. Pero en medio de estudios tan serios era la poesía la que llamaba mas su atencion, y á la que se dedicaba con mas placer. Pasaba pocos dias en Pádua sin hacer versos; y á la edad de diez y siete años compuso un poema intitulado *Rinaldo*. Era la primera obra de alguna estension que compuso, pues hasta entonces no habia hecho mas que sonetos y algunas composiciones ligeras. Trató de hacerla imprimir: pero al comunicar su proyecto á su padre, encontró una dificultad que no esperaba. Bernardo Tasso, desanimado por los reveses de la fortuna, y por la inconstancia del favor de los grandes, juzgando por su propia esperiencia cuan poco contribuían á la dicha los talentos y aun la misma celebridad, quiso disuadir á su hijo de su empeño en seguir la carrera literaria, y decidirle á abrazar un estado mas propio para reparar la fortuna arruinada de su familia. Fue menester todo el crédito y toda la autoridad del cardenal de Este para determinar á Bernardo Tasso á permitir que su hijo imprimiese su

poema, lo que se verificó en Venecia en 1562; y el jóven autor le dedicó á su protector el cardenal de Este.

El suceso de este poema fue felicísimo en toda Italia. Un talento tan estraordinario en un jóven cursante de la universidad de Pádua escitó la admiracion sin despertar la censura. Tal es generalmente la suerte de las primeras obras de un hombre de ingenio: su superioridad no ha humillado aun el amor propio de los rivales. Las almas sensibles á las producciones de las artes se entregan desde luego á las impresiones naturales que esperimentan; se complacen en estimular un talento desconocido que les promete nuevos placeres: sus votos son una especie de proteccion, y esta disposicion benévola no se halla aun balanceada por el efecto de la envidia secreta que impele á ciertos genios egoistas y mezquinos á deprimir lo que el público ha celebrado, y á buscar manchas en donde otros no encuentran mas que bellezas.

El esplendor de aquel triunfo no sirvió mas que para fortificar al padre en la opinion que habia formado con respecto á la pasion de su hijo por la literatura y la poesía. Bernardo Tasso tomó el partido de ir él mismo á Pádua para reducir á su hijo á sus ideas. Le habló con la mayor vehemencia sobre el peligro de dedicarse á estudios ociosos, que perjudican á la fortuna, sin contribuir á la dicha; y viendo que sus primeras exortaciones hacian muy poca impresion en el jóven Torcuato, dejó escapar algunas espresiones fuertes. Torcuato escuchaba con tranquilidad sin responder una sola palabra. ¿Pero qué fruto, le dijo su

padre, esperas sacar de esa vana filosofía de que parece haces tanto caso?-- Ella me enseña, le contestó su hijo, á soportar con resignacion vuestros reproches.

Lo que distingue particularmente al hombre de talento es aquel impulso secreto que parece que le arrastra, como á pesar suyo, ácia los objetos de estudio y de aplicacion, mas propios para escitar la actividad de su alma y la energía de sus facultades intelectuales. Es una especie de instinto que ninguna fuerza puede domar, y que por el contrario, se exalta con los obstáculos que se oponen á su desarrollo. El Ariosto habia sido tambien contrariado largo tiempo en su estudio de la poesía por su padre, que queria igualmente obligarle al de las leyes. Petrarca tuvo la misma suerte. El Tasso, como aquellos dos poetas, resistió á las instancias de su padre, y se abandonó á la inclinacion natural, que le condujo á ser un gran poeta.

Habia en Pádua una academia llamada de los *Ethérei*: habiendo sido nombrado su protector Scipion Gonzaga, hizo admitir en ella á Torcuato, quien, segun la costumbre de las academias de Italia de aquella época, tomó el nombre particular de *Pentito* (arrepentido); y se cree que tomó con estudiada eleccion este nombre para manifestar sus sentimientos de haber robado á las bellas letras los años que se habia visto obligado á emplear en el estudio de la jurisprudencia.

Sus talentos eran tan sólidos, como viva su imaginacion; y su gusto por la filosofía no era menos decidido que su pasion por la poesía. Aquel conjunto de erudicion y de facundia que se halla

en sus escritos, es el que les dá un carácter de solidez y de elegancia que los distingue de un modo tan eminente de los mejores poetas de su pais y de su tiempo.

Trisino habia públicado en 1547 un poema intitulado: *L'Italia liberata.* Este era el primer poema heróico que hubiese aparecido despues del restablecimiento de las bellas letras. El autor poseía una grande erudicion, pero no tenia ingenio. Habia hecho un estudio profundo de Homero: se propuso imitarle en el plan de su poema, pero imitó de la Iliada lo que debia imitar, y no pudo igualar á su modelo en lo que constituye la verdadera superioridad del poema griego, en la riqueza de la imaginacion y en la armonía del lenguaje. Voltaire dice en su ensayo sobre la poesía que *L'Italia liberata* tuvo aceptacion. Se equivoca. Bernardo Tasso escribia á su amigo Varchi: "Se admira la ciencia de Trisino, pero no se lee su poema; y á pesar de las bellas cosas que contiene, fue enterrado el mismo dia que nació."

El Ariosto habia publicado muchos años antes su *Orlando furioso.* Poco cuidadoso de hacer una obra regular, habia tomado por accion de su poema, no un acontecimiento puramente histórico, que siempre entorpece la viveza é impulsos del ingenio, sino aventuras de caballería andante, objeto vulgar, análogo al gusto general de su tiempo, favorable á todos los desarrollos de una imaginacion viva y brillante, y que admitiendo la mezcla de lo heróico y de lo jocoso, permitia al poeta emplear en él todos los tonos y todos los colores de la paleta poética.

La imaginacion del Tasso, menos original, y

menos fecunda tal vez que la de Ariosto, estaba nivelada por un gusto mas delicado, y por principios mas sanos, por un estudio mas profundo de los medios del arte, y por un discernimiento mas esacto de lo justo y de lo bello.

Habia seguido esactamente el precepto de Horacio: en las escuelas de los filósofos fue donde perfeccionó los talentos que le habia dado la naturaleza; y, apasionado por Homero, aprendia á imitarle estudiando á Platon.

El espíritu que reinaba en su tiempo, y los egemplos de los poetas que le habian precedido, eran mas propios para descarriarle que para servirle de guia. Los romances de caballería andante, los cuentos de brujas y hechicerías, y las novelas galantes y libertinas de que Bocacio habia dado el modelo, eran la diversion y formaban el gusto de todas las clases del pueblo. Los poetas se conformaban con él. Boyardo habia publicado un poema lleno de combates de caballeros errantes, de encantamientos y de aventuras amorosas: el *Orlando inamorato* tuvo un suceso general; pero bien pronto fue oscurecido por el *Orlando furioso*, que, compuesto bajo el mismo plan que el poema de Boyardo, ofrecia la continuacion de los mismos acontecimientos, con mas interés y variedad en los pormenores, y mas encanto y armonía en el estilo.

El Orlando furioso produjo en toda la Italia una especie de embriaguez que dá una idea del entusiasmo que escitó en un pueblo sensible el restablecimiento de las bellas letras.

Los versos del Ariosto fueron al instante retenidos en la memoria, repetidos y cantados, tan-

to en el campo como en las ciudades, así por el pastor que conducia su ganado, como por el marinero que dirigía su góndola, y en las académias literarias como en las reuniones de familia. Este suceso tan prodigioso no impidió que algunas gentes de buen gusto echasen de ver los inconvenientes que presentaba aquella mezcla estraordinaria de acontecimientos sin ilacion, combates sin objeto, y aventuras sin verosimilitud, y á veces sin decencia. No necesito recordar la espresion tan conocida del cardenal de Este al Ariosto. Se vió que Trisino tuvo bastante buen gusto para no imitar al Ariosto; pero desgraciadamente no tuvo bastante talento para reemplazar con bellezas sólidas los defectos que agradaban á su nacion.

Lo que le faltaba al Trisino, lo poseía el Tasso en grado heróico. No se dejó ni deslumbrar por el triunfo de las brillantes irregularidades del Orlando furioso, ni abatir por el disgusto público con respecto á la insípida regularidad de L'Italia Liberata. Pero lo que mas prueba la superioridad de su ingenio, y lo esquisito de su gusto, es que los aplausos que recibió de todas partes por su Rinaldo, no pudieron deslumbrarle sobre los verdaderos defectos de aquel feliz ensayo: aunque muy jóven todavia, conoció muy bien que debia seguir otro camino; y se vé por una de sus cartas que él mismo se juzgaba con mas severidad que el público.

Apenas habia publicado su primer poema, cuando concibió el plan del que habia de asegurar su gloria. Juzgó que si se queria dar á un poema verdadera grandeza y sólido interés, era menester fundar la accion épica sobre un aconte-

cimiento importante de la historia. Conoció tambien que la verdad histórica no era el primer objeto de la poesía, y que la accion mas interesante en sí misma necesitaba ser hermoseada con el atractivo de lo maravilloso y con el encanto de la rima, para interesar á la vez á la imaginacion y á los sentidos: y creyó encontrar en la conquista de la Tierra Santa por Godofredo de Buillon un objeto capaz de llenar todas las condiciones de la epopeya.

Pero antes de trabajar en su nuevo plan, quiso hacer nuevos estudios sobre un arte cuyo campo se estendia á sus ojos por la meditacion. Entonces fue cuando, para su instruccion, y para someterlos al juicio de algunos amigos que merecian toda su confianza, compuso tres discursos sobre la poesía épica, que son tal vez el primer egemplo de reglas que hayan precedido al modelo. Corneille compuso discursos sobre la poesía dramática, que contienen sin duda los mejores principios de este arte: pero los compuso despues de sus tragedias, y valiéndose para ello de las luces que le habian suministrado en el largo curso de su vida, sus trabajos, sus triunfos y sus reveses. El Tasso no tenia mas que diez y ocho años cuando escribió estos discursos. Retirado en Pádua, no trataba mas que con literatos, y no hallándose distraido de sus estudios por ningun obstáculo, se entregaba todo entero á sus gustos favoritos. Pero no disfrutó largo tiempo de aquella dichosa libertad. La fortuna limitada de Bernardo Tasso, y tal vez un resto de resentimiento, no le permitian mantener por mas tiempo á su hijo en aquella especie de ociosidad filosófica. Le de-

terminó á pasar á Ferrera, en donde fue admitido como gentil hombre del cardenal de Este, hermano de Alfonso duque de Ferrara.

Torcuato habia dedicado á este cardenal su poema de Rinaldo, y se presentó en la corte de Ferrara con todas las ventajas que una reputacion naciente bajo tan felíces auspicios debia asegurarle en una corte que se distinguia particularmente por el gusto de las bellas letras. Sobre todo fue acogido con la mayor distincion por las dos princesas Lucrecia y Leonor de Este, á quien su madre Renata de Francia, hija de Luis XII, habia hecho aprender, segun dice Brantome, *las ciencias y las bellas letras, que aprendieron y conservaron perfectamente con rubor aun de los mas sabios: de suerte que si tenian un bello cuerpo, tenian aun el alma mas bella.*

Lucrecia Este, que fue despues duquesa de Urbino, tenia entonces treinta y un años: Leonor tenia treinta. El Tasso no tenia mas que veinte y uno: era alto, bien hecho, sus facciones tenian nobleza y hermosura; pero era un poco vizco, y su aire tenia poca gracia. Hablaba con elegancia, pero con una gravedad que casi tocaba en pedantería: naturalmente era algo tartamudo, lo que le daba un grande embarazo en la conversacion, y le quitaba una gran parte de su gracia.

Poco tiempo despues de su llegada á Ferrara el cardenal hizo un viage á Francia para conferenciar con Carlos IX sobre los negocios de los calvinistas. Llevó consigo al Tasso, que habia sido precedido por su reputacion. Carlos IX, cuya opinion sufrió tanto por el asesinato conocido bajo el nombre de la Saint-Bartelemi, era un príncipe

instruido y amante de las letras. Versado en la literatura italiana, habia gustado mucho del Rinaldo, y conocia ya algunos retazos de la Jerusalen, de los que el Tasso habia dejado sacar algunas copias. Este poema, en el que los franceses hacen un papel tan honroso, no podia menos de gustar en la corte de Carlos IX, y procuró al autor de parte de los cortesanos, y del monarca mismo, la acogida mas lisongera.

El rey gustaba de hablar con él, y se conservan algunos rasgos de sus conversaciones, que aun cuando no sean muy notables, y nada añaden á la idea que se ha formado ya del espíritu del Tasso, se pueden citar como pruebas del estado de aquel tiempo.

Se discutia en una ocasion delante del rey la cuestion sobre cuál era la mayor desgracia que se podia sufrir en la vida. "La condicion mas desgraciada de la vida, dijo el Tasso, me parece ser la de un viejo impaciente y confundido por la miseria: porque no tiene ni los dones de la fortuna para subvenir á sus necesidades, ni los socorros de la filosofía para soportar sus privaciones."

La anécdota siguiente prueba mas que toda otra cosa la consideracion con que le trataba Carlos IX. Un poeta francés que tenia alguna reputacion habia cometido un crimen vergonzoso, y por él fue condenado á muerte. El rey habia desechado varias solicitudes que le habian hecho en favor del culpado, y aun habia mandado que la sentencia se ejecutase sin demora. El Tasso, penetrado de compasion por el poeta, y no atreviéndose á pedirle abiertamente al rey su gracia, empleó para obtenerla un rodeo oportuno. Un dia se presentó al

rey y le dijo: «Señor: yo vengo en nombre de la filosofía á suplicar á V. M. que haga morir inmediatamente á un miserable que por su crimen ha descubierto al mundo de cuán debil socorro son los principios de la filosofía contra la fragilidad humana." Este modo tan particular de interceder por un culpado conmovió á Carlos IX, y concedió sin titubear una gracia que habia negado hasta entonces. Sin embargo, parece que todo el favor que el Tasso gozaba en la corte se limitaba á simples demostraciones de aprecio, pues al mismo tiempo se hallaba en situacion de tener que recurrir á sus amigos para cubrir ciertas necesidades, á cuyo abrigo pudiera haberle puesto la benevolencia de un príncipe tan amante de las letras. Balzac escribe que el Tasso se vió obligado en aquella época á pedir un escudo prestado á una señorita, y añade que el autor de la Jerusalen salió de la corte de Francia con el mismo vestido con que entró en ella.

La relacion de Balzac se halla confirmada por un pasage de las cartas de Guy-Patin. El Tasso se hallaba reducido á tal estremidad, que se vió en la precision de pedir prestado un escudo á uno de sus amigos para subsistir una semana; y que hizo un hermoso soneto suplicando á su gata le prestase la luz de sus ojos durante la noche, porque no tenia para comprar una vela.

Es difícil concebir este estado de miseria en que se hallaba el Tasso siendo un poeta célebre, querido de un monarca que no carecia de generosidad, y agregado á una legacion cuyo gefe era su protector, y aun su amigo.

Puede ser que Carlos IX se creyese dispensado de ejercer su liberalidad con respecto á un hombre

que estando empleado en su corte por un soberano estrangero, parecia que no tendria necesidad de sus socorros. El abate Serassi, escritor de la vida del Tasso mas reciente y mas esacta, pretende que su héroe rehusó, por una especie de orgullo filosófico, las ofertas pecuniarias que le hizo el rey: no existe ninguna prueba de este hecho, pero una circunstancia mas cierta puede servir para esplicar su miseria. El Tasso se habia esplicado un dia sobre los asuntos de religion con una libertad que habia desagradado al cardenal embajador; este conservó por ello un resentimiento tan poco generoso, que privó á su protejido de los emolumentos que le daba para ponerle en estado de vivir en Francia con decencia. En este estado de desgracia tomó el partido de pedir al cardenal el permiso para volver á Italia.

Parece que el Tasso no formó una idea ventajosa de la Francia, segun resulta de sus escritos, aunque es verdad que la Francia de entonces no era la de ahora, y que no podia compararse con la Italia ni en cuanto á la magnificencia, ni en cuanto al buen gusto, ni en cuanto al clima. Con todo, dice, hablando de París, que Venecia era la única ciudad de Italia que pudiese compararsele.

El hombre á quien el Tasso admiró mas en Francia fue el poeta Ronsard, mirado entonces como el honor de su pais.

A fines del año 1571 fue cuando el Tasso dejó la Francia para restituirse á Ferrara. El duque le recibió con la misma benevolencia, y el placer que manifestaron sus hermanas de volverle á ver le hizo olvidar bien pronto los disgustos que habia sufrido en París.

Entonces se dedicó con el mayor ardor á su Jerusalen, y para descansar de este trabajo se entretenia en hacer diferentes obras, tanto en prosa como en verso, menos considerables y menos difíciles. En uno de estos intervalos compuso la pastorela de *Aminta*, que se representó en el teatro de la corte con tanto aplauso. Aquel hermoso poema, como todas las producciones originales que obtienen un suceso feliz, tuvo bien pronto mil imitadores. La Italia, dice Tiraboschi, se halló inundada de comedias pastoriles: pero entre tantas copias solo subsiste hoy el *Pastor Fido* de Guarini, y la *Filli di Sciro* de Bonareli.

El Tasso habia pintado el amor en su Aminta con demasiada sensibilidad y delicadeza, para no hacer sospechar que esta pasion no era agena de su alma. En otras piezas poéticas manifestaba sentimientos tiernos por una hermosura que no se atrevia á hacer conocer; pero en un soneto dió el nombre de Leonor al objeto de su llama secreta, y desde entonces las sospechas recayeron sobre Leonor de Este. Las referidas congeturas se fortificaron por otras circunstancias. El Tasso hizo entonces otro soneto en el que se compara á Icaro y á Faeton, que uno y otro perecieron víctimas de una ambicion temeraria. «Pero, añadia, ¿qué peligro puede correr el que se vé sostenido por el amor? Diana enamorada de una belleza humana, ¿no llevó hasta el cielo al jóven pastor del monte Ida?"

La suposicion de una intriga secreta entre el Tasso y la princesa Leonor de Este no era inverosimil, y la adoptaron la mayor parte de los escritores posteriores que han hablado de nuestro poeta: pero no parece fundada si se atiende á la re-

putacion de virtud y de piedad de que gozaba entonces la princesa, en tal estremo, que se atribuyó á sus oraciones el que la ciudad de Ferrara no pereciese en la inundacion del Pó en 1570, que faltó poco para sumergirla toda. A esta consideracion debe añadirse que aunque la princesa era buena y amable, era al mismo tiempo orgullosa y reservada: y así se dice que el Tasso la representó bajo la persona de Sofronia, que él pinta como una vírgen de edad madura y de sentimientos elevados, sustrayéndose á las miradas y á los elogios de sus adoradores, y buscando la soledad.

La princesa vivia en efecto muy retirada; y puede añadirse que el Tasso parecia igualmente favorecido por las dos hermanas, ó á lo menos tan atento y tan solícito para con la duquesa de Urbino como con la princesa Leonor.

Bautista Guarini, autor del *Pastor Fido*, despues de haber sido el amigo del Tasso fue su rival, y luego su enemigo. Guarini se habia declarado amante de una de las mas bellas mugeres de la corte de Ferrara, la jóven condesa de Scandiano. El Tasso se atrevió á hacerle un soneto, que le valió mil distinciones de parte de la condesa. Celos de amor y de talento era mas de lo que se necesitaba para indisponer á dos poetas. Guarini hizo un soneto en que acusaba á su rival de alimentar al mismo tiempo dos llamas.

Esta acusacion podia aplicarse al tierno cariño que el Tasso profesaba hacía largo tiempo á otra señora de la corte, Lucrecia Bendidio. Por otra parte la condesa de Scandiano se llamaba Leonor como otra señora de Ferrara á quien el Tasso ha-

bia dirigido algunos versos de galantería; y así, cuando declaró en uno de sus sonetos que el objeto de su llama tenia aquel mismo nombre, pudo mirarse como una finura mas capaz de destruir las sospechas, que de fijarlas sobre el verdadero objeto.

Las relaciones que tenia en la corte y sus intrigas amorosas pudieron causar al Tasso alguna distraccion en sus trabajos, pero no debilitaron jamas la aplicacion con que se ocupaba en la composicion de su Jerusalen. No era de aquellos poetas que llenos de confianza se abandonan al impulso de su imaginacion y á la facilidad comun de dar á sus pensamientos la forma poética. Habia reflexionado bastante sobre los principios del arte para persuadirse que un poema épico pide, no solamente ingenio, sino meditacion y tiempo. A las dificultades que le presentaba la composicion de aquella grande obra se unia la de balancear la reputacion ya establecida del Ariosto, y la admiracion legítima que habia escitado su *Orlando furioso*. Se sentia en estado de luchar con estos obstáculos, y cifró su gloria en vencerlos.

En fin, á primeros de enero de 1575 concluyó el Tasso su poema: pero antes de darle á luz quiso someterlo á una crítica severa. Se lo envió á Scipion Gonzaga, despues cardenal, que se hallaba entonces en Roma. Este era uno de los amigos en quien tenia mayor confianza, y en razon de ella le suplicó leyese su obra con la mas severa escrupulosidad, y la hiciese examinar por los hombres mas capaces de ilustrarle. Scipion Gonzaga, fiel á las intenciones de su amigo, se asoció cuatro literatos, recomendables por su buen gusto y erudicion,

y de comun acuerdo hicieron un examen minucioso de la obra, analizaron el plan y sus pormenores, discutieron las bellezas y los defectos, y despues de largas conferencias Scipion envió al Tasso los resultados. Es facil imaginar que las opiniones de los censores fueron diferentes, y aun contradictorias. Los unos encontraban que Godofredo hacia un papel demasiado preponderante en el poema: los otros decian que la unidad de la accion exigia esta preponderancia en el personage principal. Estos condenaban el episodio de Olindo y Sofronia, como sin union en la accion: aquellos censuraban el de Herminia, como demasiado fabuloso. Todos pensaban que los amores de Reinaldo y Armida estaban pintados con pormenores demasiado voluptuosos, y con colores demasiado seductores. En fin, algunos mas escrupulosos proponian que se quitasen todos los encantamientos y todo lo que tenia relacion con el amor, mientras que otros, de instruccion mas sólida y no menos piadosa, justificaban al poeta con la oportuna observacion de que dando un fin funesto á todas las pasiones amorosas que habia pintado, cumplia con lo que exigian la religion y la sana moral.

El Tasso recibió las observaciones de sus censores con aprecio, porque las miró como un medio para perfeccionar su obra: y así adoptó sin esfuerzos las que le parecieron fundadas en el buen gusto y en la razon. La docilidad es regularmente la herencia de los grandes ingenios y de los talentos fecundos, que corrigen con tanta mas facilidad, cuanto que su trabajo les cuesta menos.

Se dedicó, pues, á este nuevo trabajo con nuevo ardor. Constantemente ocupada su imaginacion en

la correccion de su poema, se levantaba muchas veces por la noche para retocar algunos versos ó hacer otros de nuevo. Esta aplicacion contínua irritó su sagre, y tal vez otros motivos de inquietud contribuyeron á alterar su salud. Tasso era de un carácter naturalmente serio y melancólico, y las graves frivolidades de una pequeña corte convenian tan poco á su gusto, como el oficio servil de cortesano al orgullo natural de su carácter. Hacia tiempo que estaba disgustado de su esclavitud, pero no sabía cómo libertarse de ella. Siempre tratado con la mayor distincion por el duque de Ferrara, estaba penetrado de reconocimiento por su protector, pero todo este favor se reducia á cariños y á elogios: aspiraba á un estado de independencia, y no podia menos de desear que las demostraciones de consideracion con que le honraba el duque fuesen acompañadas de aquellos dones, siempre honrosos para los príncipes, porque son á la vez un testimonio de benevolencia á la persona y un homenage tributado al mérito. «Yo quisiera mas bien frutos que flores," le decia en una carta á un amigo. A pesar de todo, jamas hubiera dejado traslucir los deseos que alimentaba en su corazon.

El disgusto que le causaba su situacion se aumentaba con los esfuerzos que hacia para disimularle. El deseo de independencia que ocupaba todo su corazon, y que conviene tanto á las almas elevadas y á los grandes talentos, se hallaba contrariado por otro igualmente noble y generoso: este era el del agradecimiento al soberano que le habia acogido con tanta bondad. «Yo no puedo decidirme á abandonarle, escribia en aquel tiempo á Scipion Gonzaga; pero hay cosas que no se

pueden escribir." Se le vió durante mucho tiempo atormentado por aquella incertidumbre, é incapaz de fijarse en el partido que deberia tomar. Este estado de agitacion y de trastorno aumentó su inquietud natural, y comunicó á la disposicion melancólica que formaba la base de su carácter un grado de acrimonia que envenenó todo el resto de su vida y aceleró su fin.

Se veía llenarse su imaginacion de vanos terrores y de tristes desconfianzas. Se creía rodeado de enemigos y de envidiosos. Se imaginó que hombres celosos de su reputacion y de su favor interceptaban sus cartas, y mandaban hacer llaves falsas para introducirse en su habitacion durante sa ausencia y robarle sus papeles. Se le veía irritarse é inquietarse porque los amigos á quienes habia confiado su poema no se lo devolvian bastante pronto; y los temores que manifestaba con respecto á esto parecian justificados por los hechos. De repente supo que su Jerusalen se imprimia en una corte de Italia sin su consentimiento. Esperaba que la publicacion de su poema le daria medios que le pusiesen en estado de vivir con independencia, y veia sus esperanzas destruidas por una infidelidad de que no podia acusar mas que á sus amigos. Su desesperacion fue estremada. Conjuró al duque Alfonso para que escribiese á todas las cortes de Italia á fin de que no se permitiese la impresion de su obra: hasta le suplicó pidiese al Papa un breve de escomunion contra los que le habian robado su manuscrito para hacerle imprimir á pesar suyo: pero bien pronto, conmovido él mismo por los resultados de tal medida, retiró su peticion.

Otros terrores se apoderaron de su imagina-

cion. Creyó que le habian denunciado á la inquisicion: aun mas, creyó haber dado motivo á la censura de aquel tribunal. Su conciencia se intimidó, y fue en toda diligencia á Bolonia á arrojarse á los pies del inquisidor mayor, quien le tranquilizó y le dió todas las absoluciones que pudo desear, y no bastaron á disipar del todo la agitacion de su ánimo sobrecogido.

Continuamente ocurrian nuevos incidentes que aumentaban las inquietudes de su imaginacion. Un dia halló en una calle de Ferrara á un hombre que él sospechaba haberle hecho algunos agravios: se llegó á él, le llenó de injurias y le obligó á darle una esplicacion. En vista de su respuesta, que sin duda seria insultante, el Tasso le dió un bofeton: el hombre recibió aquella afrenta sin decir una palabra, pero algunos dias despues fue acompañado de dos hermanos suyos á esperar al Tasso á la salida de la ciudad, y los tres le atacaron con la espada en la mano. El Tasso era diestro y valiente, y se defendió con tan buen éxito que hirió á dos de sus asesinos, haciendo huir al tercero, y los tres se vieron precisados á salir del territorio de Ferrara. Esta aventura hizo gran ruido y aumentó mucho el aprecio que se hacia de nuestro poeta. Por mucho tiempo no se habló mas que de su valor, y se repetia como una frase proverbial, que el Tasso, tanto con la pluma como con la espada, era superior á los demas hombres.

Esta nueva gloria pudo lisonjear el amor propio del Tasso, pero no contribuyó á tranquilizar su espíritu; al contrario, desde aquel momento ya no tuvo mas tranquilidad. Persuadido de que se atentaba á su vida, y de que se emplearia contra él ó

el hierro ó el veneno, entró en la mayor desconfianza para con todos los que le rodeaban, particularmente con respecto á sus criados. Su situacion era verdaderamente digna de lástima. Se vé en una de sus cartas que suplicaba á un amigo le enviase un criado de cuya fidelidad pudiese estar seguro. Le pedia este servicio en nombre de la amistad, del honor y de la religion; esta es una cosa, le decia, de la que pende mi tranquilidad y mi vida. Yo os la pido como caballero y como cristiano.

Acabó de enagenar su razon pocos dias despues de haber escrito aquella carta una aventura mucho mas triste, pero menos decorosa que la anterior. Estando una noche en casa de la duquesa de Urbino quiso matar con un cuchillo á uno de los criados de aquella princesa, que él miraba como uno de sus enemigos. Felizmente se previno el golpe, pero el Tasso fue preso y puesto en la cárcel. La desesperacion que le ocasionó su prision fue tan violenta, que el duque, movido de compasion, hizo al cabo de dos dias que le llevasen á su casa, exigiendo solamente de él que permitiese que un médico le visitase.

Se dijo que la prision del Tasso fue motivada por un disgusto particular del duque; pero esta asercion se halla desmentida por el mismo poeta, pues mucho tiempo despues, y en ocasion en que creía poder quejarse del duque, escribia que en aquel lance este príncipe le habia manifestado, no el afecto de un amo, sino la ternura de un padre ó de un hermano. En efecto, el duque llevó al Tasso á su casa de campo de *Bel-riguardo*, en donde puso todo su esmero en distraerle de sus

sentimientos, y en tranquilizarle de sus temores con respecto á la inquisicion, que todas las absoluciones del inquisidor no habian podido disipar, persuadido de que no se la habia dado en buena forma.

El duque se vió obligado á volverle á Ferrara, en donde por su eleccion se le colocó en el convento de san Francisco. Allí, mas agitado que nunca, no quiso consentir en hacer los remedios que se le prescribian, ó pensando que no los necesitaba, ó temiendo ser envenenado con ellos. Sus inquietudes se aumentaban de dia en dia. El duque, cansado de tantas cartas con que agotaba su paciencia pidiéndole esplicaciones y seguridades que se le habian dado ya mas de cien veces, é incomodado quizá por las espresiones poco decorosas que se le escapaban, le prohibió que le escribiese mas, igualmente que á las princesas. Este golpe de severidad acabó de trastornar el espíritu ya enfermo del Tasso, en términos que no creyéndose seguro en el convento, se aprovechó del primer momento favorable para evadirse de él, y salió secretamente de Ferrara el 20 de junio de 1577.

Partió sin dinero y sin guia: sin embargo, á los pocos dias llegó á los confines del reino de Nápoles. Allí, habiendo trocado sus vestidos por los de un pastor, se dirigió á la capital de este reino, en donde vivia su hermana. Al entrar en su casa se anunció como un mensagero que le traía noticias de su hermano. Su hermana, que no le habia visto despues de muchos años, no le conoció. Abrió la carta en la que el desgraciado Torcuato se pintaba en la mas triste situacion y

en peligro de perder la vida. La sensible Cornelia, al leer tan espantosas noticias, manifestó tanto dolor, que el Tasso no pudo conservar por mas tiempo su incógnito, y se apresuró á consolarla, arrojándose entre sus brazos.

El descanso de que empezó á disfrutar en casa de su hermana; los cariños y cuidados que ésta le prodigaba; el bello clima de Nápoles, y la separacion de todos los negocios que habian agitado su alma, calmaron durante algun tiempo su humor melancólico; pero esta tranquilidad no fue de mucha duracion. La enfermedad real de que estaba atacado habia echado raices demasiado profundas, y nuevas fantasmas vinieron á trastornar su imaginacion. En vano se le aplicaron los socorros de la medicina, pues no queria sujetarse á ningun régimen, ó destruía la fuerza de los remedios que consentia en tomar con escesos contrarios á su estado. Se disgustó de la vida monotona y tranquila que pasaba en Nápoles; y el deseo de volver á Ferrara fue mas fuerte que todos los motivos que pudieron alejarle de dicha ciudad.

Escribió al duque y á las princesas sus hermanas solicitando su permiso para volver á su lado; pero su impaciencia era tan grande, que sin esperar la contestacion se puso en camino para Ferrara, á pesar de su hermana y de algunos amigos que temian alguna indiscrecion de su parte. Volvió, pues, á Ferrara un año justo despues de su salida: se le perdonaron sus faltas con facilidad; volvió á ocupar sus antiguos destinos: fue acogido con las demostraciones de favor mas distinguidas: pero el entusiasmo por él ya no existia. El Tasso, desgraciado y debilitado por una

enfermedad funesta, ya no era el hombre cuya gloria resaltaba en cierta manera sobre los que rendian un homenage debido á su mérito. Su gloria pasada se honraba entonces en él; pero es bien sabido cómo se honra, sobre todo en la corte de los príncipes, al mérito que no estriba mas que sobre memorias. No tardó en conocer que ya no obtenia aquella consideracion de que habia gozado durante tanto tiempo. Creyó entrever que el duque, pensando haber hecho todo lo que podia en su obsequio procurándole todas las comodidades de una vida tranquila, trataba de distraerle de sus trabajos literarios; porque sin duda le creía inhabil para ellos. No le habian vuelto sus papeles, de que se habian apoderado despues de su fuga, y reclamaba con las mayores instancias, sobre todo el manuscrito de su poema, que creia hallarse en poder de un empleado en la corte, y se ignora por que motivo el duque no accedió á una peticion tan legítima. Las menores circunstancias se exageraban en la imaginacion del desgraciado poeta: todo irritaba su melancolía, y cada dia se hacia mas intratable. Ultimamente, le negaron la entrada en el cuarto de las princesas. Esta afrenta acabó de desesperarle. No pudiendo ya tolerar la corte de Ferrara, partió por segunda vez de esta ciudad, sin haber anunciado antes su resolucion.

Lanzado de nuevo en el mundo, caminando á la aventura, sin saber en donde encontrar un asilo, dirigió sus esperanzas ácia Mántua. Creyó que habiendo estado su padre largo tiempo al servicio del duque, este príncipe le acogería con agrado, pero encontró en él la mayor frialdad, y un desprecio decidido. Como habia gastado el poco

dinero que tenía consigo, vendió lo mas precioso que tenia, y este recurso le puso en estado de dirigirse á los estados del duque de Urbino, marido de Lucrecia de Este, una de las hermanas del duque de Ferrara.

No fueron ilusorias en esta ocasion las esperanzas del ilustre fugitivo. El duque de Urbino, que habia pasado con él una gran parte de su juventud, le recibió como á un antiguo amigo, y unió á las demostraciones de la amistad las ofertas mas generosas. Una acogida tan favorable y tan poco esperada reanimó el espíritu abatido de un hombre á quien tantas desgracias, imaginarias ó efectivas, habian abatido. Pero su imaginacion exaltada por la enfermedad no hallaba bastante contrapeso en su razon: incapaz de guardar un justo medio, se precipitaba con la mayor violencia de un estremo á otro, y pasaba de un escesivo desaliento á esperanzas inmoderadas. Todo parecia mudado para él: creyó ver en la amistad y promesas del duque de Urbino una nueva perspectiva de fortuna, de honores y de gloria. En una carta que escribió por entonces á su hermana, no le habla mas que de la brillante perspectiva que le ofrecia la fortuna: de los ofrecimientos de muchos príncipes que deseaban atraerle á su servicio; del deseo que suponia en el duque de Ferrara de verle volver á su lado, &c.

Este acceso de presuncion y de orgullo, tan contrario al carácter naturalmente modesto y reservado del Tasso, no podia ser mas que el efecto de la hipocondría que padecia. Así las fantasmas de prosperidad y de dicha que se habian presentado á su imaginacion en su nuevo asilo, se

desvanecieron muy pronto para dar entrada á sus inquietudes ordinarias, y á sus vanos temores. Se creyó de nuevo rodeado de lazos y de peligros imaginarios; y sin haber sufrido ningun disgusto efectivo en la corte del duque de Urbino, se escapó repentinamente una noche, y resolvió ir á implorar la proteccion del duque de Saboya contra sus enemigos, que no existian mas que en su imaginacion. Hizo su viage á pie, sin dinero, sin ropa, y llegó en un estado tan miserable á las puertas de Turin, que los centinelas no le permitieron entrar.

Se alejaba tristemente sin saber lo que le sucedería, cuando por una dichosa casualidad halló á un literato que le habia visto en otra ocasion en Venecia, le reconoció y le hizo entrar en Turin. Despues de haberle dado los pequeños socorros de que necesitaba, este nuevo amigo le presentó al marques Felipe de Este, yerno del duque de Saboya, y en seguida al príncipe del Piamonte Carlos Manuel. Estos dos príncipes, amigos celosos de las letras y de los talentos, acogieron con toda especie de distincion á un poeta ilustre y desgraciado. El príncipe del Piamonte le hizo los ofrecimientos mas ventajosos para retenerle á su servicio. El Tasso se reanimó por algunos momentos con aquella vuelta inesperada de la fortuna; pero luego tornó á caer en todas las miserias de su estado habitual. Su imaginacion se dirigía siempre ácia Ferrara: allí era en donde habia pasado los primeros dias de su vida; y por consiguiente creía que allí encontraría la tranquilidad de ánimo de que se hallaba privado hacía tanto tiempo. La pérdida de sus papeles sobre

todo le ocupaba sin cesar: creía que se los retenian para privarle de los medios de establecer y asegurar su opinion; porque, en medio de las quimeras que descarriaban su imaginacion, se vé que el amor de la gloria era su pasion dominante.

El duque Alfonso habia perdido su segunda muger, y acababa de casarse con la hija del duque de Mántua. El Tasso pensó que este enlace era una circunstancia favorable para él; y que la proteccion del duque de Mántua y de su hija podrian hacerle volver á la gracia de su primer bienhechor. A pesar de los consejos y de las instancias de algunos amigos que encontró en Turin, quiso partir para volver á Ferrara, á donde llegó el 21 de Febrero de 1579: pero lejos de recobrar el favor que habia esperado, y el descanso de que tenia tanta necesidad, no halló mas que el esceso de la humillacion y de la desgracia. El duque y sus hermanas se negaron á verle: los cortesanos le huían; y despreciado aun por los criados del duque, le costó gran trabajo encontrar un asilo oscuro. Su desesperacion fue estremada, y en sus escesos no guardó ninguna medida. Se esplicó de un modo injurioso contra toda la casa de Este, contra el duque, contra toda su corte. Todas estas violencias fueron miradas como objetos de una completa enagenacion de espíritu. Alfonso le hizo prender y conducirle al hospital de santa Ana, en donde se encerraba á los locos.

Esta conducta del duque de Ferrara con respecto al Tasso no puede sincerarse. Mientras éste conservó toda la energía y libertad de su razon, el duque le dió pruebas de una admiracion constante por sus talentos, y de un afecto decidido á

su persona: aun despues de los desvaríos de su imaginacion le habia tratado con la mayor indulgencia: pero el trato rigoroso que le hizo sufrir al fin, no puede conciliarse con las ideas de justicia y generosidad. Los escesos en que cayó el Tasso eran efectos de una verdadera enagenacion mental, y solo debieron escitar la compasion, y no la cólera del príncipe; en el hospital de los enfermos, y no en la casa de los locos, era en donde debia colocarse á aquel desgraciado, y facilitarle los remedios de la medicina, no los insultos de la humillacion.

La situacion en que se halló el Tasso en aquel albergue de miseria, fue tan deplorable, que llegó hasta carecer de los recursos mas necesarios. "El desorden de mi barba y de mi pelo, escribia á un amigo suyo; la falta de ropa y la horrorosa suciedad en que me hallo sumergido, no son mas que una parte de mis males; la soledad, mi enemiga eterna, la soledad, que me horroriza tanto, agraba el peso de mis males, y hace mi situacion intolerable." En efecto, asi debia de ser, pues la especie de manía de que estaba atacado no alteraba su juicio sino sobre ciertos puntos, y era para atormentarle con peligros imaginarios, mientras conservaba su razon bastante firme para sentir los males efectivos que sufria. Si obtuvo algun alivio en su cautiverio lo debió á un jóven llamado Mosti, sobrino del Prior del Hospital. Este jóven tenia instruccion, y era apasionado á las bellas letras: lleno de interes y de compasion por un hombre tan grande, que veia reducido á la miseria, le visitaba todos los dias, y hablaba con él de literatura y de poesía,

objetos que siempre merecieron la atencion del Tasso.

Al cabo de dos años de permanencia en aquel miserable encierro, obtuvo una habitacion mas cómoda con el permiso de recibir algunas gentes, y de ir á misa y confesarse: favor que habia solicitado tantas veces, pues los sentimientos religiosos, que siempre habia profesado, se exaltaron mas con su enfermedad.

Uno de los efectos mas deplorables de su desgraciada situacion fue el persuadirse seriamente que era objeto de la persecucion de un duende, que todo lo trastornaba en su casa, que le robaba su dinero y que arrebataba de su misma mesa, y á su misma vista, lo que le servian. Otras veces creía que la Vírgen María se le aparecia; y el Abate Serassi refiere que en una enfermedad peligrosa que tuvo estando en la cárcel, se encomendó con tanto fervor á la Santísima Vírgen, que esta se le apareció y le curó; y el Tasso consagró este milagro por medio de un soneto.

Posteriormente aquel duende se convirtió en un demonio mas tratable, con quien el Tasso pretendia hablar familiarmente, y quien le enseñaba cosas maravillosas. Sin embargo, poco lisonjeado de tan estrañas relaciones, el Tasso atribuía su orígen á la imprudencia que habia tenido en su juventud de componer un diálogo en el que se suponia él mismo en conversacion con un espíritu: *Lo que yo no hubiera querido hacer de veras añadía*; *aun cuando esto me hubiese sido posible.*

¡Qué triste reflexion puede hacerse al pensar que á la edad de treinta años y despues de haber

producido la mas bella obra que haya acreditádo el restablecimiento de las letras en Europa, el malhadado Torcuato, sin haber podido gozar de su gloria, fue escogido para dar el mas deplorable ejemplo de la debilidad del espíritu humano, y llegó á hacerse objeto de la pública compasion, cuando parecia que la naturaleza le habia formado para escitar la admiracion y los zelos!

Hay en su vida un contraste de gloria y de desprecio de que difícilmente se encuentra otro ejemplo en la historia. Hemos visto que con el objeto de obtener la opinion de algunos hombres ilustrados, el Tasso habia confiado su Jerusalen á algunos amigos, quienes por negligencia ó por infidelidad dejaron sacar algunas copias. Hacía mucho tiempo que se anunciaban ediciones subrepticias de su obra: el Tasso habia ya detenido una por el crédito del duque de Ferrara. En fin, en 1581 pareció otra en Venecia, pero truncada y desfigurada. El año siguiente se hizo otra mas correcta en Casal Mayor, y poco despues otra en Parma. En fin, en tres años aparecieron cuatro ediciones en Italia y una en Francia, todas publicadas sin saberlo el autor. Se hicieron cinco traducciones en versos latinos. La fama de la Jerusalen fue universal. Entre los admiradores apasionados de este poema, hubo muchos que deseando conocer al autor, se dirigieron á Ferrara para verle, y se quedaron atónitos de encontrar en el hospital de los locos al hombre cuyo ingenio habia escitado su admiracion, y cuya fama resonaba por toda la Europa.

Los testimonios de admiracion y de interés que recibia de todas partes suspendieron por al-

gun tiempo el sentimiento que le causaban sus humillaciones y sus males. Pero tanta gloria despertó la envidia, y sus desgracias no pudieron desarmarla. A pesar de la brillante reputacion de que gozaba el *Orlando furioso*, muchos sugetos ilustrados le prefirieron la Jerusalen. Los partidarios del Ariosto se sublevaron contra este juicio: se publicaron diferentes escritos en pro y en contra; esta disputa dividió toda la Italia, y ha ocupado por largo tiempo á los hombres mas instruidos.

En aquel tiempo se acababa de establecer la academia de la Crusca. Los individuos que la componian eran todos antiguos admiradores del Ariosto, y tomaron partido contra el nuevo objeto del entusiasmo público. Esta academia señaló su reciente existencia por una crítica de la Jerusalen, como la academia francesa cincuenta años antes habia señalado sus primeros trabajos por la crítica del Cid; pero es preciso convenir que esta trató á Corneille con mas consideraciones y justicia que la academia Italiana al Tasso.

Entre tanto el suceso brillante de la Jerusalen no pudo menos de llamar la atencion sobre su autor, y el conocimiento de sus desgracias escitó en su favor un interés general. El duque de Ferrara, acosado por las poderosas solicitudes que recibia de todas partes conoció que no podia retener por mas tiempo en un indecoroso arresto al hombre que la fama proclamaba en toda la Europa como el honor de la Italia, y aun de su siglo. Pero á causa de un cierto celo de autoridad, bastante comun en los que egercen un gran poder, el duque sentia ver salir absolutamente de

su dependencia á un hombre á quien habia ultrajado tanto, y cuyo ingenio conservaba aun bastantes fuerzas para que su resentimiento fuese temible; y así no consintió en darle la libertad, sino bajo la palabra que le dió el príncipe de Mántua, de retener al Taso á su lado, y de responder en cierta manera de su persona, y de sus escritos. Los temores del duque de los resentimientos del Tasso eran infundados: pues una de las penas mayores que affigian á éste, era el no haber podido obtener una audiencia del duque, antes de salir de Ferrara, y el creer que habia incurrido en la desgracia de su primer bienhechor. Mientras estubo en el hospital de Santa Ana jamas se quejó al duque; y siempre creyó de buena fé que sin su conocimiento, y contra su voluntad, se le trataba tan indignamente.

El Tasso fue puesto en libertad el 6 de Julio de 1586, despues de 7 años y dos meses de prision. Pocos dias despues se dirigió á Mántua, en donde le recibió el príncipe con la mayor cordialidad. Entonces corrigió el poema de *Floridante*, que su padre habia dejado imperfecto; y concluyó su tragedia de *Torrismundo*, que habia empezado mucho tiempo antes de su prision. En medio del descanso y de las diversiones del carnaval, *estuvo en peligro*, segun dice el mismo, de enamorarse de una señora que habia visto en la corte: pero arrastrado súbitamente por su inquietud ordinaria, quiso dejar á Mántua, para lo cual obtuvo con facilidad el permiso del príncipe, que á lo que parecia no daba á la promesa que habia hecho tanta importancia como el duque de Ferrara que la exigió.

Hacía largo tiempo que el Tasso deseaba fijar su residencia en Roma. Llegó á esta capital, como tenia de costumbre, lleno de esperanzas, que rápidamente hicieron lugar á un profundo desaliento. Fue á Nápoles: volvió á Roma y pasó el resto de sus dias mudando de domicilio como de pensamiento, sin encontrar en parte ninguna aquella tranquilidad de espíritu de que tanto necesitaba. Lisonjeado á veces por las atenciones de los sugetos á quienes atraía su mérito y el sentimiento de sus desgracias, se asustaba despues hasta de estas mismas atenciones, porque creía ver en ellas el proyecto de atentar á su libertad: llevando á todas partes su melancolía y sus inquietudes, enfriaba el celo de sus amigos por sus caprichos, y fatigaba su amistad con sus quejas. Mientras que sus talentos le hacían objeto de la admiracion de las personas mas ilustres, la debilidad de su alma, mas bien que la de su cuerpo le sometía á la voluntad del último de los hombres. El capricho de un simple criado le desterraba á veces de la casa, en que habia sido recibido con mayor distincion por el amo. Hoy despreciaba los presentes supérfluos que se le prodigaban; y mañana se veía precisado á mendigar los objetos necesarios á su subsistencia. Se vió alternativamente admitido, mantenido y servido en los palacios de los príncipes, ó en el caso de perecer de miseria, ó de tener que ir á hacerse curar á un hospital que tal vez su familia habia fundado y dotado.

En uno de los viages que hizo á Nápoles el príncipe de Conca, admirador de los talentos del Tasso, le ofreció una habitacion en su palacio. El Tasso la aceptó con su facilidad ordinaria:

pero bien pronto, disgustado de la especie de servidumbre á que le reducian los obsequios y distinciones del príncipe, fue á habitar á casa de su amigo Manso, que lo era tambien del príncipe de Conca.

En casa de este amigo concluyó y publicó su *Jerusalen Conquistada*, que no era mas que una nueva fundicion de la *Jerusalen Libertada*. Demasiado dócil á las críticas que se habian hecho de este poema, y agitado por los escrúpulos de una conciencia demasiado timorata, creyó que debia suprimir de su poema todos los encantamientos, todos los adornos profanos, y muchos pasages que él mismo hallaba demasiado voluptuosos, y con ellos hizo desaparecer enteramente el personage de Reinaldo. Tambien habia retocado el estilo, al que habia querido dar un caracter mas serio: pero no habia hecho mas que debilitar la accion de su poema, y destruir su interés por evitar un escándalo imaginario. Nadie aprobó estas correcciones: trató por tercera vez de refundir su poema, pero estas tentativas desgraciadas para echar á perder una obra tan hermosa, no tuvieron suceso alguno, y poco á poco se olvidaron: y la Jerusalen libertada, tal como la habia publicado al principio, ha quedado sola como el verdadero testimonio de su gloria.

Mientras que el Tasso pasaba en casa de Manso una vida quieta y agradablemente ocupada en sus trabajos literarios, un nuevo incidente vino á despertar su natural inconstancia. El cardenal Hipólito Aldrobandini acababa de ser elegido papa bajo el nombre de Clemente VIII. Su sobrino Cinthio Aldrobandini fue hecho cardenal, y tomó

el título de San Jorge. Este era apasionado á la literatura, y protegía á los sábios. Habia conocido al Tasso en el último viage que éste hizo á Roma, y habia concebido por él la mas grande amistad. Le escribió convidándole á que fuese á Roma, en donde podia contar con la benevolencia del tio y la amistad del sobrino. El Tasso no pudo resistir á las instancias lisonjeras del cardenal, y se determinó á dejar su apacible retiro; pero al separarse de su amigo tuvo un triste presentimiento de su destino, y dijo á Manso un á Dios que miraba como eterno.

Los confines de los estados romanos estaban llenos de ladrones, y los viageros no podian pasar con alguna seguridad sino reuniéndose en gran número y bien armados. El Tasso se reunió á una de estas caravanas. Cuando llegó cerca de Mola, pequeña ciudad inmediata á Gaeta los viageros supieron que Sciarra, el mas temible de los gefes de los bandidos, estaba allí cerca con una numerosa cuadrilla; se deliberó sobre el partido que se debia tomar, y el Tasso, que conservaba con una imaginacion tan débil toda la fortaleza y resolucion de su antiguo carácter, opinó que se debia continuar la marcha y defenderse si eran atacados. La mayor parte de los viageros despreciaron esta opinion y prefirieron entrar en Mola, en donde estuvieron bloqueados por la banda de Sciarra. Este bandido, habiendo sabido que el Tasso se hallaba entre los viageros, le mandó un mensage muy atento para asegurarle del respeto que le inspiraba un hombre tan grande, instándole á que continuase su camino sin temor alguno, y aun ofreciéndose à

acompañarle al punto á donde se dirigiese. El Tasso creyó que no debia aceptar aquel ofrecimiento, y le contestó dándole las gracias y diciéndole que no podia separarse de sus compañeros. En vista de esta contestacion Sciarra mandó al Tasso un segundo mensage diciéndole que por su respeto iba á retirarse con su tropa: y á dejar libre el camino desde Mola hasta Roma. Los viageros, habiéndose asegurado de que en efecto los bandidos se habian retirado, se pusieron en camino y llegaron felizmente á Roma.

Nuestro poeta no hizo gran caso de aquel homenage que un gefe de ladrones tributaba á su mérito. Su alma se hallaba tan abatida por las desgracias que habia sufrido, que se habia hecho insensible aun á la gloria. Sin embargo, la fortuna habia cesado de perseguirle. Acababa de obtener sobre la herencia de su madre una pension de doscientos ducados: y el cardenal de san Jorge le hizo obtener otra de doscientos escudos. Se hallaba colmado de demostraciones de consideracion, de benevolencia, y de interés. Todo se reunia para hacerle disfrutar de los honores y de la tranquilidad; y hubiera encontrado en Roma una compensacion de todos los males que habia sufrido, si hubiera sabido gozar de los bienes que se le ofrecian. Pero todo se habia acabado ya para él. Las agitaciones contínuas, los males reales, las inquietudes imaginarias, que le habian atormentado durate tanto tiempo, habian gastado todos sus resortes, y habian agotado tanto las fuerzas de su alma como las de su cuerpo. Su imaginacion misma no era ya susceptible de ilusiones.

El cardenal Cinthio le profesaba una verda-

dera amistad: y compadecido del estado de abatimiento en que le veía, buscó todos los medios de reanimarle.

Los romanos modernos, aun en el estado de degradacion en que se hallan, conservan la memoria de la grandeza de sus antepasados. Creen que la sangre de Eneas circula aun por sus venas, y el nombre de Cesar lisonjea siempre sus oidos. Pero estas ideas de grandeza, no pudiendo ya aplicarse, ni á los sentimientos generosos, ni á las acciones heróicas que distinguieron á los antiguos Romanos, los modernos los han fijado sobre los objetos que estan á su alcance. Al entusiasmo por la libertad han sustituido el de las bellas artes: y han aplicado los honores á los talentos que les divierten. No pudiendo ya coronar en el capitolio nuevos guerreros que hayan subyugado el mundo, han decretado esta especie de triunfo para los poetas que han enriquecido su lengua, y honrado su nacion. Por esta razon Petrarca habia sido coronado en el capitolio con el laurel poético, con una pompa y úna solemnidad estraordinarias. El heroismo del teatro habia sucedido al heroismo real.

Se habian pasado mas de doscientos años sin que nadie hubiese obtenido el honor que el Petrarca. El cardenal Cinthio formó el proyecto de renovar esta ceremonia en favor del Tasso. Creyó que reanimando en aquella alma decaida el sentimiento de la gloria por una accion brillante é inusitada, reanimaría igualmente el amor y el sentimiento de la vida: pero ya no era tiempo. El Tasso, ocupado con la idea de su próximo fin, no pensaba ya mas que en prepararse á él, y sus

principios religiosos, que cada dia tomaban mas imperio sobre su alma, se lo hacian mirar con resignacion y con tranquilidad. Al principio se negó á la proposicion de que se le coronase en el capitolio. "La tumba, decia, y no el carro de triunfo, es lo que debeis prepararme. Si me destinais una corona, guardadla para mi sepulcro. Toda esta pompa nada añadirá al mérito de mis obras, y no puede darme felicidad alguna. Ella envenenó los últimos dias del Petrarca." Como el Tasso se hallaba en un grave estado de debilidad de alma y de cuerpo, cedió al fin á las instancias de sus amigos. El cardenal Cinthio le presentó al papa, que habia de coronarle con sus propias manos: y el papa le dijo con tono grato y lisonjero: "Vos honrareis la corona de laurel, que ha honrado hasta aquí á los que la han recibido." Todos los preparativos de la ceremonia se hacían con una rapidez estraordinaria. Cuando estuvieron concluidos, el mal tiempo impidió su egecucion. Pero la impresion que este aparato hizo en los órganos, ya débiles, de nuestro poeta, acabó de agotar sus fuerzas. Una calentura violenta le arrebató á sus amigos á los catorce dias de enfermedad.

La corona que debia servir para adornar su cabeza en el capitolio, fue colocada sobre su tumba. Sus funerales se hicieron con la mayor pompa, y una multitud inmensa acompañó su entierro. El cardenal Cinthio se encargó de hacerle erigir un sepulcro: entre tanto hizo componer oraciones fúnebres y epitafios en honor del ilustre poeta, de quien se gloriaba haber sido amigo. Sin embargo el sepulcro no se hizo, sin que se sepa la

razon; y la sepultura del Tasso quedó sin monumento alguno hasta que en 1608 el cardenal Bevilacqua hizo construir el que se vé en la iglesia de san Onofre, en donde habia sido enterrado.

El Tasso habia dejado todos sus manuscritos al cardenal Cinthio, quien, lejos de apresurarse á publicarlos, no quiso permitir ni aun que se imprimiese el poema de la creacion del mundo, del que habia dado Torcuato algunas copias. Sin embargo, algun tiempo despues se imprimió dicho poema con otras varias producciones del Tasso, tanto en verso como en prosa.

Los pormenores que acabamos de esponer sobre la vida de este escritor ilustre manifiestan bastante cuales eran sus talentos, y cual su carácter. Su alma era sensible, generosa y agradecida. Si se irritaba con facilidad, su cólera se disipaba del mismo modo, y socorria á sus enemigos, aun los mas encarnizados, cuando los veia en la desgracia. Una imaginacion demasiado voluble y demasiado activa le hizo sombrío y desconfiado, y le llenó de fantasmas y de quimeras, que su razon, aunque fuerte, no pudo disipar. Esta disposicion dependia sin duda de su organizacion, y fue la causa de la hipocondría que oscureció una vida que debia ser tan brillante y acortó su término, que sin ella hubiera sido mas largo.

No pueden menos de notarse las relaciones que se hallan entre el carácter de J. J. Rousseau y el del Tasso. Aquella mezcla de miseria y de prosperidad; aquel sentimiento de una desgracia imaginaria, con todos los medios de una dicha efectiva; aquella asociacion deplorable de las debilidades de

una imaginacion enferma, con todo el vigor y todos los dones de un ingenio raro; todo esto parece explicar recíprocamente los fenómenos extraordinarios que sorprenden en la vida de estos dos grandes hombres.

El Tasso tenia lo que no se encuentra siempre con el ingenio, que es prontitud y gracia. A los rasgos que hemos citado en el discurso de esta noticia añadiremos los siguientes para terminarla.

Un literato, griego de nacion, se quejaba al Tasso porque en sus versos habia insultado á la Grecia: y para reparar el honor ofendido de su patria le decia que, *de la Grecia habian salido todas las virtudes. — Y han salido tan de veras* le contestó el Tasso sin detenerse, *que no se ha quedado ninguna.*

Un dia, en una numerosa reunion, se hallaba el Tasso separado de los concurrentes silencioso y pensativo. Uno de ellos dijo al que estaba á su lado que aquel aire del Tasso designaba á un hombre atacado de locura. El Tasso lo oyó y le contestó sin alterarse: *¿Conoceis algun loco que haya sabido callar?*

Un amigo le preguntó un dia quién era el primero de los poetas italianos. El Tasso le respondió: *Ariosto es el segundo.* El amigo le instó para que le dijera cuál era el primero. El Tasso no le dió mas respuesta que volverle la espalda sonriéndose.

En otra ocasion se discutia en su presencia cuál de las estrofas de su Jerusalen era mejor, y se citaban varias á porfia. Uno de los concurrentes, nterrumpiendo la discusion, preguntó cuál era el

mejor verso del Petrarca. El Tasso le contestó inmediatamente:

Infinita é la schiera de sciocchi.

(Infinita es la turba de los necios).

Un dia le decian que su *Aminta* tenia mucho mas mérito que el *Pastor Fido* de Guarini.— *Puede ser*, contestó; *pero si yo no hubiera leido el Pastor Fido, mi Aminta no hubiera valido mas.*



APÉNDICE.

Los que no hallan nada de indiferente en la vida de los grandes hombres, pueden satisfacer su curiosidad con respecto al Tasso, leyendo la vida de este ilustre poeta que escribió el abate Serassi, quien no ha omitido nada para hacer conocer la persona y el modo de vivir de su héroe.

El biógrafo del Tasso ha tomado sin duda por su modelo á Suetonio, que en la vida de Augusto nos dice que este emperador tenia callos en los dedos de los pies, que le gustaba el queso, y otras particularidades igualmente interesantes.

Lo que hay mas digno de atencion en la vida italiana del Tasso es la noticia de los manuscritos existentes de sus obras, de las diferentes ediciones que se han hecho de ellas, y de las traducciones que se han publicado en diferentes lenguas. El abate Serassi cuenta ciento veinte y cinco ediciones solo de la Jerusalen libertada, y cita diez traducciones de este poema en diferentes dialectos de Italia, cinco en lengua latina, seis en francés, cuatro en español, una en portugués, dos en inglés, una en holandés, tres en aleman, una en polaco y una en ruso.

El bosquejo que he trazado de la vida del Tasso estaba destinado para colocarle al lado de la traduccion de su Jerusalen, y pensaba añadir al-

gunas reflexiones sobre el objeto de este poema, su artificio y su estilo; pero leí lo que dice de él Voltaire, y renuncié á mi proyecto. Este no ha dicho seguramente todo lo que podia, y aun lo que ha dicho no está al abrigo de toda objecion; pero en esta materia, como en muchas otras, ha cogido la flor: y cuando él juzga á un poeta sin que ninguna prevencion altere la precision natural de su juicio, y la esquisita sensibilidad y delicadeza de su gusto, ¿quién podrá hablar despues de él?

Por otra parte me acordé de una carta de Metastasio en contestacion á un amigo suyo que le pedia le dijese su opinion sobre el Ariosto y sobre el Tasso, y de la estremada circunspeccion y timidez con que un poeta tan grande como Metastasio comparaba el mérito de dos poemas escritos en su propia lengua. He vuelto á leer esta carta, y creo no poder hacer cosa mejor que insertar aquí su traduccion.

Ella podrá servir al mismo tiempo de leccion á muchos eruditos presumidos que deciden con tono magistral sobre el mérito de los mas célebres escritores estrangeros cuando con la ayuda de un diccionario han llegado á descifrar algunas de sus páginas, y muchas veces aun sin saber una palabra de su propio idioma.

JUICIO
SOBRE EL ARIOSTO Y EL TASSO.

Carta de Pedro Metastasio á D. Domingo Diodati.

Mi respetable Amigo:

Pidiéndome que decida sobre el mérito del Tasso y del Ariosto, me cometeis una empresa difícil sin consultar bastante mis fuerzas. Vos sabeis qué terribles conmociones se levantaron sobre nuestro Parnaso cuando el Godofredo del Tasso vino á disputar al Orlando del Ariosto la preeminencia de que éste gozaba con tan justo título. Vos sabeis cuántos escritos publicaron sobre esta vana contienda los Pellegrinis, los Rossis, los Salviati y mil otros. Vos sabeis que el pacífico Horacio Ariosto, descendiente de Luis, se esforzó inutilmente en poner de acuerdo á los combatientes, diciéndoles que los poemas de aquellos dos genios divinos eran de un carácter tan distinto que no admitian

ningun paralelo; que Torcuato se habia propuesto no dejar nunca la trompeta heróica, y habia desempeñado su objeto con un arte prodigioso; y que Luis habia querido divertir á los lectores por la variedad del estilo, y mezclando con gracia lo burlesco y lo heróico; lo que habia logrado de un modo maravilloso: que el primero habia hecho todo lo que puede la superioridad del arte, y el segundo todo lo que puede el impulso de una naturaleza feliz: que los dos habian obtenido con justos títulos la admiracion pública, y que habian llegado á la cumbre de la gloria poética por caminos distintos y sin perjudicarse el uno al otro. En fin, no habreis olvidado aquella distincion célebre, pero mas brillante que sólida: que la Jerusalen es un poema mejor que el Orlando, y que el Ariosto era mejor poeta que el Tasso.

Y si os acordais de todas estas cosas, ¿cómo podeis esperar que yo me abrogue el derecho de resolver una cuestion que, despues de tan ilustres debates, está aun por decidir? Seguramente no debo constituirme juez para pronunciar la sentencia en este gran proceso. Solo creo que me sea permitido contar históricamente los efectos que produjo en mi la lectura de estos dos admirables poemas.

Cuando yo empecé á entregarme al gusto de las letras, encontré el mundo literario dividido en dos partidos. El ilustre liceo en que mi buena fortuna me hizo obtener la entrada, se habia declarado en favor del héroe de Ferrara, y sostenia su opinion con aquel esceso de calor que producen ordinariamente las disputas. Mis maestros, queriendo fomentar la inclinacion que yo manifestaba ya

á la poesía, me indicaron el Ariosto como el único modelo que debia seguir, alegando que la feliz libertad de su genio le hacía mucho mas propio para fecundar mi imaginacion, que lo que podia hacer la estéril regularidad, como ellos llamaban, de su rival. Arrastrado por una autoridad tan imponente, seducido por otra parte por el mérito infinito del Orlando, me dejé encantar de tal manera que no me cansaba de leerlo, y que al cabo de cierto tiempo me hubiera hallado en estado de recitar de memoria una gran parte. ¡Desgraciado el que se hubiera atrevido entonces á negarme la infalibilidad del Ariosto, ó á sostenerme que podia tener un rival! Sin embargo, si en alguna ocasion encontraba algun amigo que, con el objeto de seducirme, me recitaba alguno de los mejores pasages de la Jerusalen del Tasso, entonces os aseguro francamente que me hallaba como arrebatado; pero siempre fiel á mi secta, detestaba en seguida mi complacencia como uno de aquellos movimientos rebeldes que produce en nosotros la corrupcion de nuestra naturaleza, y que la virtud nos manda combatir ó sujetar. De esta suerte pasé aquel periodo de la vida en el cual no son otra cosa nuestros juicios que una imitacion de los de nuestros amigos ó maestros. Cuando llegué á combinar yo mismo mis ideas, y á pesarlas en la balanza de mi propio ingenio, la ociosidad ó el deseo de variar de ocupacion, mas bien que la esperanza de hallar algun placer ó la perspectiva de alguna utilidad, me decidieron en fin á leer la Jerusalen. No me entretendré en pintaros el estraordinario trastorno que esta lectura produjo en mi alma. Esta accion grande y única, espuesta con

claridad y con viveza, conducida con tanto tino, acabada con tanta perfeccion, que se ofrecia toda de un golpe á mi vista como en un vasto cuadro; la variedad de acontecimientos de que se compone, y que la enriquecen sin dividirla: la magia de un estilo siempre puro, siempre claro, sencillo y armonioso, y que sostenido por su propia fuerza comunica cierta nobleza aun á los objetos mas comunes; aquel colorido tan hermoso que brilla en las descripciones; aquella evidencia de narracion que seduce y persuade; los caractéres tan variados y tan bien sostenidos; el enlace tan hermoso de ideas: tanta instruccion, tanto juicio, y sobre todo aquella fuerza prodigiosa de imaginacion, que, lejos de agotarse, como sucede regularmente en los trabajos largos, parece ir siempre en aumento hasta el último verso, he aquí lo que me penetró de un placer de que hasta entonces yo no me habia formado una idea: de una admiracion mezclada de respeto; de un vivo remordimiento por mi larga injusticia, y de una implacable indignacion contra los que creian que era ultrajar al Ariosto el compararle al Tasso. No es porque yo no haya descubierto en éste algunas imperfecciones, inseparables de nuestra naturaleza: ¿quién puede hallarse libre de ellas? ¿Pensais acaso que su ilustre predecesor no tenga defectos? Si se observan con sentimiento en el Tasso algunos versos demasiado limados, ¿creeis que no se le imputa algunas veces al Ariosto el no haber limado bastante los suyos? Se quisieran quitar de las obras del uno algunos *concetti* poco dignos de la elevacion de su ingenio, y se sufren con trabajo en las del otro ciertas bufonadas muy poco decentes en un escritor

culto. Se observa que en el poema del Tasso los sentimientos del amor podrian espresarse de una manera un poco menos estudiada: pero tambien seria mejor que el autor del Orlando los hubiese pintado de un modo menos natural. En fin, sería la prueba de una refinada malicia y de una vanidad de pedante el ir á buscar en estos astros luminosos algunas pequeñas manchas esparcidas aquí ó allá.

............Quas aut incuria fudit,
Aut humana parum cavit natura.

Me direis que nada de esto responde á la pregunta que me habeis hecho, y que quereis que os diga francamente á cuál de los dos poetas doy la preferencia; pero ya os he manifestado, mi querido señor Diodati, la repugnancia natural que siento á aventurar semejante juicio; y para obedeceros sin contrariar mi inclinacion habia creido que bastaba esponeros, como lo he hecho, las diferentes impresiones que hizo en mí la lectura de esas dos obras divinas. Sin embargo, si ni aun esto basta, os diré, despues de haberme examinado á mí mismo, cuáles son las disposiciones en que hoy me hallo. Si para hacer ostentacion de su poder pluguiese á nuestro buen padre Apolo hacer de mí un gran poeta, y me mandára que le declarase francamente cuál de esas dos obras tan justamente alabadas queria yo que él tomase por modelo del poema que me prometiese dictarme, vacilaría mucho en la eleccion: pero acaso mi gusto natural, y puede ser que escesivo, por el método, la regularidad y el órden, podria al fin determinarme en favor de la *Jerusalen libertada.*

JERUSALEN LIBERTADA.

Canto Primero.

Canto los piadosos combates, y el guerrero que libertó el sepulcro de Jesucristo. Numerosas hazañas señalaron su prudencia y su valor, y trabajos sin número probaron su paciencia en aquella gloriosa conquista. En vano se armó el infierno contra él; en vano se armaron para combatirle los pueblos reunidos del Asia y del África. El cielo protegió sus esfuerzos, y recondujo bajo los santos estandartes á sus compañeros errantes.

¡Oh musa! ¡tú que no ciñes tu frente con un laurel perecedero cogido sobre el Helicon; tú, que habitas en el olimpo en medio de coros celestes; tú, cuyas sienes estan coronadas de estrellas inmortales: ¡oh musa! enciende en mi corazon un fuego divino, inflama mi canto, y perdona si adorno

la verdad con flores, y si derramo sobre mis versos otros encantos que los tuyos!

Tú sabes que el hombre corre á embriagarse con las ficciones del Parnaso; tú sabes que la verdad, adornada con las gracias de la poesía, arrastra y subyuga á los mas rebeldes corazones. Así presentamos á un niño enfermo el borde de un vaso bañado con algun dulce licor: dichosamente engañado bebe los zumos amargos, y debe la vida á su error.

¡Oh magnánimo Alfonso, ó mi asilo y mi puerto! Tú que salvaste de las injurias de la fortuna y de los escollos de un mar embravecido mi barca errante y casi destrozada, dígnate acoger mis versos, que en medio de la tempestad hice voto de consagrarte. Tal vez llegará un dia en que mi musa, que presagia tu destino, se atreverá á cantar tus hazañas, y cantándolas no hará mas que repetir las que ahora voy á esponerte.

Sí; si algun dia se reunen los cristianos con los lazos de la paz: si algun dia se arman para arrancar por segunda vez al fiero musulman la gloriosa presa que arrebató su injusticia, tú serás quien mandará sus ejércitos y guiará sus estandartes. Émulo de Godofredo, dígnate escuchar mis cantos, y prepárate al combate.

Ya el Sol habia recorrido cinco veces su oblícua carrera despues que el ardor de un santo celo

condujo á los cristianos al Oriente. Nicea habia cedido á su audacia: la poderosa Antioquía, sorprendida por su astucia, se habia defendido por su valor contra todas las fuerzas reunidas de la Persia. Dueños de Tortosa, el invierno suspendia sus esfuerzos, y esperaban la vuelta de la primavera.

Ya la estacion que encadena la actividad del guerrero tocaba á su fin, cuando de lo alto de su trono, de aquel trono que se levanta sobre las esferas celestes cuanto estas sobre el centro de los abismos, el Eterno bajó su frente ácia la tierra: en un instante una sola de sus miradas abraza el universo y todos los seres que encierra.

Todo está presente á sus ojos, pero estos se fijan con preferencia sobre la Siria y sobre los príncipes cristianos. Con aquel golpe de vista que penetra los corazones y descubre hasta el seno mas escondido, vé á Godofredo inflamado de un celo puro. Este guerrero lleno de fé ardia por libertar á Solima del yugo del impío. La gloria, los imperios, las riquezas, todo es vil á sus ojos.

El ambicioso Baldovino no aspira mas que á las grandezas humanas, único blanco de sus afanes. Tancredo, poseido de un amor funesto que le agita y le devora, desprecia la vida. Boemundo

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

fija en Antioquía los cimientos de su nuevo imperio; establece leyes, crea las artes y dá á sus vasallos virtudes y un culto puro. Profundamente absorto en estos designios, parece no conocer otra gloria ni otras hazañas.

El alma impetuosa de Reinaldo arde por la guerra, y se indigna contra el reposo. No son los tesoros ni un imperio lo que lisonjea sus deseos; no apetece mas que el honor; pero este apetito es inmoderado. Su oido atento se embriaga con las relaciones de Güelfo su tio: y su corazon se inflama al esplendor de las proezas que oye referir.

Despues de haber sondeado el alma de estos guerreros, el Rey del mundo llama á Gabriel, que ocupa el segundo lugar entre los ministros de sus voluntades. Gabriel, intérprete fiel entre Dios y los justos, mensagero siempre agradable, lleva á la tierra los decretos del cielo, y conduce al cielo los votos y los ruegos de los mortales.

Busca á Godofredo: dile de mí parte: ¿á qué tanta inaccion? ¿Por qué Solima oprimida espera aun á sus libertadores? Que reuna los gefes y disipe su lentitud. El será su general y su guia. Yo le elijo, y ellos le elegirán: y aunque hoy sean sus iguales, bien pronto serán los ejecutores de sus órdenes."

Dios dijo: y el fiel Gabriel revistió con una

forma aérea su invisible sustancia. Tomó figura humana, pero una magestad celeste brillaba en sus miradas. Su edad era la que separa la juventud de la infancia, y mil rayos luminosos adornaban su rubia cabellera.

Unas alas ágiles, infatigables, estaban prendidas á su espalda: su fondo era como el arminio, y sus estremidades como el oro. Con su ayuda penetra los aires y las nubes, y se estiende sobre la tierra y sobre los mares. Ya habia traspasado las celestes barreras y los límites del mundo, y sus misteriosas alas suspendieron un momento su vuelo sobre la cumbre del Líbano. En fin, se precipita ácia las llanuras de Tortosa.

El Sol entreabria entonces las puertas del Oriente: la mitad de su disco parecia aun sumergido en el abismo de las aguas, y Godofredo ofrecia á Dios su homenage acostumbrado, cuando adelantándose á par del Sol, pero mas brillante que él, se presentó á su vista.

«¡Godofredo: he aquí la estacion de los combates! ¿Por qué difieres libertar á Solima? Reune á los gefes del ejército: afea su pereza. Dios te ha escogido para mandarles; y ellos te obedecerán. Dios es quien me envia; y es su voluntad la que yo te revelo. ¡Qué confianza no debe inspirarte! ¡Qué celo no debe inflamar tu alma y comunicarse á tu ejér-

cito?» Dijo, y ya estaba en el cielo. A tal discurso, á tanto esplendor, Godofredo, deslumbrada su vista, se quedó atónito y aterrado.

Pero en fin, recobrado de su espanto piensa en las órdenes que ha recibido, en el Ser Eterno que se las ha dado, y en el ministro que se las ha comunicado. Su celo se reanima mas y mas, y arde por terminar la empresa que el cielo le confia. No es el orgullo de un vano título el que inflama su valor; su voluntad se enciende con la voluntad del Altísimo, como una chispa que parte de un grande incendio.

Llama á sus compañeros esparcidos; las cartas, los correos vuelan por todos lados. La súplica precede siempre al consejo. Halla en su alma todo lo que puede escitar y conmover á un alma generosa, todo lo que puede despertar al valor adormecido: y los resortes poderosos que emplea arrastran y seducen á todos los corazones.

Los gefes acuden, y los subalternos les siguen. Solo Boemundo se queda en sus estados. Una parte ocupa las murallas de Tortosa, la otra campa en las llanuras que la rodean. En fin, el dia señalado todos los guerreros se reunen y forman un consejo augusto y solemne. Godofredo está en medio de ellos: la magestad resplandece sobre su frente, y una noble elocuencia brilla en todos sus discursos.

«¡Guerreros armados para vengar la causa del cielo: vosotros, á quienes Dios ha escogido para restablecer su culto y sus altares; vosotros, á quienes guió su brazo en medio de las armas, y al través de los peligros de la tierra y de los escollos del mar; vosotros, que habeis sometido á su ley tantas provincias rebeldes; vosotros, que entre las naciones vencidas y domadas habeis desplegado sus estandartes victoriosos y hecho triunfar su nombre!"

"No es sin duda el amor de una vana nombradía el que nos ha hecho abandonar á nuestras esposas, á nuestros hijos, á nuestra patria misma: no es para mandar á pueblos bárbaros para lo que hemos arrostrado los peligros de una mar infiel, y los hazares de una guerra lejana: una gloria tan comun, conquistas tan viles no son el precio de la sangre que hemos derramado."

"Enarbolar nuestros estandartes sobre las murallas de la Ciudad Santa; arrancar á tantos cristianos del yugo de una servidumbre que les envilece y les oprime; fundar en la Palestina un nuevo reino; dar á la piedad un asilo seguro; romper la barrera que cerraba á sus preces y á sus votos el acceso al santo Sepulcro: tales fueron los objetos de nuestra ilustre empresa."

"Hemos arrostrado mil peligros, hemos soste-

nido trabajos rigorosos, pero habríamos hecho muy poco para nuestra gloria, y nada para nuestros designios, si el esfuerzo de nuestras armas se parase aquí, ó se dirigiese á otra parte."

"¿De qué nos serviría haber arrastrado toda la Europa hasta el fondo del Asia, haber llevado la llama y el hierro á estos vastos paises, si el término de tantos movimientos es destruir imperios y no levantar otros?"

"No levanta imperios el que quiere establecerlos sobre fundamentos terrestres. Rodeado de estrangeros, de infieles, de paganos; en medio de griegos envidiosos y pérfidos; lejos de los socorros del Occidente, verá desplomarse su fragil edificio, y confundido bajo sus ruinas no habrá hecho mas que preparar su sepulcro."

"Los turcos vencidos, los persas ya deshechos, Antioquía sometida: ¡nombres famosos, nobles y brillantes hazañas! Pero no son nuestras: fueron un don del Cielo y obra de su poder. Si sus gracias no sirven en nuestras manos sino de instrumentos de inobediencia; si no nos servimos de ellas mas que para combatir sus designios, temo que las retire de nosotros, y que el estrepitoso brillo de nuestras victorias sea la fábula de las naciones."

"Lejos ¡ah! de nosotros un uso tan culpable del favor celeste. Marchemos con un paso siempre

igual, y coronemos con un ilustre fin lo grande de nuestra empresa. Los pasos estan libres, los caminos estan abiertos, la estacion favorece nuestros proyectos, corramos, volemos ácia los muros en donde el Cielo ha puesto el término de nuestras hazañas. ¿Qué nos detiene aun?"

"Sí, príncipes, yo os lo anuncio, y mis presagios son infalibles. Tomo por testigo al universo, á los siglos venideros, á las potestades celestes que me oyen: el tiempo ha llegado, sí, y todo está pronto para el suceso de nuestras armas. Si tardamos aun, la ocasion se pierde y la victoria se desvanece. Ya veis al Egipto volar al socorro de la Palestina y triunfar de nuestra apatía."

Dijo; y á su discurso sucede un suave murmullo. Despues de él se levanta Pedro: sencillo solitario, sentado en medio de los príncipes, Pedro cooperaba con sus consejos á una empresa de que él habia sido el principal motor. "Yo os aconsejo lo que Godofredo os invita á emprender. No hay ya que vacilar. Se os ha hecho presente la verdad, la conoceis, y estais convencidos de ella, solo os añadiré una palabra."

"Cuando yo me acuerdo de aquellas desgraciadas discordias, origen de tantas afrentas como habeis recibido; de aquellas divisiones que han detenido y suspendido vuestras victorias; de aquellas

lentitudes etérnas, yo encuentro su orígen en la funesta y demasiado prolongada division de la autoridad, que se destruye por el equilibrio de las opiniones."

"Es menester que haya un solo gefe cuya prudencia distribuya las recompensas é imponga los castigos. En donde la autoridad está dividida, el gobierno fluctúa incierto, sin principios y sin reglas. ¡Ah! reunid en un solo cuerpo tantos miembros esparcidos. Poned en la mano de un gefe resortes que conduzcan y un freno que detenga; y que armado con el cetro y el poder, tenga los derechos y la magestad de un soberano."

Así habló el anciano. ¡Oh Dios, tu soplo penetró todos los pensamientos y abrasó todos los corazones! Tú inspiraste al solitario; tú grabaste sus palabras en el alma de todos los gefes; tú sofocastes en ellos el amor de la independencia y el orgullo tan natural de mandar á los otros. Guillermo y Guelfo dan los primeros á Godofredo el título de general, aunque tenian mas derecho que nadie á poseerlo.

Todos los demas aplaudieron. Que sea, dicen, el alma de nuestras empresas, que él nos mande, que imponga leyes á los vencidos, y cual árbitro supremo, conceda la paz ó haga la guerra. Que sus iguales obedezcan sus órdenes, y no sean

mas que los ministros de sus voluntades. Inmediatamente la fama vuela y lleva á todas partes la noticia de aquella acertada eleccion.

Godofredo se muestra á los soldados, y á todos parece digno del alto puesto en que el Cielo le ha colocado. Con frente serena, con ojos de tranquila modestia, recibe sus homenages, oye sus aplausos, y responde á las demostraciones de su amor y á las protestas de su obediencia. En seguida manda que al nuevo dia se reunan todos en una vasta llanura en órden de batalla.

El sol mas sereno y mas luminoso aparece de nuevo en el Oriente, y á los primeros albores del dia, que él conduce, las banderas flotan en los aires, y todos los guerreros se adelantan con sus armas relucientes. Se forman en una vasta pradera. Buillon aparece: infantería, caballería, todos desfilan ante sus ojos atentos y perspicaces.

¡Oh tú que disipas la noche de los años y del olvido, y que conservas en depósito fiel los acontecimientos pasados! ¡Memoria ¡dime otra vez el nombre de los guerreros, y el número de los soldados! ¡que su antigua fama, perdida en el silencio, y oscurecida por los años, reviva en mis versos y recobre por ellos su esplendor primero! Dá á mi lengua sonidos que todos los siglos entiendan, y que resuenen aun mucho mas allá del tiempo.

Los primeros que se adelantan son los franceses. Tropa escogida, formada en la isla de Francia, en aquel pais fértil y rico que riegan cuatro rios. Hugo, hermano de su rey, los habia mandado: pero Hugo ya no existia, y las flores de lis flotaban entonces bajo las órdenes de Clotario. Este guerrero anima sangre de reyes, y su valor y sus hazañas le hacen digno de su cuna.

Son en número de mil caballeros; otros mil los seguian con la misma disciplina, las mismas armas, el mismo carácter y las mismas facciones. La Neustria les dió nacimiento y Roberto es su soberano y su gefe. Despues de ellos despliegan sus estandartes Guillermo y Ademar, príncipes, entrambos, y pastores de los pueblos.

Uno y otro habian salido de la sombra de los altares; un casco oprime su larga cabellera, y sus manos, consagradas á un ministerio de paz, manejan armas invencibles. Bajo el primero marchan cuatrocientos guerreros que Orange llama hijos: el segundo conduce otros cuatrocientos, no menos valerosos, que en la hermosa Puy vieron la luz primera.

Baldovino aparece cerca de ellos; y conduce mil doscientos boloñeses; una parte habia seguido sus banderas: Godofredo, su hermano, le confió los demas desde que mandaba á todos los gefes.

un héroe intrépido en la guerra, y prudente en el consejo, el conde de Chartres, guia despues de él cuatrocientos guerreros.

Güelfo marcha en pos de él: Güelfo, á quien su mérito levantó á la altura de su fortuna. Italiano de orígen, cuenta en su casa de Este una dilatada série de abuelos: pero la Alemania le dió un sobrenombre y estados, y sostuvo la gloria de los Güelfos que le adoptaron. La Carintia reconoce sus leyes, y manda en las regiones que los Suevos ocuparon antes entre el Rhin y el Danubio.

Esta herencia de su madre se engrandeció por sus conquistas; á su voz arrostran la muerte sus soldados: ambiciosos de peligros, gustan en la paz de los juegos y festines, y templan con un suave calor la rigidez de sus helados climas. Cinco mil habian seguido su fortuna, pero el hierro ha cercenado ya mas de dos tercios de su tropa.

En seguida aparece lo florido de aquel pueblo que rodea por todas partes el mar, la Francia y la Alemania, y cuyos fértiles valles y saborosos pastos riegan, y á veces inundan el Mosa y el Rhin. Su rubia cabellera hace resaltar lo blanco de su tez. Entre ellos se hallan isleños acostumbrados á desafiar al Occéano, que los ciñe, y que detienen con diques profundos. Pero el

Océano los rompe á menudo y traga á veces sus navíos, sus tesoros y sus ciudades.

Componen en todo mil guerreros, y marchan bajo las órdenes de otro Roberto. Despues de ellos se avista el escuadron, mas número de los ingleses, que sobresalen en tirar el dardo: y Guillermo, hijo segundo de su Rey, los manda. Entre ellos se vé un pueblo mas vecino del polo; pueblo indómito que mora en los bosques: su pais es la Irlanda, que toca á los últimos confines del mundo.

Tancredo viene en seguida: Tancredo, el mas valiente, el mas generoso, el mas intrépido, el mas bello de todos aquellos guerreros, si Reinaldo no estuviera entre ellos. Una sombra ligera empaña tanto esplendor; el amor funesto, amor nacido de una mirada en medio de los combates; amor que vive entre las penas y se alimenta de amarguras.

Se cuenta que el dia que hizo para siempre célebre la derrota de los persas por los cristianos, Tancredo, victorioso, cansado de perseguir á los enemigos, que huían delante de él, buscó en fin un asilo en donde reparar la fatiga de sus cansados miembros y apagar la sed abrasadora, que le devoraba. Entró en un bosquecillo sombrio, por el cual corria un arroyo crista-

lino, rodeado de alfombras de mullido cesped. Una jóven aparece de repente á su vista; la armadura que la cubria no dejaba ver mas que su cabeza. Era una persa, una jóven guerrera, que habia entrado en aquel recinto en busca de la sombra y del descanso. Tancredo la vé, la admira, se inflama, arde por ella. Aquel amor, que no hacía mas que nacer, reina ya como tirano en su corazon.

A la vista del guerrero vuelve á ceñir su casco la persa, y se hubiera precipitado sobre él, si no acude una tropa de cristianos. Aquella altiva hermosura cede al número que la amenaza: parte; pero Tancredo conserva su imágen; ella vive en su corazon: siempre lleno de su idea, todo le recuerda sus facciones, su actitud y el lugar en que la vió: eternos pábulo de la llama que le consume.

El corazon lleno de suspiros, y los ojos humedecidos con sus lágrimas, camina con la cabeza inclinada, haciendo ver en todo su porte su amor y su desesperacion. Ochocientos caballeros están bajo sus órdenes. Estos abandonaron por seguirle las laderas fecundas de la Toscana, y las fértiles llanuras de la campaña; paises en donde la naturaleza ostenta toda su pompa y sus riquezas.

Doscientos griegos les siguen. No están cu-

biertos de hierro: fuertes cimitarras penden de sus lados, y el arco y la aljaba resuenan sobre sus hombros. Sus caballos ágiles, infatigables, no conocen el reposo ni apenas codician el alimento; tan veloces en el ataque como en la retirada; errantes y dispersos, hasta su fuga tiene apariencia de combate.

Tatin está á su cabeza: Tatin, el único de los príncipes Griegos que osó unir su fortuna á la de los latinos. ¡Oh crímen! ¡Oh vergüenza! Desgraciada Grecia, quedaste tranquila espectadora de una guerra que se hacía en tus fronteras: tu débil política esperaba los sucesos para decidirse: hoy, vil esclava, gimes bajo el peso de tu cadena; pero no acuses la injusticia de la suerte que te oprime: la mereció tu cobardia.

En las últimas filas parecíó una tropa que el honor, el valor y los talentos debian colocar antes de todos. Eran los rayos de la guerra, el terror del Asia, héroes invencibles, conocidos bajo el nombre de Aventureros. ¡Fabulosos argonautas, caballeros errantes, mas fabulosos aun, vuestras hazañas tan alabadas desaparecen ante las de estos guerreros! ¿Pero quién será digno de mandarlos?

Dudon los guia. Su verde vejez conserva toda la fuerza de la edad madura, su vigor brilla aun bajo sus cabellos blancos, y honrosas heridas con-

servan aun la memoria de sus proezas. Si el derecho de mandar hubiera sido el precio del nacimiento y del valor, todos le hubieran pretendido: pero todos convinieron en escoger por gefe al que habia dado mas combates, y tenia mas esperiencia.

Entre ellos se presenta Eustaquio con toda pompa; Eustaquio, ilustre por sí mismo, y mas ilustre aun por su hermano Godofredo. A su lado se descubre á Gernardo, hijo de los reyes de Noruega, que se envanece con sus títulos y con los cetros y coronas que le esperan. Rogero de Balnaville, y En Gerlan sostuvieron su antigua gloria. Genton, Rambaldo y dos Gerardos, se distinguen entre los mas valientes.

Les seguian Ubaldo, y Rosemundo, heredero del ducado de Lancaster. El altivo Obison, héroe de la Toscana; y vosotros tambien Aquiles, Sforcia y Palamedes, todos hermanos, y todos honor de Lombardía. Vuestros nombres pertenecen al universo: ellos nadarán sobre el abismo del olvido, y llevarán en medio al del famoso Othon; Othon, cuyo brazo conquistó el célebre escudo en que se ve pintado un niño desnudo saliendo de la boca de una serpiente.

No olvidaré á Gaston, ni á Rodolfo, ni á uno y otro Guido, ambos célebres por sus hazañas.

Everardo ni Garniero no quedarán envueltos en la noche del olvido. ¿Y podré callar los nombres de Gildippa y Odoardo? ¡Fieles amantes, tiernos esposos, siempre inseparables os seguis uno á otro hasta en los combates; tambien sereis inseparables en mis versos!

¡Oh amor! ¿Qué no se aprende bajo tu imperio? De una débil amante tú hicistes un intrépido guerrero. Gildippa sigue los pasos de su esposo, y combate á su lado. Sus dias tienen la misma trama; no hay dolor que no pase del uno al otro: el tiro que alcanza al amante, hiere á su amada: y la vida del uno se exala por la herida del otro.

Pero Reinaldo, aun en la primavera de su vida, oscurece á todos los héroes cristianos. Sobre su frente magestuosa brilla una amable fiereza. Todas las miradas estan fijas sobre él: sus proezas se han anticipado á su edad, y han escedido á todas las esperanzas. Los primeros dias de su adolescencia dieron frutos, que otros no cogen sino en el otoño de la edad. Cubierto con su armadura, con el dardo en la mano, es el Dios de los combates, y del amor si se quita su cimera.

Sofía, la bella Sofía le dió á luz en las orillas del Adige, y el poderoso Bertoldo fue su padre. Estaba aun en la cuna cuando le adoptó

Matilde: educado á su vista, aprendió todo lo que se enseña á los hijos de los reyes, y estuvo á su lado hasta que la trompeta resonó en el Oriente, é inflamó su jóven valentía.

Entonces, y aun no tenía tres lustros, se sustrae á las manos que le criaron; solo corre por caminos desconocidos, atraviesa el mar Egeo, pasa los confines de la Grecia, y llega á regiones apartadas para reunirse con los cristianos. Heróica fuga, digna de ser imitada por alguno de sus ilustres sobrinos: hace tres años que combate, y apenas brota de su barba el ligero bozo.

A los ginetes sucede la infantería. Raimundo manda la primera escuadra. Tolosa obedece sus órdenes. De las faldas de los Pirineos, y de las orillas del Garona y del Océano cuatro mil guerreros han seguido sus pasos. Bien armados, sujetos á la misma disciplina, intrépidos en los peligros, y endurecidos en los trabajos, no pueden tener un capitan mas valiente ni mas esperimentado.

Esteban de Ambois conduce cinco mil que Tours y Blois han visto nacer. Aunque cubiertos de acero brillante, sus cuerpos sin vigor ceden á las primeras fatigas. Nacidos bajo un clima risueño, delicioso, participan de su languidez y molicie; y aunque fogosos en el primer choque, su ardor cede pronto y se apaga.

Alencaster viene en seguida. Su mirada es amenazadora y su marcha altiva, tal como se vé á Capaneo, junto á los muros de Tébas. Seis mil helvecios bajaron con él de las cumbres de los Alpes. Este pueblo osado y altanero ha dado formas nuevas y mas noble empleo al hierro con que en el arado abria las entrañas de la tierra, y con una mano acostumbrada á conducirle, desafia á los reyes.

A la cabeza de la última tropa ondea el estandarte en que estan pintadas la tiara y las llaves. Bajo el mando del valiente Camilo marchan siete mil soldados con armas resplandecientes. Camilo, orgulloso con el honor de mandarlos, se lisonjea de hacer renacer con ellos la gloria de sus abuelos, y de manifestar al universo que nada falta al valor romano.

Godofredo, satisfecho, llama á los gefes y les descubre el secreto de sus proyectos. «Mañana, les dice, á los primeros rayos del dia póngase el ejército en movimiento, y la Ciudad Santa sea acometida antes que el enemigo nos espere. Id, generosos guerreros, corred al combate ó mas bien á la victoria." A este enérgico discurso de un héroe lleno de prudencia, todo se agita, todos los ánimos se inflaman, y sus votos impacientes apresuran la vuelta de la aurora.

Entretanto el vigilante Bouillon no está exento de temor, pero le oculta en lo íntimo de su pecho. Avisos demasiado ciertos le han anunciado que el egipcio marcha sobre Gazza, y que con fuerzas formidables amenaza entrar en la Siria. Conoce á aquel príncipe emprendedor. No puede creer que, acostumbrado á los combates, duerma en el seno de la ociosidad y del placer; y seguro de encontrar en él un enemigo tenaz, habla así á Enrique su mensagero fiel.

"Toma un barco ligero y pasa á Grecia; una mano, que no ha engañado jamas, me escribe que un jóven héroe, vástago de reyes, llega allí para reunirse á nuestro ejército. Es el príncipe de los daneses, y trae consigo pueblos que habitan en los climas helados de la Osa."

"Tal vez el griego astuto y falso le distraerá de su empresa haciéndole regresar á su patria, ó llevar su esfuerzo á regiones distantes de nosotros. Tú, ministro fiel de mis voluntades, órgano de la verdad, decide á este príncipe por el partido que le dictan su interés y el nuestro. Dile de mi parte, que venga, y que toda dilacion oscurece su gloria."

"No acompañes sus pasos: quédate al lado del monarca griego para acelerar la marcha de este socorro tan prometido, y que nuestros tratados deben garantir." Con estas instrucciones, y con car-

tas del héroe, Enrique parte, y Bouillon se entrega por un momento al reposo.

La aurora abre al sol las puertas doradas del Oriente; óyese de improviso el sonido de los tambores y el eco de las trompetas guerreras; todo se agita, todo se mueve; y el trueno que promete á la tierra abrasada una lluvia benéfica, no es tan agradable á los mortales como lo fue á aquellos guerreros, ansiosos de combates, el ruido de los instrumentos bélicos.

Sedientos de gloria, todos se reunen, todos se colocan bajo sus gefes y en sus bandas respectivas. Ya el ejército está en batalla, las banderas se despliegan, y en medio de ellas se descubre el estandarte de la Cruz, prenda de la victoria.

Ya el sol ha medido una parte de su carrera: sus rayos hieren las armas de los soldados y hacen salir chispas que deslumbran desde lejos: el aire es todo un fuego; y el choque de las armas y el relincho de los caballos resuena en la llanura.

Por órden del general, cuya prudencia lo ha previsto todo, varios caballeros se esparcen por la campaña, y van á reconocer el país: y varios pontoneros allanan el camino, ciegan los fosos y abren los pasos.

No hay fuerza enemiga, ni muralla, ni torrente, ni bosque que pueda detener la carrera

impetuosa de los cristianos. Tal como se vé al rey de los rios cuando su onda embravecida se hincha y se eleva, traspasar sus bordes y llevar el destrozo á la llanura sin que haya dique ni barrera que le resista.

Solo el rey de Trípoli tenia murallas, tropas, tesoros y armas: solo él podia presentar obstáculos, pero no se atreve á arrostrar la tempestad. Encerrado en sus murallas, ofrece presentes y pide la paz; y Godofredo, árbitro de todo, en medio de sus estados le impone leyes y recibe sus homenages.

De la cumbre del Seir; de aquella montaña, que por lado de Oriente domina á la Ciudad Santa, baja á la llanura una multitud de cristianos. Hombres, mugeres y niños, todos les ofrecen dones, contemplan con gozo á sus libertadores y á sus hermanos; admiran sus armas desconocidas, y guias fieles y seguros dirigen la marcha de Godofredo.

Jamas pierde de vista la orilla del mar. Sabe que una flota amiga costea en sus orillas y le asegura la abundancia y numerosos socorros. Por medio de esta flota para él solo se siegan las mieses en las islas de la Grecia; para él solo Chio y Creta ven madurar sus uvas.

La mar gime bajo el peso de tanto bajél, y la

onda espumea bajo el remo de barcas mas ligeras. El mediterráneo no ofrece ya asilo al sarraceno: no halla ya en parte ninguna mas que la esclavitud y la muerte; y Venecia, Génova, la Francia, la Inglaterra, la Holanda y la Sicilia han cubierto el mar con sus pabellones.

Un mismo espíritu hace mover tan grandes flotas, un mismo lazo las une á la grande empresa. Todas llevan al ejército provisiones que han tomado en diferentes costas. Entre tanto Godofredo ha traspasado las fronteras del infiel; y con marcha rápida se adelanta ácia los parages que regó la sangre del hombre Dios.

Pero la mensagera indiferente de la mentira y de la verdad, la fama, ha dicho que el ejército victorioso de los cristianos se ha reunido, que está en marcha, y que nada le detiene. Ella enumera sus fuerzas, nombra los guerreros mas distinguidos, cuenta sus hazañas: y con voz amenazadora presagia al usurpador de Sion el mas aciago destino.

El temor del mal, mas cruel que el mal mismo, se apodera de todos los corazones. El oido ansioso, inquieto, recoge los rumores mas inciertos, las voces mas frívolas, y lleva la confusion á todas las almas: un ruido confuso se esparce en la ciudad, en el campo, y vuelve mas terrible á aumentar los dolores y las inquietudes.

Entretanto el tirano al acercarse el peligro que amenaza su vejez, revuelve en su corazon agitado los mas bárbaros proyectos. Aladin es su nombre. Recientemente sentado sobre un trono que usurpó, vive en él rodeado de temores y de cuidados. Nació cruel; los años mitigaron su carácter, pero á la vista de los latinos que van á atacarle, se unen nuevas sospechas á sus antiguas zozobras; teme á sus enemigos, y desconfia de sus vasallos.

En una misma ciudad habitan confundidos dos pueblos, separados por su creencia. El menos numeroso, el mas débil, está sometido á Jesucristo. El otro adora á Mahoma. Cuando Aladin, dueño de Solima, resolvió establecer en la Ciudad Santa la silla de su imperio, su política disminuyó para los infieles el peso de los impuestos, y sobrecargó á los desgraciados cristianos.

Demasiado seguro de su odio, su ferocidad amortecida por los años renace mas irritada. Jamas fue mas ardiente ni apeteció mas la sangre: así la sierpe, entorpecida por los hielos, despierta mas dañosa en la primavera; y así el leon, que parece domesticado, viene á ser cuando se le ofende mas terrible y mas furioso.

Yo veo, dijo el tirano, yo veo en esos infieles señales demasiado ciertas del gozo que les anima: ellos se alegran de nuestras desgracias, y rien de

nuestras lágrimas. Tal vez traman sordamente traiciones y perfidias; tal vez conspiran contra mi vida, ó tratan de introducir en nuestras murallas ese pueblo enemigo, que ellos llaman sus hermanos.

Yo haré abortar sus pérfidos proyectos. Yo apagaré mi enojo en su sangre, é inundaré con ella á Solima. Yo degollaré los hijos en el seno de sus madres, destruiré sus casas, quemaré sus templos, y éstos serán su hoguera: y sobre esa tumba, que ellos adoran, en medio de sus sacrificios y de sus votos, sus sacerdotes serán mis primeras víctimas.

Así habló el impío en su corazon: no ejecuta empero aquel pensamiento mal concebido; y si perdona á la inocencia no es piedad, es cobardía. El temor irrita su cólera, otro temor mas fuerte la calma y la detiene; y teme cerrar toda esperanza á los tratados irritando á un enemigo victorioso.

Así modera el bárbaro los accesos de su rabia insensata, ó mas bien la procura otro alimento. Arrasa las campiñas, derriba la humilde choza del labrador, vuela la llama por do quiera, y no deja ni alimento, ni asilo á los cristianos. Su cruel prevision enturbia las fuentes, distrae de su curso los arroyos, y mezcla en las aguas mortales ponzoñas.

Entretanto fortifica á Jerusalen. Ya bien defendida por tres lados, presenta solo por el Norte murallas menos seguras: á la primera sospecha del peligro que le amenaza, el tirano levanta otras nuevas, y reune en su recinto multitud de guerreros, unos alistados entre sus súbditos, y otros mercenarios.



Canto Segundo.

Mientras el tirano se apresta al combate, Ismeno solo se presenta un dia á su vista. Ismeno, que puede evocar del fondo de los sepulcros la ceniza inanimada y volverle la sensacion y la vida: Ismeno, cuyos sombríos y mágicos acentos hacen temblar sobre su trono al rey de los infiernos: Ismeno, que manda á los demonios, los hace servir como esclavos de sus negros proyectos, y á su arbitrio los desata ó los encadena.

Este adorador de Mahoma fue en otro tiempo cristiano; pero todavía lleno del culto que ha dejado, su arte impío y sacrílego profana sus ritós, y confunde dos leyes que jamas ha comprendido. Hoy, desde la morada oculta en donde ejerce su ciencia tenebrosa, viene al ruido del peligro comun á ofrecer á un rey malvado un consejero aun mas siniestro.

"Príncipe, le dice: ese ejército temido, ese

ejército victorioso vá á caer sobre tí. Levántate, y cumplamos nuestro deber. El cielo, el universo todo estan en nuestro favor: tu sabiduría lo ha previsto todo, y has llenado las funciones de rey y de capitan. Esta tierra será la tumba de tus enemigos, si somos dignos de tí."

Yo te ofrezco lo que puedo: yo vengo á participar de tus trabajos y de tus peligros; y yo te prometo los consejos de una vejez esperimentada, y todos los recursos de mi arte, que son inmensos: yo obligaré al infierno mismo á combatir por ti: pero escucha, ¡oh príncipe! los secretos que voy á revelarte."

"En el templo de los cristianos, en el fondo de un subterráneo desconocido, se eleva un altar, sobre el cual se halla la imágen de aquella que este pueblo imbecil reverencia como una Diosa, como la madre de un Dios muerto y sepultado: una lámpara siempre encendida arde delante de ella: un rico velo la cubre; y en torno suyo penden mil ofrendas que la consagran los crédulos devotos."

"Es menester que tú mismo, con tu propia mano, arranques esa imágen de su templo, y que la coloques en tu mezquita: yo emplearé encantos tan poderosos, que ella vendrá á ser para nuestras murallas una segura y temible

custodia, y la garantía de la seguridad de tu inespugnable imperio."

Dijo, y le persuadió. El tirano impaciente vuela al retirado asilo de los cristianos, aparta á los ministros del altar, y con mano sacrílega arrebata la imágen y la lleva á su templo, en donde un culto insensato ultraja sin cesar al Cielo: en aquel lugar profano el encantador murmura sobre la santa imágen sus horribles blasfemias.

Pero al volver la aurora, el guarda de aquel templo impío busca con sus primeras miradas el depósito precioso: le busca en vano. Corre al tirano; é irritado éste con la nueva, exclama: ¡una mano desconocida la arrebató furtivamente! Esa mano no puede ser mas que la de un cristiano.

¿Fue obra furtiva de una mano piadosa, ó el Cielo indignado de que un lugar impuro contuviese la imágen de su Reina, de la Madre de su Dios, hizo brillar su poder? Duda la fama si ue destreza ó milagro; mas pareciendo impotente en aquellas circunstancias el celo de los humanos, la piedad cree que fue un prodigio del Cielo.

Los satélites inundan luego los templos y las casas de los cristianos: con vista penetrante y curiosa recorren los sitios mas secretos, incitan á los delatores con recompensas, y amedrentan

con las amenazas mas terribles á los que oculten el robo y el culpable. El encantador mismo consulta su arte: emplea todos sus recursos: ¡vanas pesquisas, inútiles encantos! El Cielo burla sus esfuerzos y le oculta la verdad.

El bárbaro Aladin, siempre prevenido contra los cristianos, avergonzado de no poderles convencer, se abandona á todo su furor. Lleno de cólera, poseido de una rabia furiosa, insensato, quiere vengarse, y á cualquier precio que sea satisfacer su enojo. "Perecerá, decia, el culpable desconocido con el esterminio de toda su secta."

"Muera pues, aunque perezca el inocente. ¡El inocente! Todos son criminales; ninguno de hellos fue jamas amigo de nuestro nombre: y si hubiese alguno sin tener parte en este nuevo atentado, otro anteriormente cometido le hará digno de muerte. ¡Sus! decia Aladin á sus fieles guerreros: tomad la llama y el hierro, y no os canseis de quemar y matar."

Así habló el tirano, y divulgadas sus bárbaras órdenes esparcen el terror y el espanto entre los cristianos. Abatidos éstos, consternados, viendo la muerte delante de sus ojos, no se atreven ni á huir ni á defenderse, ni á disculparse ni interponer sus ruegos. Tímido e irresoluto el pueblo, halló de repente su salvacion donde menos la esperaba.

Cándida vírgen se encuentra en medio de ellos de un alma grande y de un corazon digno de la diadema: hermosa, pero sin orgullo, solo ambiciona lo que puede hacer brillar su virtud, y se esfuerza en ocultar su belleza tras los pequeños muros de una humilde morada. Allí, sola, desconocida, se sustrae á la vista, á las alabanzas y á las lisonjas de los mortales.

Pero no hay barrera que pueda ocultar una hermosura digna de ser admirada. Amor, tú no lo permitiste; tú revelaste su retiro á los deseos de un jóven inflamado en tus ardores: amor, que ora ciego, caminas con la venda en los ojos; ora Argos, nada se escapa á tu vista: al través de mil barreras, en el fondo del asilo mas misterioso, tú le muestras el objeto de su adoracion.

Sofronia y Olindo, nacidos dentro de unos mismos muros, adoraban el mismo Dios. Olindo, amante tan modesto como Sofronia hermosa, deseaba mucho, esperaba poco, y nada pedia, ó no sabia, ó no osaba descubrir su llama, y Sofronia por su parte, ó no la distinguia, ó la desdeñaba: así la sirvió hasta entonces el infeliz Olindo, ignorado, mal conocido, ó despreciado.

Entre tanto el decreto del tirano y la próxima desgracia de los cristianos van á turbar el silencio y la paz en el asilo de Sofronia: á esta noticia su

alma generosa concibe una grande idea; quiere salvar á sus hermanos. El valor la impele, pero el rubor la retiene: triunfa al fin aquel, ó mas bien el pudor dichosamente se une á la audacia.

Sola, en medio del tropel, aquella tierna hermosura se adelanta: ni oculta sus encantos, ni hace alarde de ellos: bajando su vista y cubriendo la cabeza con un velo, camina con un aire modesto pero seguro, no pudiéndose descubrir si está ó no adornada, y si es al arte ó á la casualidad á quien debe su atractivo. Esta feliz negligencia era obra de la naturaleza, del amor, y del Cielo que la favorecia.

Objeto de todas las miradas, no se digna mirar á nadie: comparece ante el tirano, y lejos de asustarse á la vista del enojo que le inflama, al contrario, intrépida sostiene su feroz aspecto. "Suspende, le dice tu venganza y conten á tu pueblo: yo vengo á descubrir al culpado que te ha ofendido, y á poner entre tus manos la víctima que pide tu cólera.

A esta noble audacia, al brillo inesperado de aquella beldad altiva é imponente, Aladin, casi confuso y subyugado, reprime su enojo y suaviza sus ásperas miradas. Si su corazon hubiera sido menos duro, si Sofronia hubiera sido menos seve-

ra, Aladin hubiera cedido al poder del amor; pero una beldad austera no cautiva un corazon sin deseos: la esperanza es el primer alimento del amor.

Si no sintió el amor el bárbaro, á lo menos sintió la sorpresa, la curiosidad y el placer. "Habla, la dijo; yo prohibo que se atente contra la vida de tus cristianos."-"El culpable, Señor, está en tu presencia: yo soy quien te ha robado la imágen; yo soy á quien buscas, yo á quien debes castigar."

Así sacrifica su existencia la jóven heroina por el peligro comun, y quiere atraerle todo entero sobre su cabeza. ¡Generoso engaño, que casi se hace acreedor á los homenages que se deben á la verdad! El tirano suspenso titubea, y por la primera vez su enojo tarda en inflamarse. "Quiero que me descubras, la dice, quién te ha dado ese consejo, y quién ha sido tu cómplice."

"No asocies á nadie á una gloria que me pertenece toda entera: yo sola fuí mi consejero: yo sola mi cómplice; yo sola lo he ejecutado todo." -- "Pues bien, sobre tí sola caerá toda mi cólera y mi venganza." -- Tu sentencia es justa, el honor es solo mio; yo sola debo ser castigada."

La cólera del tirano se enciende: "¿En dónde has escondido esa imágen?"--"No la he escondido, la he entregado á las llamas; y he debido hacerlo así para sustraerla á la profanacion y á los ultra-

jes de la impiedad. Pero, señor, ¿buscas la culpable ó la imágen? Esta no la verás jamas: la culpable ya la ves.

»He dicho la culpable: no, yo no lo soy. Yo he podido sin culpa recobrar el tesoro que nos habia arrebatado vuestra injusticia." A estas palabras el tirano tembló con un aire amenazador, y su cólera no tuvo ya límites. ¡Virtuosa Sofronia, tu hermosura, tu pudor, tu denuedo, nada podrá aplacarle: en vano el amor para defenderla de su rabia, quiere escudarla con sus propios encantos.

Los satélites la prenden, y el bárbaro la condena á perecer entre las llamas. Su velo, sus castos vestidos la fueron arrancados, y un lazo cruel apretaba sus manos delicadas. Sofronia callaba; su valor no se abatia, pero su alma se hallaba conmovida. Despareció sin palidez el carmin de su rostro, y así brillaba mas su blancura.

La fatal aventura se esparce al momento por la ciudad, todo el pueblo corre á presenciarla, y Olindo corre tambien: la accion es cierta: la heroina es aun desconocida. ¡Qué! ¿Será su amada? Llega, la vé, la inocencia brilla sobre su frente: pero viéndola ya condenada, y entregada á los ministros del tirano, prontos á sacrificarla se arroja, y se precipita al traves de la muchedumbre.

"No es ella, señor, esclama; no es ella la cupable, solo su locura la hace lisonjearse de tal hecho: no lo pensó jamas, ni se atrevió á consumarlo: una muger sola y sin esperiencia no ha podido ejecutar accion tan arriesgada ¿Cómo ha engañado á los guardas? ¿Con qué medios ha arrebatado la imágen venerada? Si lo ha hecho, dígalo. Soy yo, señor, quien la ha robado." ¡Tanto amaba Olindo al insensible objeto de su pasion!

«Por donde tu soberbia mezquita recibe el aire y la luz, yo subí la noche última, y por inaccesibles caminos me abrí un angosto paso; yo soy pues á quien pertenece todo el honor; yo soy el que debe morir; nadie usurpe mi suplicio: estos hierros son mios: para mí se enciende esa llama, y para mí se apresta esa hoguera."

Sofronia levanta la vista y dirige á Olindo una mirada llena de ternura y de compasion: — "¿Qué pretendes, desgraciado inocente? ¿Qué designio ó que furor te guia ó te arrastra? ¿Acaso no soy capaz de sostener sin tí la cólera de un mortal? Tengo un corazon que, solo, sabrá arrostrar la muerte, y no necesita de un compañero que le ayude."

Asi le habló á su amante; pero no pudo debilitar su valor, ni mudar su determinacion. ¡Oh

espectáculo heróico, en el que la virtud mas generosa lucha con el amor mas puro; en el que la muerte es el premio del vencedor, y la vida la pena del vencido! A la vista de tales héroes, constantes en acusarse uno y otro, redóbla la cólera del tirano.

Se cree envilecido por el valor de los héroes, é imagina que el desprecio con que miran el suplicio es un ultraje á su persona. -- "Yo creo á los dos, dijo: los dos alcanzarán la victoria y la palma que solicitan." Los verdugos, dóciles á sus órdenes, cargan á Olindo de cadenas, le atan al mismo palo que Sofronia, vueltas las espaldas de entrambos, y sus miradas no pueden encontrarse.

La hoguera se levanta al rededor de ellos; ya la llama centellea, y el desgraciado Olindo dirige á la compañera de su suplicio estas tiernas palabras, que interrumpian sus suspiros:-- "¿Son estos los lazos que habian de unir mi vida á la tuya? ¿Es este el fuego que habia de abrasar nuestras almas con igual ardor?

»Otra era la llama y otros los lazos que el amor me habia prometido y ¡he aquí los que mi suerte impía nos reservaba! Su injusticia nos ha separado durante la vida, y mas cruel aun, nos reune en la muerte. Al menos, si era tu destino morir de un modo tan funesto, será para mí una dicha el

partir contigo tu sepulcro, ya que no tuve la de partir tu lecho: yo lloro tu destino: ¡ah! no el mio, pues que muero contigo.

» Oh muerte demasiado feliz, suplicio venturoso! ¡Si á lo menos tus labios unidos á los mios pudiesen, al exalar el último suspiro, darte mi alma, y recibir la tuya...!" Así lloraba Olindo su desdicha, y Sofronia le responde con dulzura:

"Este momento, amigo, pide otros pensamientos y otras lágrimas: acuérdate de tus faltas; acuérdate de la noble recompensa que el Cielo promete á la virtud. Ofrece á Dios tu suplicio; y dulce te será: aspira á la morada eterna, que en ella te aguarda la dicha: mira ese hermoso Cielo, y mira ese Sol, que nos llama y nos consuela.

El pagano enternecido dá gritos de dolor; el fiel gime y suspira. Yo no sé qué impresion, nueva y desconocida oprime el alma inflexible del tirano; la siente, y se avergüenza; y temiendo dejarse aplacar por ella, vuelve los ojos y se reira. ¡Sola tú, ó Sofronia, no participas del duelo comun; y llorada de todos, tú sola no lloras!

Entonces aparece un guerrero con aire altivo, imponente: su armadura, su trage anuncian que viene de un pais lejano: un tigre reposa sobre su casco: y atrae todas las miradas: á esta se-

ñal ilustre todos creen reconocer á Clorinda, y no se engañan.

Desde sus tiernos años Clorinda despreció los juegos y las ocupaciones de su sexo: su mano varonil desdeñó las domésticas labores, y no quiso manejar ni la aguja ni el huso. Huyó de la molicie de las ciudades, y de aquellos retiros, asilos de una virtud, que se conserva aun en el seno mismo de la libertad: el orgullo adorna su frente: la aspereza se muestra en su semblante; mas sin embargo, siempre agrada.

Aun niña, su mano débil aprendió á domar un alazan: manejó la lanza y la espada; endureció sus miembros en la lucha, y desplegó su agilidad en la carrera. Al traves de los bosques y los montes sigue las huellas de los tigres y de los osos; en el combate es un leon, y en él bosque un cazador infatigable.

Desde el centro de la Persia viene á buscar y combatir á los cristianos. Estos conocen ya la fuerza de su brazo, pues mas de una vez ha esparcido sus miembros por la llanura, y teñido los rios con su sangre: sus ojos descubren aquel aparato de muerte, oprime los hijares al caballo y corre á saber qué crimen condena á aquellos infelices al suplicio.

La muchedumbre se retira, y Clorinda se acerca

á la hoguera; observa el silencio de Sofronia y los gemidos de Olindo, y vé en el sexo mas débil un valor mas señalado; pero las lágrimas de Olindo son de compasion: si gime, no es por él. Sofronia, silenciosa, con los ojos clavados en el Cielo, antes de morir ya no pertenece á la tierra.

Clorinda se enternece; compadece á los dos y llora por ellos: pero un sentimiento mas vivo la interesa por la que sufre menos: su silencio la conmueve mas que las lágrimas de su amante. Por favor, dice á un viejo que estaba á su lado, por favor dime quiénes son, y qué suerte, ó que delito les conduce á ser quemados."

Dijo: y en pocas palabras satisface el anciano sus deseos. Sorprendida por su relacion, conoce inmediatamente que los dos son inocentes. "No morirán, exclama, no morirán, ó serán impotentes mis ruegos y mis armas." Vuela á la hoguera, hace apagar la llama, y dirige este discurso á los verdugos.

»Ninguno de vosotros se atreva á ejecutar su cruel ministerio hasta que yo hable á vuestro dueño: este no culpará vuestra lentitud: yo os lo aseguro." Su aspecto, sus palabras los conmueven: obedecen, y Clorinda se adelanta ácia Aladin, que dirigía los pasos á su encuentro.

"Yo soy Clorinda, le dice. Tal vez mi nombre te será desconocido: pero sabe que vengo á defender tus estados y á vengar contigo nuestra comun creencia. Manda, y estoy pronta á arrostrar todos los peligros: las mas altas empresas no sorprenderán á mi audacia; pero ni desprecio tampoco las mas fáciles; y bien en la llanura ó dentro de tus murallas, encontrarás á tiempo los socorros de mi brazo."

Dijo, y Aladin la responde: "Generosa heroina: ¿hay alguna region tan apartada, algun pais tan ignorado, que de tu nombre y de tu gloria no esté lleno? Seguro de combatir á tu lado, desprecio los temores, y cuento con la victoria: no, aun cuando un ejército entero se reuniera á mis fuerzas, no me daria mayor esperanza."

"Ya Godofredo tarda al ardor de mi impaciencia: me pides que emplee tu brazo; pero solo las empresas grandes, difíciles, son dignas de tu valor: yo quiero que mis guerreros te obedezcan, y que tus órdenes sean su ley." Clorinda responde con modestia á tan grato razonamiento:

»Te sorprenderás sin duda, dice, al verme reclamar el precio de servicios que no te he prestado aun; pero llena de confianza en tu bondad, me atrevo á pedirte por recompensa la vida

de esos desgraciados. Yo imploro tu clemencia, y si el crímen es incierto, no deberia implorar mas que tu justicia, mas no intento justificarles, ni hacer valer las pruebas, que en mi opinion justifican su inocencia."

»Se pretende que los cristianos han robado la imagen; pero esta idea me repugna, y una razon poderosa justifica mi opinion: lo que te aconsejó tu encantador fue un crimen, un sacrilegio; pues lo es para nosotros el admitir ídolos en nuestros templos, y aun mucho mas ídolos estrangeros.

»Me complazco en atribuir á Mahoma mismo la gloria de este milagro: sí; él lo ha hecho para auyentar la profanacion de su templo, é im pedirnos mezclar su culto con nuevos ritos: emplee Ismen sus encantos; estas son sus armas; pero nosotros los guerreros manejamos la espada; he aquí nuestra sola ciencia, y nuestra sola esperanza."

Dijo. El corazon insensible de Aladin resistia siempre á la compasion; pero ahora cede á los deseos de Clorinda. La razon, la autoridad, sus ruegos le persuaden y le subyugan:—"Yo les concedo esclama, la libertad y la vida. Sea justicia ó clemencia: si son inocentes, les absuelvo, y si culpados, los perdono."

Desatan sus cadenas; pero ¡oh prodigio! el

amor de Olindo ha inflamado á un corazon insensible. Ya es amante correspondido, y la llama de la hoguera fué para él la antorcha de himeneo. Olindo quiso morir con Sofronia, y Sofronia consiente que Olindo viva con ella.

Pero el tirano receloso teme por sus estados la union de tanto valor y virtud; y los nuevos esposos por órden suya van á buscar lejos de la Palestina un nuevo techo. Sigue sin embargo el curso de sus crueldades: una multitud de cristianos gimen en las cadenas; otros son desterrados, y desesperados se arrancan con dolor á las ternuras del amor, á las caricias de sus hijos, y á los últimos abrazos de sus padres.

¡Separacion cruel! Aladin no hiere mas que aquellos cuyo vigor y esfuerzo son temibles: las mugeres, los niños, los viejos, débil é indefensa multitud queda entre sus manos como garante de la fidelidad de los esposos, de los padres y de los hijos. Estos desgraciados vagan dispersos: unos toman las armas; y la desesperacion sofoca en ellos los temores, los sentimientos de la naturaleza; van á unirse al ejército que se adelanta, y le encuentran bajo las murallas de Emaus.

Emaus, tu territorio linda con el territorio de Solima! ¡Ah, cuánto gozo concibieron á tu aspecto los cristianos! ¡Qué impaciencia escita y enar-

dece su valor! Pero el Sol ha recorrido ya mas de la mitad de su carrera, y Godofredo se opone al ardor que los anima.

Ya por sus órdenes las tiendas se levantan; ya el dia iba á perderse en el Océano, cuando se vieron llegar dos caballeros, cuyo trage desconocido y habla estrangera, todo por su parte anunciaba la paz y la amistad: eran embajadores del monarca de Egipto, y un noble y brillante séquito acompañaba sus pasos.

Uno de ellos es Alete. Nacido de la hez de la plebe, sin abuelos y sin nombre, se ha levantado hasta el pie del trono: lisonjero elocuente, diestro, flexible, mudando á cada instante de costumbres y de carácter, mezcla con amaño el artificio y la ficcion; y grande inventor de calumnias, acusa aun cuando alaba.

El otro es Argante el Circasiano: aventurero desconocido en el Egipto, se sienta hoy en el banco de los sátrapas. Su valor le ha conducido á los primeros honores de la guerra, é impaciente, inexorable, feroz é invencible en la pelea, desprecia á los dioses, y su ley y su razon es solo su espada..

Piden audiencia y son admitidos. Godofredo, sencillo en su aspecto y en sus vestidos, estaba sentado en medio de los gefes del ejército: pero el

verdadero valor, luciendo con su propio brillo, no necesita adornos estraños. Argante le mira con arrogancia, y apenas le saluda.

Pero Alete, puesta la mano sobre el pecho, y fijos los ojos en tierra, inclina profundamente su cabeza, y le rinde el homenage que los egipcios tributan á sus dueños: una dulce elocuencia corre de su boca, y los cristianos escuchan en silencio su discurso.

"¡Generoso guerrero, dijo, solo digno de mandar á tan famosos héroes, que deben á tu valor y á tu prudencia los reinos que han conquistado y los laureles que han cogido aun antes que estuviesen reunidos bajo tus órdenes! Tu gloria no termina en las columnas de Hércules, ha resonado entre nosotros, y la fama ha llenado el Egipto de la relacion de tus hazañas."

«Pero estas maravillas, de que nos hallamos sorprendidos, causan á nuestro soberano mucha menos sorpresa que placer se goza en contarlas, y aprecia en ti lo que á otros inspira celos y sobresaltos: aprecia tu valor; y aunque divididos por la creencia, quiere á lo menos que esteis unidos por la amistad. Impelido por este noble motivo, te la pide, y con ella la paz. El lazo que os unirá á uno y á otro será el de la virtud, si el de la religion no puede serlo: pero instruido de que has tomado las

armas para destronar á su aliado, á su amigo, ha querido antes que deis los primeros golpes descubrirte por nuestro medio los secretos de su alma."

"Si contento con las conquistas que has hecho consientes en dejar en paz la Palestina y los estados que cubre la proteccion de su cetro, él por su parte te ofrece sostener tu poder aun vacilante. Unidos los dos, ¿qué fuerza se atreverá á atacaros? El turco y el persa, ¿cuándo podrán esperar reponerse de sus desastres?"

»Señor: la magnitud y rapidez de tus conquistas sorprenderán un dia á los siglos venideros. Se contarán con elogio los ejércitos arrollados, las ciudades destruidas, los peligros vencidos, tantos caminos, antes incógnitos, abiertos á tu valor, y las provincias mas lejanas abatidas y consternadas solo al ruido de tu marcha. Despues de tantas hazañas podrás tal vez estender tus estados, pero en vano esperarías adquirir una nueva gloria."

«La tuya llegó á su colmo, y no debes esponerla ya á los hazares de una guerra incierta. Siendo vencedor, aumentarás tus posesiones sin acrecentar tu gloria, y vencido, perderás tus estados y tu honor: seria pues una audacia imprudente darlo todo al capricho de la fortuna, cuando ésta no tiene ya casi nada que darte."

"Tal vez enemigos secretos, celosos de tu gran-

deza y de tu poder, alimentarán con siniestros consejos el ardor que te inflama: tal vez lisonjeado por la esperanza de vencer aun, pues que has vencido siempre, subyugado por ese deseo ardiente, tan poderoso en las almas grandes, de mandar sobre naciones tributarias y sometidas, huirás de la paz tanto como otros huyen de la guerra."

"Te dirán que es preciso seguir esa ancha carrera que te han abierto el destino, y que no debes soltar esa espada formidable que te asegura la victoria hasta que Mahoma caiga con su culto, hasta que hayas hecho del Asia un vasto desierto. Lisonjas vanas, encantadoras ilusiones que te conducirán tal vez á tu ruina."

"Pero si el odio no te ciega; si no apaga la luz de tu razon, verás que en la guerra nada tienes que esperar, y mucho que temer; que la fortuna inconstante y móvil distribuye sucesivamente los triunfos y los reveses; y que muchas veces del vuelo mas elevado se cae en el mas espantoso precipicio."

Dime: si el opulento, el poderoso, el temible Egipto se arma contra ti; si el turco, el persa, el hijo de Casan se reunen para combatirte, ¿qué diques opondrás á tan fiero torrente? ¿Dónde encontrarás socorro en tus peligros? ¿Confiarás en el griego envidioso y en la fé que te há jurado?"

"¡La fé del griego! ¡ah! ¡quién no la conoce! Engañado ya una vez, ó mas bien engañodo mil veces por esa nacion avara y pérfida, aprende á conocerla: ella te ha rehusado el paso; ¿y tú crees que te dará su sangre y su vida?"

"Tal vez tu esperanza se funda en las tropas que te rodean: tal vez te lisonjeas vencer unidos á los que venciste separados; pero tu has visto á la guerra y las enfermedades cercenar una parte de tus soldados: y un nuevo enemigo, el egipcio, se junta á los turcos y persas que has derrotado."

¿Los hados te han prometido que serás invencible en los combates, ó tú mismo lo has leido en los decretos del Cielo? Yo quiero creerlo contigo: pero si el hambre te acomete, ¿qué refugio, qué asilo te defenderá de este azote? ¿Te armarás contra ella con tu lanza y con tu espada, y aspirarás tambien á vencerla?"

"La llama lo ha devorado todo: todo lo ha destruido antes de tu llegada una sabia prevision: y todas las producciones de la tierra han sido encerradas en Sólima y en sus torres. Tú, á quien la audacia ha conducido hasta aquí, ¿en dónde encontrarás víveres para tus soldados y forrages para tus caballos? Una flota, dices, me los dará: así, pues, esclavo de los vientos, tu subsistencia depende de su inconstante soplo."

"¿Puede acaso tu fortuna mandar á los vientos, atarlos y soltarlos á tu albedrio? ¿Ese mar, sordo á nuestras plegarias y á nuestras voces, se mostrará tan solo á tí obediente? ¿Ó imaginas que el Egipto, la Persia y la Turquía no podrán reunidos oponer á tu flota otra flota mas formidable?

"Se necesita, Señor, una doble victoria para asegurar el éxito de tu empresa: una sola pérdida ocasiona tu ruina y tu vergüenza. Batida tu flota, te entrega á todos los horrores del hambre: deshecho tú, la victoria de tus naves poco importa."

"Si á pesar de tan poderosos motivos te niegas aun á la paz que te propone el poderoso monarca de Egipto, perdona, señor, perdona mi franqueza; si cuento entonces tus virtudes, no hallaré entre ellas la prudencia. Dígnese el Cielo inspirarte y fijarte en consejos de paz: puedas tú volver en fin al Asia su calma antigua; y tú mismo, despues de tanto triunfo, gozar en paz de la victoria."

"¡Y vosotros, compañeros de sus trabajos y de sus conquistas, ilustres guerreros, no vayais engañados por los favores de una inconstante fortuna á precipitaros en nuevas guerras, y armar contra vosotros nuevos enemigos! Semejantes al piloto que escapa á los riesgos de un mar embravecido, descansad en fin en el puerto, y no os abandoneis mas al capricho de las olas."

Alete calló. Los héroes responden á su discurso con un sombrío murmullo: la indignacion se pinta en sus semblantes y en sus miradas. Godofredo con vista sagaz observa este movimiento: y, seguro de su aprobacion, dirige su vista á Alete, y le habla de esta manera.

"Ministro del rey de Egipto: has mezclado con destreza la lisonja á la amenaza. Si tu rey me ama, si alaba mis proezas, yo sabré responder á tan nobles sentimientos: en cuanto á esa liga que nos propones, yo te hablaré libremente y con mi franqueza acostumbrada."

"Sabe que no hemos arrostrado los peligros del mar y de la tierra, y la intemperie de las estaciones, sino para abrirnos un camino hasta las murallas de la Ciudad Santa, y libertar á Solima de la triste esclavitud en que gime. Llenos de este grande objeto, celosos de merecer el favor del Dios que nos guia, no temeremos nunca aventurar el honor mundano, ni los estados, ni nuestras vidas."

«Ni la vana sed del oro, ni la ambicion de conquistas han dirijido esta empresa. ¡El cielo arranque de nuestros corazones el gérmen de tan funesta ponzoña, y no deje que corrompa nuestros sentimientos y destruya nuestras virtudes! ¡Su mano nos conduzca: esa mano que penetra, que ablanda los corazones, los enardece y abrasa!"

"Ella es la que ha guiado nuestros pasos, ella la que ha destruido á nuestra presencia todos los obstáculos: la que allana los montes y agota los rios para abrirnos camino: la que despoja al verano de sus ardores y al invierno de sus hielos, calma las olas embravecidas, y encadena ó desata los vientos: para nosotros bate y derriba las murallas, y para nosotros destruye ó dispersa los ejércitos."

«De ella nace nuestra audacia, de ella nuestra esperanza, no de nuestras frágiles fuerzas, no de nuestras flotas, no de cuantos soldados alimenta la Grecia, no de cuantos guerreros encierra la Europa. Con tal que nunca nos abandone, no debemos temer que los apoyos nos falten: y el que sabe cómo defiende, y cómo hiere, no busca otro socorro en sus peligros."

"Pero cuando nuestros errores ó sus impenetrables juicios nos privasen de su apoyo: ¡ah! ¡quién de nosotros no se creería dichoso de encontrar su tumba cerca del sepulcro de un Dios! Moriremos si es menester, y no envidiaremos la suerte de los que nos sobrevivan: moriremos, pero no sin venganza. El Asia no escarnecerá nuestro destino, y nosotros no lloraremos nuestra muerte.»

"No creais empero que ansiosos de combates huyamos ó temamos la paz: no despreciamos la amistad de tu rey, no rehusamos su alianza; pero

si la Judea no está sometida á su imperio, ¿por qué la hace pues el objeto de sus cuidados? No nos impida conquistar reinos estrangeros, y tranquilo en medio de sus estados se limite á gobernarlos?"

Dijo, y su respuesta llenó el corazon de Argante de despecho y de rabia. No puede contenerse, y con la vista inflamada se acerca á Godofredo. "Pues que quires la paz, le dice, tendrás la guerra, porque la deseas, pues te niegas á las condiciones que te propone nuestro soberano."

Entonces, tomando el estremo de su manto forma un pliegue, y con un tono mas insultante y mas feroz: "¡Oh tú, dice, que desprecias los mayores peligros! yo te traigo la paz ó la guerra, elige; pero elige al instante."

Al oir tan insolente discurso todos los héroes cristianos se levantan, y sin esperar la opinion de Godofredo esclaman: "*La guerra, la guerra.*" El bárbaro desplega su manto y le sacude: "Yo os la declaro, dice, guerra mortal." Su acento y fiera actitud le asemejaban á un hijo de Roma abriendo el templo de Jano.

Parece que de su seno brotan el furor insensato y la discordia impía: y que inflama sus ojos la antorcha de las furias. Tal fue, sin duda, el orgulloso que levantó contra el cielo la torre de error

y de confusion: así le vió Babel levantar la cabeza y amenazar á las estrellas.

"Nosotros aceptamos, dijo Godofredo, la guerra que nos declarais. Decid á vuestro rey que venga: que se apresure, ó que á lo menos nos espere en las orillas de su Nilo." En seguida con aspecto amable los despide, les hace honrosos presentes, y dá á Aleto un casco precioso cogido en la conquista de Nicea.

Argante recibe una espada cuyo puño era de oro guarnecido de rica pedrería. El arte del que la hizo brillaba mas que la materia misma: el bárbaro distraido mira la riqueza y los adornos; y tú verás, dice, el uso que yo hago de tus dones.

Parten. "Separémonos, dice Argante; yo entraré antes de la noche en Jerusalen, y tu tomarás mañana el camino de Egipto: mi presencia ó mis cartas son inútiles en la corte. Lleva á nuestro soberano la respuesta de los cristianos, pues yo no puedo abandonar el teatro de los combates."

Así, de embajador se convierte en enemigo. Si es injusta ó lícita su accion, si quebranta ó no el uso antiguo y el derecho de las naciones, ni lo sabe, ni piensa en ello. Sin esperar la respuesta de Alete, marcha impaciente á favor del silencio y de la luz de las estrellas ácia las murallas de

Solima, y deja á su compañero con la misma impaciencia.

La noche cubria el universo con su oscuro manto, y la calma reinaba en los aires y sobre las olas. Los animales fatigados, los habitantes de los lagos y de los mares, los huéspedes feroces de las cavernas y de los bosques, las aves, todos los seres entregados al sueño en los secretos horrores de la sombra y del silencio, olvidaban sus trabajos, sus placeres y sus penas.

Pero los cristianos y su gefe no cerraron los ojos; no participaron del comun reposo. Su impaciencia espera la vuelta de la aurora, que ha de enseñarles el camino y conducirles á su término: y con vista atenta é inquieta examinan el Cielo, y ambicionan los primeros rayos que vengan á disipar las sombras.



Canto Tercero.

Ya sopla un viento fresco precursor de la Aurora, y ésta se levanta, y mezcla sus rosas célestes con el oro de sus rayos. Todos los cristianos toman las armas; el campo resuena con sus gritos, y las trompetas no tardan en redoblar con sus marciales ecos la universal alegría.

Godofredo con mano sábia y prudente gobierna su ardor, que no puede refrenar: mas fácil sería contener las olas cuando se precipitan en el abismo de Caríbdis, ó el impetuoso Boreas cuando agita la cumbre del Apenino y sumerge las naves. Godofredo dá la señal de la marcha; esta es rápida, pero imponente y ordenada.

Todos vuelan; pero su vuelo no es bastante rápido para satisfacer sus deseos: creen que la tierra desaparece con demasiada lentitud bajo de sus pasos. Ya el sol desde lo alto despide sus dardos de fuego y abrasa la campiña, y Jerusalen se descu-

bre al fin: todos señalan con la mano á Jerusalen, y todos gritan: ¡ *Jerusalen, Jerusalen*!

No de otro modo el intrépido navegante que, por mares ignorados, y bajo un polo desconocido, busca nuevas regiones, vagando largo tiempo á merced de las ondas engañosas, y de los vientos falaces, si al fin descubre la tierra deseada, de lejos la saluda con gritos de alegría; así se la muestran los unos á los otros, y á su vista olvidan sus fatigas, sus trabajos y sus penas.

A la dulce alegría que inspira esta primera vista, sucede de repente una tristeza profunda mezclada de temores y de respeto. Apenas se atreven á fijar sus ojos en aquella Ciudad Santa, que un Dios escogió para su morada; donde murió, donde fue sepultado, y en donde, triunfante, recobró sus mortales despojos.

Débiles acentos, palabras sordas, y mezcladas de interrumpidos suspiros y lágrimas, espresan el dolor y el gozo confundidos. El aire se agita y murmura cual en la espesura de los bosques sopla el viento y resuena al traves de las hojas, y cual batida contra las rocas, deshecha sobre la orilla, silba la ola, suena y retumba.

Con los pies desnudos, á ejemplo de sus gefes, se adelantan ácia Solima; todos se despojan del oro y de la seda; todos se quitan sus cascos y sus

penachos: sus corazones humillados, compungidos, destierran el orgullo y las vanas pasiones, y los ojos llenos de lágrimas que la piedad les arranca, aun se acusan de no derramar bastantes.

"! Hé aquí, se dice cada uno de aquellos guerreros: he aquí, ¡ oh mi Dios! esos lugares inundados con tu sangre! ¡Y mis ojos á su aspecto no se convierten en fuentes de lágrimas, y mi corazon helado no se deshace! Corazon duro, corazon insensible, ¡ no te rompes, no te quebrantas! Tu mereces llorar eternamente, si no lloras hoy.

Entre tanto un infiel, que de lo alto de una torre observa la llanura y las montañas, descubre á lo lejos un torbellino de polvo: poco despues se le representa una nube que se adelanta resplandeciente, inflamada, y que parece ocultar en su seno el trueno y los relámpagos. En fin, distingue las armas, los hombres y los caballos.

"¡Cielo! esclama: ¡Qué torbellino de polvo oscurece los aires! ¡Qué tempestad nos amenaza!.. ¡Ciudadanos, á las armas!.. ¡Al combate!.. ¡Corred á las murallas!... ¡El enemigo se acerca!... ¡Apresuraos!.. Vedlo ahí... Ved ese horrible nublado que cubre la mitad del cielo.

Los niños, los viejos; turba débil y sin defensa; el vulgo de las mugeres, que no saben ni

atacar ni combatir, acudian á las mezquitas con sus ruegos y sus lágrimas. Los habitantes mas vigorosos, los mas esforzados, toman las armas: corren á las puertas: vuelan á las murallas, y Aladin, presente en todas partes, lo vé todo, y á todo estiende sus cuidados.

Expide sus órdenes y vá á colocarse en una torre elevada, de donde su vista descubre todas las avenidas de la fortaleza, y desde, donde puede observarlo todo, y dirigir á donde sea necesaria su presencia. Herminia está con él: la bella Herminia, que despues de la muerte de su padre y la pérdida de Antioquía, halló en su corte un asilo honroso.

Entretanto Clorinda busca á los cristianos; una multitud de guerreros la acompaña; pero ella se adelanta á todos. Argante, escondido en un puesto oculto, está pronto á sostenerla; y con sus acentos, y mas aun con su aire intrépido, anima á sus compañeros. "Vamos, les dice; fundemos heróicamente en el primer paso la esperanza del Asia.

En tanto un grueso de cristianos á quien habia conducido lejos del campo la sed del botin va á reunirse al ejército con los ganados que ha arrebatado, Clorinda se precipita sobre ellos. Su gefe la vé, y la acomete él mismo. Este es Gardon,

esforzado guerrero, pero no tanto que pueda resistir á Clorinda.

Los dos se encuentran y cae derribado Gardon á la vista de los suyos y de los infieles, que sadan gritos de alegría; y de este primer suceso sacan para el resto de la guerra un feliz, pero vano agüero. Clorinda le atraviesa de parte á parte, su mano se multiplica y dá cien golpes á la vez, y sus guerreros la siguen por el camino que les ha abierto su espada.

Clorinda recobra la presa, los cristianos ceden, y se retiran á pasos lentos á una pequeña altura en donde se reunen y se sostienen. Entonces, tal como el relámpago que se arroja sobre la tierra desde el seno de las nubes, el valeroso Tancredo, por órdenes de Godofredo, vuela á su socorro.

A su semblante intrépido y terrible, á su noble aspecto, Aladin juzga que es uno de los mas distinguidos entre los héroes de los cristianos. "Princesa, dice á Herminia, que siente ya palpitar su corazon: una larga guerra os habrá enseñado á conocer á esos guerreros aun bajo la armadura que les cubre. ¿Quién es aquel cuyo ademan es tan soberbio y tan marcial su presencia? Herminia quiere responder; los suspiros acuden á sus labios, pero los retiene sin embargo: las lágrimas se agol-

pan á sus ojos humedecidos, y sus labios trémulos, hacen inútiles los esfuerzos, y descubren su corazon.

En seguida, ocultando bajo el velo del ódio un sentimiento mas dulce: "¡Ah! yo le conozco demasiado; poderosas causas, señor, han grabado sus facciones en mi alma, y me han enseñado á conocerle. ¡Cuántas veces le he visto inundar la llanura con la sangre de mis vasallos, y cegar nuestros fosos con sus cadáveres. ¡Oh Cielo! ¡cuan fuerte es en herir! No hay yerbas, no hay secreto que cure las heridas que él hiciese.

»Es Tancredo. ¡Ah! ¡Si algun dia llegase á ser mi prisionero! No quisiera verle morir en el combate; pues le quisiera vivo; y que la dulce venganza calmase la angustia que me agita. Dijo: con estas últimas palabras exala un suspiro que en vano quiere contener; y Aladin atribuye al ódio los acentos del amor.

Entre tanto Clorinda corre á Tancredo, que se precipita sobre ella. Los dos se alcanzan en la visera, y sus lanzas saltan hechas pedazos; pero el lazo que prendia el casco de Clorinda se rompe con el golpe: queda con la cabeza desnuda y desarmada, y sus cabellos de oro flotan á la merced del viento, y el guerrero temible se transforma en celeste beldad.

Los ojos brillan, sus miradas son relámpagos; pero suaves aun en la cólera; ¿qué serian animados por la risa? ¡Tancredo, Tancredo! ¿en donde fijas la vista? ¿A dónde conduces tu pensamiento? ¿No conoces ese rostro adorado? ¡he aquí las facciones que inflamaron tu alma! Tu corazon, en donde está grabada su imágen, te dirá: He aquí aquella hermosura que fue á buscar la sombra y el reposo en aquella fuente solitaria.

Tancredo no la conoció, ni por su casco, ni por su escudo lleno de trofeos, mas al fin la vé: y queda inmóvil á su vista. Clorinda, cubierta la cabeza, persigue á Tancredo, que cede y se retira: carga este á otros guerreros; disipa la muchedumbre con su fulminante espada; pero Clorinda, en pos siempre de él, le persigue, le alcanza, y con voz amenazadora le grita: "Ven, detente;" y á un tiempo le amenaza con dos muertes.

El guerrero acometido no acomete á su contrario. Menos ocupado en su defensa, que en aquellos ojos, de donde el amor arroja dardos inevitables: los golpes que dirige tu brazo, decia entre sí, se pierden en el aire; pero los que parten de este bello rostro todos alcanzan y van á herir mi alma.

En fin, aunque sin esperanza y resuelto á morir, no quiere llevar á la tumba el secrero de su amor. Quiere que sepa al menos Clorinda que vá á

herir á un cautivo inerme y suplicante. "¡Oh tú, dice, que en medio de tantos enemigos pareces no tener otro mas que yo; ven, salgamos de la pelea; solos, sin testigos, podremos medir nuestras armas; entonces se verá si mi valor iguala al tuyo!

Ella acepta el desafío; y sin cuidarse del casco perdido se adelanta con osadía. Tancredo la sigue triste y abatido: ya ella agita sus armas y vá á acometerle, cuando: "detente, la dice Tancredo: fijemos las condiciones antes de combatir.

Párase Clorinda, y el amor desesperado hace á Tancredo mas atrevido. "Pues que no quieres la paz conmigo, le dice, las condiciones serán que me arranques el corazon. Este corazon, que no es mio, pide la muerte, si su vida te desagrada: hace largo tiempo que es tuyo: tómale; yo no puedo ya defenderle.

"He aquí mi seno: ¿Por qué no hieres? ¿Necesita de socorro tu brazo? ¿Quieres un pecho mas desnudo y sin defensa? mi mano desceñirá la coraza." El desgraciado amante iba á espresar aun con mas energia sus dolores, cuando los infieles ceden, y las tropas de Tancredo les persiguen.

Por terror ó por astucia los infieles huyen delante de los cristianos. Uno de estos, un bárbaro, vé los cabellos de Clorinda esparcidos

flotar á la merced del viento: levanta el brazo y vá á herirla por la espalda: Tancredo dá un grito; Tancredo corre, y opone su acero al del homicida.

Mas el golpe no fue descargado en vano. Clorinda recibe una pequeña herida: algunas gotas de su sangre matizan la azucena de su cuello, y mezclan la púrpura con el oro de sus cabellos, tal como se vé en la mano de un habil artista brillar el oro con el fuego de los rubíes. Tancredo furioso acomete al vil asesino.

El cobarde se aleja: Tancredo le persigue, y los dos vuelan como el dardo por el aire. Clorinda atónita, inmóvil, fija la vista largo tiempo sobre ellos, y no piensa en seguirlos. Al fin, se retira con su tropa que huye: pero ya hace frente á los cristianos, ya los ataca, ya cede, ya vuelve á la pelea: huye y persigue alternativamente, y su marcha ni es una derrota ni una victoria.

Así se vé al soberbio toro que combatiendo en el circo con los alanos, si les presenta el asta los ahuyenta, y si huye vuelven sobre él mas atrevidos y le acosan. Clorinda en la huida cubre su cabeza con su escudo cual el moro en sus juegos, que pára, aun huyendo, los golpes de su contrario.

Ya sarracenos y cristianos se hallaban bajo las murallas de Solima, cuando de repente los infieles

arrojan horribles gritos; dan un gran rodeo, vuelven sobre el enemigo, y le acosan por la espalda. Argante entonces con su tropa se mueve y le ataca por el frente.

El feroz Circasiano sale de las filas impaciente por dar el primer golpe. Ya un guerrero, abatido á los pies de su caballo, ha medido el suelo, otros caen á su lado, y en tanto su lanza terrible se rompe y vuela hecha pedazos. Argante empuña su espada, desordena á los cristianos, y mata ó hiere á todos los que alcanza.

Clorinda, su émula, cortó los dias del valiente Ardelion. Este guerrero en una edad avanzada conservaba un ardor indómito; tenia dos hijos, apoyo de su vejez; ¡apoyo inútil en aquel fatal momento! Alcandro el mayor, herido gravemente, no puede ya defender al caro padre. Poliferno, que combatia aun á su lado, apenas puede salvarse á sí mismo.

Entretanto Tancredo, que no pudo alcanzar al bárbaro, monta sobre un caballo aun mas agil que el suyo; vuelve la vista ácia su espalda y vé que un ardor imprudente ha precipitado á los cristianos. Los vé envueltos por todas partes; acude á su socorro, y una tropa de guerreros, tropa que vuela á donde el peligro los llama, se precipita detras de él.

Estos son los aventureros, la flor de los héroes, lo escogido y fuerte del ejército: Reinaldo, el mas animoso y el mas bello se adelantaba á todos. Herminia le conoce al instante por su ademan altivo, y por el águila que lleva sobre un campo azul. "Mira, le dice al rey, que fijaba en él la vista; mira en ese mancebo al mas intrépido de los guerreros."

"No hay tal vez en el universo un rival digno de él, y aun no es mas que un niño. Si el ejército enemigo contase seis guerreros tan terribles, el Asia vencida gemiría ya bajo el yugo de los cristianos; los pueblos del mediodia y de la aurora temblarian bajo sus leyes; y tal vez el Nilo con su dilatado curso no podria sustraer á su dominio su orígen desconocido."

"Reinaldo es su nombre; su brazo irritado es mas temible para nuestras murallas que las máquinas destructoras. Pero dirigid mas lejos vuestra vista: ved aquel guerrero cuya cota es de oro y verde: aquel es Dudon, ilustre por su nacimiento y por sus hazañas; guia á los aventureros: es su igual en el valor, y su edad le ha puesto á la cabeza de ellos."

"Aquel otro cuya marcha es tan denodada, y cuyas armas son oscuras, es Gernando, hermano del rey de Noruega. La tierra no sostiene un mor-

tal mas orgulloso; y este vicio es el solo que oscurece el brillo de sus acciones. Mirad á aquellos dos cuya armadura y adornos son blancos; el uno es Geldippa, el otro Odoardo, amantes esposos, nombrados por su valor, y mas aun por su ternura y su fidelidad."

Entretanto la pelea se anima y la sangre forma arroyos. Tancredo y Reinaldo han roto la valla espesa de armas y de guerreros que les rodean. Dudon y sus héroes llegan y multiplican los golpes y la muerte. Argante, Argante mismo, á los esfuerzos de Reinaldo titubea, cae, y apenas se levanta.

Sin duda el bárbaro hubiera perecido, pero en aquel momento cae el caballo de Reinaldo y le arrastra en su caida. Mientras que levantan al héroe, los infieles se rehacen y huyen ácia Solima: Argante y Clorinda quedan solos, y los dos forman un dique contra el torrente enemigo.

Marchan estos los últimos: el ímpetu de los cristianos se detiene á su presencia, y tal vez se debilita: y á la sombra de su brazo los sarracenos escapan del peligro. Entretanto Dudon, fogoso, sigue la victoria, precipita su caballo contra Tigranes, le derriba, y con su espada le corta la cabeza. A Algazar le defiende en vano su coraza, y el robusto Corban no halla defensa en su casco. Amurates pierde á los golpes del héroe una vida que tan-

to amaba: Mahomet y el cruel Almanzor yacen tendidos en la arena, y el fiero Argante mismo no intenta ya defenderse de sus tiros.

Tiembla de furor; algunas veces se detiene y se revuelve; luego cede: en fin, de repente cae sobre Dudon, y de un revés le abre en un costado una profunda y mortal herida. El guerrero cae, y cierra sus párpados el sueño de la muerte.

Tres veces abre los ojos para buscar la luz: tres veces apoyado sobre un brazo se esfuerza á levantarse: tres veces cae. Tres veces se estendió sobre su vista un espeso velo: en fin, ésta se oscurece, y sus pupilas se cierran para siempre. Un sudor frio se esparce sobre sus miembros inmóviles, y la mano de la muerte los paraliza y los hiela. El feroz Argante no se detiene sobre este cuerpo exánime, y continúa su marcha.

Sin embargo, se vuelve ácia los cristianos y les dice: «Guerreros, esta espada sangrienta es la que ayer me regaló vuestro general: decidle el uso que he hecho hoy de ella: esta noticia debe lisonjearle, y sabrá sin duda con placer que la bondad de su regalo corresponde á su riqueza."

«Decidle que no tardará él mismo en hacer igual esperiencia; y que si no viene á atacarme, yo iré á buscarle hasta en su tienda. Al oir su fiera amenaza todos los cristianos irritados se disponen á

precipitarse sobre él; pero tan veloz como el rayo se ha reunido ya á su tropa, y encuentra con ella un asilo seguro en los muros de Solima.

Desde lo alto de sus murallas los sarracenos hacen llover piedras, y una nube de flechas oscurece el cielo. Los cristianos se ven obligados á retirarse, y los sarracenos entran en la ciudad, y entretanto Reinaldo, restablecido de su caida, corre á reunirse á los suyos.

Vuelve lleno de cólera á vengar la muerte de Dudon en su bárbaro asesino. "¿Qué os detiene aun? grita á sus compañeros. ¿Qué esperais? Pues hemos perdido el gefe que nos conducia, ¿por qué no corremos á vengarle? ¡Cómo! ¿En la justa cólera que nos anima se estrellará nuestro valor en una débil muralla?"

«No; aunque esa muralla fuese de acero ó de diamante, jamas encontrará en su recinto el feroz Argante un asilo impenetrable contra nuestros golpes. ¡Al asalto! dice; y el primero se adelanta á la marulla. Al abrigo de su cabeza no teme ni la nube de piedras que le arrojan, ni los dardos que le lanzan de todas partes.

Sobre su frente altanera se presentan la audacia y el terror, y hasta en el seno de lás murallas su vista introduce la confusion y el espanto: anima á los cristianos, amenaza á los sarracenos;

mas de repente un freno impensado llega y contiene su ardor. Era el prudente Sigier, el ministro severo de las órdenes de Godofredo.

Reprende en nombre del gefe su indiscreto ardor, y les manda volver inmediatamente á los reales. «Retiraos, les dice: no es este el momento de abandonaros á vuestra cólera: Godofredo lo manda: obedeced." A estas palabras Reinaldo se detiene, pero su rostro dá claras señales del mal reprimido furor.

Los cristianos se retiran y el infiel, testigo de su retirada, no se atreve á inquietarla. El cuerpo del generoso Dudon no quedará sin los honores debidos: sus fieles amigos, anegados en lágrimas, elevan en sus brazos aquellos honrados despojos, mientras que Buillon desde una altura examina la situacion y las fortificaciones de Solima.

Solima está fundada sobre dos colinas opuestas de igual altura; y un valle las separa y divide la ciudad, que por tres lados es esta casi inaccesible: el cuarto, que es combatido por el norte, presenta mas facil y llana la subida, y fosos profundísimos altas murallas le rodean y defienden.

En su interior hay depósitos en donde se conservan las aguas llovedizas, canales, y aun fuentes de agua viva: sus alrededores son áridos y estériles. Pero ninguna fuente, ningun arroyo baña

la tierra, ni hay flores que la embellezcan, ni un árbol que la defienda de los rayos del Sol; y unicamente á seis millas de distancia se eleva un bosque cuya sombra funesta inspira la tristeza y el horror.

Por el lado que el sol la ilumina con sus primeros rayos el Jordan derrama sus ondas ilustres y afortunadas, y al Occidente brama el Mediterráneo sobre las arenas que le detienen: al Norte se halla Betel, que erigió altares al becerro de oro, y la infiel Samaria; y ácia el lado oscurecido con las lluvias y las borrascas está situada Belen, cuna del divino Redentor.

Mientras Godofredo considera la ciudad, su posicion y sus contornos; mientras calcula la posicion de su campo, y el lado por donde puede atacar con mas ventaja, Herminia le descubre, y mostrándoselo al rey: "Aquel guerrero, le dice, que ves cubierto con un manto de púrpura, de ademan augusto y magestuoso, es Godofredo."

"Nacido sin duda para el imperio, sabe reinar y mandar; gran general, esforzado caballero, valiente soldado, combate como manda; entre esa muchedumbre de cristianos no puedo mostrarte ni un guerrero mas intrépido, ni un hombre mas sábio. No tiene mas rivales que Raimundo en el consejo, Reinaldo y Tancredo en las batallas."

"Yo le conozco, dijo Áladin, y le he visto

hace tiempo en Francia, en aquella corte soberbia, siendo yo embajador del rey de Egipto. Le he visto manejar la lanza en los torneos: apenas salia de la infancia cuando ya su presencia, sus discursos, sus acciones le presagiaban los mas altos destinos.

¡Presagio ¡ah! demasiado cierto! "A estas palabras Aladin se turba y baja la vista: pero recobrando un aire mas tranquilo:" ¿Quién es, dice, aquel guerrero que parece su igual y vá á su lado? Es de inferior estatura, pero le semeja en las facciones. Ese es Baldovino: su figura, y mas que todo sus proezas, anuncian que es su hermano.

«Aquel otro que está al lado de Godofredo, y que parece hablarle, es Raimundo cuya prudencia te he alabado: ese anciano ha encanecido en la guerra, y nadie como él sabe disponer una estratagema. El que ves mas lejos con yelmo de oro es Guillermo, hijo del rey de los britanos."

"Aquel es Güelfo, digno rival de los héroes, ilustre por su dignidad, y nacimiento: yo le conozco por su ancha espalda y dilatado pecho. ¿Pero dónde está mi cruel enemigo, el homicida Bohemundo, el destructor de mi familia? Mis ojos no le encuentran entre tantos guerreros?"

Godofredo, despues de haberlo visto y examinado todo, vá á unirse con los suyos. Convencido de

que en vano atacaría á Solima por los puntos escarpados y de difícil acceso, hace sentar sus reales frente á la puerta septentrional, en la llanura que ésta tiene delante: desde allí los prolonga hasta por encima de la torre angular.

En este espacio se encierra el tercio de la ciudad. Godofredo no podia circundarla, pero impide que lleguen socorros haciendo ocupar todos los pasos.

Cubre con trincheras su campo contra las salidas de la plaza y ataques del estrangero; y para mayor seguridad abre fosos anchos y profundos. Satisfecho tan importante cuidado, vá á tributar al generoso Dudon los honores fúnebres, y una multitud dolorida rodea el cuerpo de aquel héroe.

Reposaba sobre un lecho que sus amigos habian adornado con pompa guerrera: á la vista de Godofredo exalan los guerreros su pena con acentos mas amargos y penetrantes. Buillon no se manifiesta ni sereno, ni abatido: todo su dolor está en su alma. Recogido en sí mismo, fijos los ojos en el cuerpo de Dudon, guarda silencio por algunos instantes, y al fin le dirige estas palabras:

"¡Generoso guerrero: no eres tú por quien debemos exalar suspiros y derramar lágrimas, porque no has muerto sino para resucitar en la morada de la felicidad! ¡Estos lugares en que

has dejado tus despojos mortales estan llenos de tu gloria y tus virtudes: has vivido y has muerto como cristiano, y dichoso en el seno del Eterno, que corona sin duda tus trabajos, nadando en su inmensidad, te embriagas ya en sempiternos placeres!

¡Goza de tu dicha; nuestra suerte es digna de lágrimas, no la tuya. Perdiéndote, hemos perdido la mejor parte de nosotros mismos; pero si este accidente, que el vulgo llama muerte, nos priva del socorro de tu brazo, tú podrás desde las moradas celestes obtenernos los del Todopoderoso!"

"¡Mortal, te hemos visto combatir por nosotros: inmortal, hoy fortalece nuestras armas con tus armas invisibles. Sé nuestro intercesor en el Cielo; sé nuestro refugio y nuestro amparo en los peligros; y un dia victoriosos y triunfantes, iremos á cumplir en los templos los votos que ahora te hacemos!"

Así habló Buillon. Ya la noche cubria la tierra con su sombra, y el sueño vino á calmar la pena y suspender el dolor y las lágrimas de los cristianos; pero su gefe, todo ocupado en el asedio de Solima, piensa en construir máquinas para el asalto, y no se entrega sino un momento á las dulzuras del descanso.

Se levanta con el Sol, y él mismo quiere acompañar la pompa fúnebre: á la vista del campo, al pie de una colina se le habia preparado á Dudon una tumba de ciprés en que depositan el cuerpo del guerrero: una frondosa palmera le cubre con sus ramas, y los sacerdotes con cánticos piadosos imploran la clemencia celeste.

De las ramas de la palmera penden los trofeos y las armas que Dudon, en combates mas dichosos, habia ganado á los sirios y á los persas: en el tronco se coloca su propia armadura, y esta inscripcion sobre el sepulcro: *Aquí yace Dudon: caminante, honra las cenizas de un héroe.*

Despues de haber llenado tan piadoso y triste deber, Buillon envia á todos los trabajadores al bosque vecino bajo una segura escolta: este se halla escondido entre unos valles, y un sirio le hizo conocer á los cristianos, y allí van á prepararse los instrumentos de la pérdida de Solima.

Todos animados de igual celo hacen gemir los árboles bajo los golpes redoblados de su hacha, ultrajes que hasta entonces jamas habian esperimentado. La palmera sagrada, el fresno salvage, el fúnebre ciprés, el pino, la encina caen bajo el acero cortante, y el olmo espira con la vid que le abraza.

Abaten igualmente al tejo hermoso y al roble

antiguo que vieron mil veces renovarse la primavera, y sus hojas, que mil veces resistieron inmóviles á los vientos conjurados. Los carros gimen, los ejes crugen al peso de que estan cargados; y al ruido de los golpes, á los gritos confusos de los cristianos las fieras dejan sus guaridas, y los inocentes pajarillos abandonan su morada.

Canto Cuarto.

Mientras que todo conspira á apresurar los instrumentos de la destruccion de Solima, el eterno enemigo de los humanos lanza sobre el ejército cristiano sus miradas encendidas con el fuego sombrío de la envidia. Á la vista del celo que les anima, su rabia se inflama; él mismo se despedaza con sus propias mordeduras, y como el toro herido con golpe mortal, exhala su dolor con bramidos horrorosos.

Su afan es acumular sobre los cristianos los azotes mas crueles: manda que en su palacio se reuna su senado horrible. ¡Insensato! Cree que su furor puede evitar los decretos del Eterno; se atreve á igualarse á él, y olvida los rayos que arroja el brazo de un Dios vengador.

Con un sonido lúgubre y ronco convoca la infernal trompeta á los habitantes de las sombras eternas: el tártaro se conmueve en sus abismos profundos, y el aire tenebroso responde con pro-

longados silbidos. Tal, y con menos estruendo estalla el trueno en el Olimpo, y la tierra se agita y estremece menos cuando encierra en su seno inflamados vapores.

Al punto acuden las pótestades del averno. ¡Cielos! ¡qué espectros tan estraños, horribles y espantosos! El terror y la muerte habitan en sus ojos: algunos con figura humana tienen los pies de bestias feroces: sus cabellos estan entrelazados con serpientes, y su inmensa cola se enrosca en mil vueltas monstruosas.

Allí se ven inmundas harpias, centauros, esfinges, gorgonas, escilas que ladran y devoran: hidras, pitones quimeras, que vomitan torrentes de llamas y de humo: polifemos, geriones, mil mónstruos nuevos, mil formas horrendas que jamas soñó la imaginacion, mezcladas y confundidas.

Todos se sientan, unos á la diestra, otros á la izquierda de su sombrío monarca. Sentado éste enmedio de ellos, empuña su cetro rudo y pesado: su frente altiva armada con cuernos amenazadores sobrepuja en altura á la roca mas empinada y al escollo mas soberbio. Calpe y el inmenso Atlante no serian á su lado mas que humildes colinas.

La horrible magestad impresa en su aspecto feroz, aumenta el terror y redobla su orgullo: sus miradas, tal como un funesto cometa, brillan con

el fuego de la ponzoña de que estan cargados sus ojos: su barba espesa y erizada cubre la mitad del rostro, y baja hasta el pecho velloso, y su boca llena de inmunda sangre, se abre como un vasto abismo.

Exala esta fiera boca con su fétido aliento torbellinos de negro humo y horrorosa llama, como el Etna de sus senos abrasados vomita torrente de betun y de azufre. Al sonido de su voz terrible, Cerbero calla amedrentado: la hidra enmudece, el cocito se suspende, el abismo tiembla, y sus cavernas tenebrosas repiten estos lúgubres acentos:

"Divinidades del infierno: vosotras que mereceis estar sentadas sobre el sol, en las regiones de donde traeis vuestro orígen: vosotras, que fuisteis precipitadas conmigo desde la morada de la dicha á estos negros calabozos, no os recordaré las sospechas celosas y los crueles desprecios del tirano, que nos oprime, ni nuestra gloriosa y demasiado funesta empresa: árbitro de todo, él reina sobre las estrellas, y nosotros somos juzgados almas rebeldes.

» En vez de aquella luz pura y serena, en vez de aquel sol, de aquellos globos luminosos, que habitábamos en otro tiempo, nos ha encerrado en este recinto oscuro, y no nos permite ya aspi-

rar á nuestros primeros honores, á nuestra felicidad primera: y para mayor suplicio... ¡ah cruel memoria! ¡memoria espantosa, que renueva todas mis penas! abrió aquella inmortal morada al hombre, al hombre, su criatura, tan vil como el barro de que le hizo.

» Ni sació con esto su venganza: para castigarnos mejor entrega á la muerte á su mismo hijo: viene este hijo: rompe las barreras del Tártaro, y osa penetrar en nuestro imperio, y arrebatar las almas que gemian bajo nuestro dominio: rico con nuestros despojos, vuelve al Cielo; y el infierno, vencido, sirve de adorno á su triunfo.

» Mas ¿para qué renovar nuestros dolores? ¿Quién ignora sus injusticias y las afrentas que nos ha hecho? ¿En qué lugar, en que tiempo ha suspendido el curso de sus ultrajes? No hablemos de antiguos resentimientos, pues nuevas ofensas vienen á escitar nuestro enojo. ¿No veis cómo pretende estender su culto á todas las naciones?

» ¿Y nosotros, entorpecidos por la desgracia, pasaremos los dias, las horas en torpe indolencia? ¿No hemos de arder en justa saña? ¿Sufriremos que el pueblo sometido á sus leyes se engrandezca cada dia en el Asia, que subyugue á la Palestina, que el culto y la gloria de nuestro opresor

se estienda mas y mas, que su nombre resuene en nuevas lenguas, que sea cantado en nuevos himnos y grabado sobre nuevos mármoles?

¿Sufriremos que nuestros ídolos caigan destrozados, que nuestros altares lleguen á ser suyos, que á él solo se le dirijan votos, que á él solo se le queme incienso y se le ofrezca el oro y los perfumes? ¿Y nosotros, á cuyo dominio ningun templo solia cerrarse, nosotros ya no tendremos asilo sobre la tierra: y privado del tributo acostumbrado, errante en medio de mi imperio solitario, vuestro monarca reinará sobre desiertos?

»No: yo lo juro por el valor que me anima y que aun vive en nosotros. ¿No somos lo que éramos, cuando armados con el hierro y la llama disputábamos el imperio de los Cielos? Sucumbimos, lo confieso, en aquel combate, pero el valor no faltó á nuestro proyecto. Si la palma fue del mas dichoso, nos quedó á lo menos la gloria de una audacia no vencida.

»Pero ¿por qué os detengo aun? Id, ¡oh mis fieles compañeros, mi fuerza y mi apoyo! Id, volad, anonadad en su cuna á esa potencia enemiga: apagad esa llama naciente antes que abrase á la Palestina: mezclaos en medio de ellos, y para vencerlos emplead alternativamente la astucia y la fuerza.

»Cúmplase mi voluntad. Dispensad á los unos, y los otros caigan bajo vuestros golpes; otros, idólatras de una dulce mirada, esclavos de una sonrisa halagüeña, desfallezcan en los brazos del placer y de vergonzosos amores: rebeldes, divididos cristianos contra cristianos, ellos mismos se destrocen y se maten: todo el campo perezca esterminado; y sus últimos vestigios desaparezcan.

El Rey hablaba aun; y ya sus ministros infernales se habian lanzado con furia del seno de la noche eterna ácia la morada del dia, cual los vientos amotinados, y las estrepitosas tempestades, rompiendo sus prisiones, oscurecen el Cielo, y llevan sobre la tierra y sobre el mar el destrozo y el naufragio.

En seguida con las alas desplegadas se esparcen por las diferentes partes del mundo, y con nuevas astucias y nuevos artificios empiezan á señalar su funesta destreza. ¡Oh musa! dime ¡cuáles fueron los primeros azotes con que hirieron á los cristianos! ¡qué manos fueron instrumentos de su furor! Tú lo sabes: la fama lo ha publicado; mas apenas sus últimos acentos llegaron hasta nosotros.

Sobre el trono de Damasco estaba sentado el famoso Hidraoto, mágico célebre desde sus primeros años. Hidraoto se habia dedicado á la cien-

cia de los adivinos, y este gusto era su pasion. pero ¿de qué le sirve una ciencia engañosa, si no puede saber el resultado de una guerra incierta? Ni el aspecto de las estrellas fijas ó errantes, ni el infierno mismo pudieron descubrirle la verdad.

¡Oh delirio! ¡Oh profunda ignorancia de los mortales! ¡Cuán vanos, cuán temerarios son sus juicios. Hidraoto predijo que el Cielo preparaba en el Oriente la destruccion del formidable ejército de los cristianos: ya cree ver al Egipcio coronado del laurel de la victoria, y quiere que su pueblo participe de sus laureles y de sus conquistas.

Pero el valor ya conocido de los cristianos le hace temer una victoria sangrienta y funesta: piensa en el arte con que podrá debilitarlos y entregarlos medio vencidos á las fuerzas del egipcio y á las suyas, y mientras se ocupa en este examen, un ángel de tinieblas viene á vomitar en su seno nuevas astucias y nuevos engaños.

Él mismo le inspira, él mismo le dá los medios de consumar su proyecto: Hidraoto tiene una sobrina, á quien todo el Oriente ofrece la palma de la belleza, y que dotada de todo el atractivo, de todo el arte de su sexo conoce ademas todos los secretos de la mágia. Hidroato la llama, la confia sus proyectos, y quiere que ella misma los prepare y ejecute.

»Objeto de mi ternura, la dice: tu que bajo rubia cabellera y miradas seductoras encubres valor resuelto y la prudencia mas grande; tú, que me vences en el arte en que te dí las primeras lecciones; yo medito un proyecto importante: si tu me ayudas, el suceso no puede faltarnos: tu mano astuta y atrevida acabe una trama que ha urdido mi esperta senectud.

»Vé, no tardes, al campo de nuestros enemigos; emplea para seducirlos todo el arte de tu sexo, todos los secretos del amor: con los ojos llenos de lágrimas hazles humildes ruegos; mezcla, interrumpe tus palabras con lánguidos suspiros: una beldad que gime, que llora, seduce á los corazones mas obstinados: el velo del pudor cubra la audacia de tus deseos, y píntese en tu boca la mentira con los coloridos de la verdad.

»Seduce, si puedes, á Godofredo: sea el primero que prendado de tus gracias, encantado por tus discursos, olvide á tu lado la gloria de la conquista, y no respire mas que amor. Si él escapa á tus lazos, encadena á lo menos á los guerreros mas distinguidos y atráelos á parages de donde no vuelvan jamas." Entró en seguida en pormenores mas estendidos, y en fin, añade: "por tu religion, por tu patria empréndelo todo; que todo es lícito cuando por tan noble causa se combate."

Armida, envanecida con su belleza, con los atractivos de su sexo y de su edad, se decide á la empresa, y en el instante que la noche esparce sus primeras sombras, parte y caminando por sendas secretas y desconocidas, sin mas armas que su hermósura, se cree segura de la victoria, y ve ya postrados á sus pies á los héroes invencibles. La sagaz política dá á su partida motivos supuestos, y entretiene al pueblo con vanos rumores.

Llega Armida al parage en que se levantan las tiendas de los cristianos y al primer aspecto de esta beldad nace un murmullo confuso, y todas las miradas se fijan sobre ella. No de otro modo que un astro desconocido atrae las miradas de los mortales, atónitos con su esplendor, así se agrupan al rededor de ella, se preguntan quién es aquella beldad estrangera, y todos desean saber qué motivos la conducen al campo.

Ni Argos, ni Chipre, ni Delos vieron jamas un rostro tan perfecto, facciones mas encantadoras. El oro de su hermoso cabello ya brilla á traves del velo que le cubre, ya se desliza por un lado, y esparce mas vivo esplendor, como el Sol en el Cielo puro y sereno, envia pálidos rayos por entre la nube que le circunda; mas, libre luego de su prision, lanza todos sus fuegos, y aumenta la claridad.

Juega el céfiro con su rica cabellera, formando con ella graciosas ondas sobre la nevada espalda: sus ojos, avaros de los tesoros del amor y de los suyos, los ocultan bajo una humilde mirada: sobre su tez el encarnado de la rosa se mezcla y se confunde con la azucena; y en su linda boca, que respira amores, solo brilla la púrpura de la rosa.

Muestra medio desnudo su albo seno, donde nace y se alimenta el fuego amoroso, donde oscilan dos globos formados por la mano de las gracias, en parte descubiertos á la ansiosa vista, y en otra velados por la celosa túnica, impotente barrera que resiste á las miradas, y no puede detener al pensamiento. Menos encantada de lo que ve, que ambiciosa de lo que se oculta, penetra la imaginacion hasta los encantos mas secretos.

Tal como rayo de luz que pasa al traves del cristal sin dividirlo, la imaginacion atraviesa el ceñido manto: vaga en medio de las maravillas mas escondidas, las contempla á su placer, las pinta en seguida al deseo, y acrecienta el fuego que le inflama.

Armida se adelanta por medio de la absorta multitud que la alaba y la devora con la vistata: conoce la impresion que hace su hermosura, y finge no conocerla; pero rie en su corazon, y

ya cuenta sus triunfos y sus victorias: se detiene un momento, y pide ver á Buillon. Eustaquio acude, Eustaquio, el mas jóven de los hermanos de Godofredo.

Al esplendor de aquella beldad divina, el guerrero imprudente se precipita semejante al insecto alado que va á buscar la luz y la muerte, quiere contemplar mas de cerca aquellos ojos, que un dulce pudor inclina al suelo: los vé: lánzase de ellos repentinamente un fuego que le abrasa, y lleno de la audacia que su edad y el amor le inspiran:

"Señora, la dice: si puedo daros este nombre, pues nada teneis de mortal. No, jamas derramó el Cielo sobre una debil criatura tanta gracia, y tanto brillo: ¿qué buscais? ¿de dónde venís? ¿qué dicha ó qué infortunio os conduce á estos lugares? ¿decidme quien sois? Haced que yo pueda tributaros el homenage, ó mas bien el culto que os es debido.

» Demasiado alabais, Señor, á una triste y desgraciada beldad: ya no es una mortal la que veis, sino una infeliz muerta á los placeres, y que si vive es solo para la desdicha. Estrangera, fugitiva, sin otros bienes que mi virtud, vengo á este campo á buscar un asilo; vengo á poner á los pies de Godofredo mis desgracias: á él recurro; en él confio: tanta es la fama de su bondad."

«Oh vos, si en efecto sois generoso y sensible, dígnaos conducirme á la presencia del héroe."— «Justo es, respondió Eustaquio, que el hermano de Godofredo sea para con él vuestro introductor y vuestro apoyo. No, beldad encantadora, vuestros votos no serán vanos: yo os respondo de un hermano que me ama y me distingue: disponed de su poder y de mi brazo.»

Dice, y guia sus pasos al asilo secreto en donde el piadoso Bouillon, solo con sus capitanes, se sustrae á la vista de la importuna multitud. Armida se inclina con respeto; y bañada la frente de modesto rubor, guarda silencio. El héroe calma sus temores, tranquiliza su espíritu, y la consuela: en fin, con un tono de voz que encanta los sentidos dirige á Godofredo este pérfido discurso.

«¡Príncipe invencible, cuyo nombre vuela con tanta gloria por todo el universo; vencedor de tantos reyes y de tantas naciones, que se honran con tus hierros y su derrota! en todas partes se conoce tu virtud: tus enemigos mismos la estiman y la ensalzan: ella les inspira confianza, y les convida á implorar tus bondades y tu apoyo."

"Aunque nacida en el seno de una religion que tú has abatido y quieres destruir, me atrevo á pedirte el trono y el cetro de mis abuelos; y yo espero obtenerlos de tu valor y generosidad. Otros

implorarian el brazo de sus amigos contra el furor de un estrangero; mas yo invoco el hierro enemigo contra mi propia sangre, contra una sangre que ha jurado mi ruina."

"Sí, á tí es á quien yo acudo; en tí solo fundo mi esperanza; solo tú puedes restituirme á la grandeza de que he sido precipitada. Ese brazo, terror de tus enemigos, debe ser el apoyo de los desgraciados. No se alabará menos tu beneficencia que tus triunfos; y entre tantos tronos derribados por tu mano, se contará para tu gloria el mio restablecido."

"Quiza mi creencia, diversa de la tuya, será un motivo á tus ojos para despreciar mis ruegos y mis lágrimas; pero sino creo en tu ley, creo en tus virtudes, y no espero ver desmentida mi confianza: causa mas justa no habrá obtenido el socorro de tu brazo. El Dios supremo, el Dios que yo adoro como tú, sea testigo de mi verdad; pero para convencerte mejor, oye la historia de mis desgracias, y de los crímenes que las han producido."

"Yo soy hija de Arbilan, que reinó sobre Damasco. Nacido lejos del trono, la bella Cariclea le hizo sentar en él dándole la mano: mis ojos no han visto jamas á esta virtuosa madre: los suyos se cerraron cuando los mios se abrieron á la luz; y el

mismo dia que presenció su muerte fue testigo tambien de mi nacimiento."

»Apenas habia pasado un lustro despues que mi madre bajó al sepulcro, cuando mi padre sucumbió á la misma suerte, y dejó mi infancia y las riendas del estado entre las manos de un hermano que amaba tiernamente. Su afecto y sus beneficios debian asegurarle de su fé, si la virtud y el reconocimiento habitasen en el corazon de un mortal."

"Encargado de mi tutela, aparentó al principio ocuparse solo en mi dicha: todo el Oriente alababa su fidelidad incorruptible, su ternura y su amor verdaderamente paternal, pero tal vez, bajo una máscara engañadora, ocultaba ya el cruel sus engañosos designios: quizá tambien por haber destinado para su hijo mi trono y mi mano, aun no habia dado su corazon entrada al crímen."

"Yo crecia al par de su hijo jóven, indócil, cuya alma baja y grosera, que no ha podido pulir la educacion, ocultaba bajo su deforme aspecto un corazon vil: á la bajeza de la avaricia añade toda la altivez del orgullo, é inculto en sus modales, corrompido en sus costumbres, es un conjunto monstruoso de vicios, que no se hallan compensados por virtud alguna.

"Este era el esposo que me reservaba mi fiel tutor: mas de una vez me anunció que era pre-

ciso partir con él mi lecho y mi trono. Discursos seductores, astucias, artificios, todo lo empleó para que yo consintiese; pero jamas pudo arrancarme la fatal promesa, y jamas obtuvo de mí sino el desden ó el silencio."

"En fin, un dia se separa de mi lado con aire sombrío y tenebroso, espejo siempre fiel de su corazon agitado, y desde entonces creí leer sobre su frente la historia de mis desgracias. Durante las tinieblas de la noche, mil espectros horrorosos agitaban mi imaginacion; mil ensueños espantosos me despertaban con sobresalto; y una fatal congoja imprimia en mi alma el presagio de mis infortunios."

"La sombra de mi madre se ofrecia de continuo á mi vista pálida, abatida, cubierta con una nube de dolor. ¡Cuán demudada estaba! ¡Cuán diferente de como la habia visto en sus retratos! ¡'Huye, hija mia, huye, me decia, de la muerte espantosa que te amenaza: parte; ya veo el veneno, ya descubro el hierro homicida en la mano de un pérfido pronto á degollarte!

"¡De qué servian estos presagios del próximo peligro, si tímida, angustiada, á nada se resolvia mi inesperta juventud! Salir sola de mis estados, ir á implorar la compasion á una tierra estrangera, era para mí una suerte mas espantosa

que la muerte misma: sí; yo preferia perder vida en el palacio que me habia visto nacer."

"¡Desgraciada! ¡yo temía la muerte, y no me atrevia á huir de ella! yo temia descubrir mis temores y acelerar la hora de mi infortunio: así, siempre inquieta y agitada, arrastraba en un largo suplicio el resto de mi deplorable existencia; semejante á un desgraciado que cree ver á cada instante desprenderse el cuchillo fatal pendiente sobre su cabeza."

"Un dia, en fin, no sé si deba dar gracias al destino ó si la suerte me reservaba para mayores reveses; un dia se presenta á mi vista uno de los ministros, de cuya educacion en su infancia se habia encargado mi padre, y me anuncia que el tirano ha jurado mi perdicion, y que el término se acerca, pues que él mismo ha prometido al bárbaro presentarme en aquel dia la copa envenenada."

"Me añade que solo la fuga puede sustraer mi cabeza al golpe que la amenaza: él mismo me ofrece sus socorros, me tranquiliza y me conforta: yo me abandono á sus consejos, y me determino á huir en medio de las tinieblas lejos del tirano y de mi patria.

"La noche mas oscura favorece nuestra empresa con su sombra, y yo parto con dos de mis criadas, que habia escogido por compañeras de

mi infortunio; pero mis ojos, llenos de lágrimas, se dirigen á los lugares en que empecé á respirar la vida, se fijan en ellos, y no pueden saciarse de aquella vista lisonjera."

"Mi vista y mi pensamiento me atraían ácia ellos sin cesar; y mis pasos, á pesar mio, me alejaban, cual marinero á quien la tempestad imprevista arrebata de la orilla amada, luchando contra las olas que le arrastran, busca con la vista la tierra que á su pesar huye y se aleja. Toda la noche y todo el dia siguiente caminamos por lugares donde ningun mortal habia estampado su huella; y en fin, llegamos á una fortaleza situada en el confin de mis estados."

"Esta era el castillo de Aronte: del fiel Aronte, que me habia salvado, y que huyó conmigo. Entretanto, el tirano que vé escapar su víctima al golpe mortal, poseido de rabioso furor, nos atribuye su propia maldad, y nos acusa á Aronte y á mí del crímen que él solo habia concebido."

"Publica que Aronte, seducido por mis regalos, le preparaba un veneno: que yo anhelaba su muerte para librarme de un censor importuno que celaba mi conducta y contenia mis inclinaciones culpables; y que dominada por una pasion vil, iba á entregar á mil amantes mi juventud y mis encantos. ¡Honor sagrado que yo adoro, con-

fúndame un rayo del cielo antes que yo sea infiel á tus leyes!"

"Que codicioso de mis tesoros, que sediento de mi sangre haya jurado el bárbaro mi ruina, me aflige, sí; pero querer mancillar mi virtud con torpes calumnias, ¡ah! esta es para mí la mas cruel de todas mis heridas: el impio, temiendo el resentimiento de mis vasallos, los engaña con artificiosas mentiras, á fin de que su brazo, pronto á proteger la inocencia, se detenga temeroso de favorecer el crímen.

"Ocupa mi trono, se ciñe mi diadema, y el impío aun no pone término al infortunio, al oprobio con que intenta confundirme: amenaza furioso quemar á Aronte en su fortaleza si voluntariamente no vá á entregarse entre sus manos: y á mí, desgraciada, y á las compañeras de mi suerte no es ya la guerra ó la prision lo que nos anuncia, sino el cadalso y la muerte."

"Quiere, dice, lavar en mi sangre la mancha que he impreso en su frente y volver á la dignidad real, y á mi familia el honor y el brillo de que les he despojado; pero es porque teme verse privado del cetro que me pertenece, y solo sobre mi ruina piensa poder afirmar su trono.

"¡Ah! no dudo que el impío logre al fin el objeto de sus bárbaros designios: sí, príncipe, si tu

brazo no me protege, mi sangre aplacará su cólera, que no han podido aplacar mis lágrimas. Desgraciada, inocente, sin socorro, sin apoyo, yo me arrojo á tus pies, yo abrazo tus rodillas y te pido mi honor y mi vida."

"Yo te lo pido por ese brazo que anonadó al orgullo y á la impiedad; por ese brazo vengador de la justicia; por tus victorias: por esos templos que has restablecido y por los que vas á socorrer: dígnate escuchar mis ruegos, consérveme tu piedad la corona y la vida: ¡Tu piedad! no, Príncipe, yo no imploro mas que tu razon y tu justicia."

"El cielo te ha concedido el querer ser justo, y el destino el poder lo que quieres; y sirviéndome adquirirás estados que no se someterán á mis leyes sino para obedecer las tuyas. De tantos héroes permíteme que diez solo me acompañen: ellos solos bastarán á restablecerme sobre un trono á que me llaman los derechos de mi sangre, el afecto de los grandes y la fidelidad de mis pueblos."

"Uno de los habitantes mas distinguidos de Damasco, encargado de guardar una puerta secreta, me promete entregármela, é introducirme por la noche en el palacio mismo. Él me asegura la victoria si obtengo algun socorro de tí; y por debil que sea, contará mas con él que con un ejército

que viniese de otra parte: ¡tanto estima el nombre y el valor de los cristianos!"

A estas palabras calla Armida y espera la respuesta de Godofredo: pero su actitud, su silencio mismo hablan aún, y ruegan, y enternecen. Vacila Godofredo y no sabe qué partido abrazar: teme los artificios de los sarracenos y sabe que no es fácil hallar fé en quien se la niega á Dios; mas por otra parte siente en su alma generosa los estímulos de la compasion.

Otros motivos le interesan támbien en las desgracias de una reina que le suplica: conoce cuánto importa á sus proyectos el colocar sobre el trono de Damasco á un príncipe que agradecido á sus beneficios abra camino á sus armas, apoye sus designios y le dé contra el Egipcio y sus aliados tropas, armas y tesoros.

Mientras que reflexiona indeciso, y con los ojos bajos pesa los motivos que deben determinarle, Armida, fijando la vista en él, espera con incertidumbre el decreto que vá á pronunciar: le observa, le estudia; la respuesta tarda ya demasiado á la impaciencia de sus deseos; teme, suspira: en fin el héroe niega á Armida la gracia que le pide: pero con espresiones corteses suaviza su repulsa.

"Señora: si la grande empresa á que el Cielo

nos ha destinado no reclamase aquí nuestro brazo y nuestra espada, podiais fundar sobre nosotros la mas sólida esperanza: no os ofreceríamos una compasion estéril, sino socorros prontos y eficaces: pero nuestro principal deber es libertar al pueblo de Dios y volver á esos muros su libertad primera: sería un crímen para nosotros el debilitar nuestro ejército y detener el curso de nuestras victorias.

«Yo os prometo por mi fé, que jamás la empeñé en vano, yo os prometo que si algun dia arrancamos al yugo del infiel esas sagradas murallas, seguiremos el impulso de nuestra compasion, y os volveremos el trono que habeis perdido: si hoy cediese á vuestras lágrimas, sería yo un impio, y mi sensibilidad me haria cometer un perjurio".

A estas palabras se inclina Armida, y con los ojos fijos en el suelo queda inmóvil un momento. Luego levanta ácia el cielo sus miradas lastimeras, y toda bañada en lágrimas en la actitud mas dolorosa: "¡Desgraciada! esclama, ¡qué destino fue jamás tan constantemente deplorable como el mio! ¡Para que mi suerte espantosa no se mude, es fuerza que la naturaleza se trastorne!"

"Ya no hay esperanza para mí: en vano suspiro, en vano lloro: las súplicas no pueden ya nada sobre el corazon de los mortales. ¿Deberé esperar que el dolor que no ha podido ablandarte, ablande

al bárbaro que me oprime? No te acusaré de inclemencia, acusaré al cielo, autor de mis desgracias, que endurece tu pecho y te hace sordo á mis clamores."

"No, Príncipe; no eres tú, es mi destino el que me niega los socorros que te pido. ¡Destino cruel, implacable, arráncame los restos de esta vida que aborrezco! Era poco el haberme privado de mis padres en la primavera de sus dias, faltaba aun que me precipitases de mi trono y clavases el puñal en el seno de tu víctima."

«Partamos; dejemos este recinto donde el honor ya no nos permite detenernos. ¡Ay! ¿á dónde huir? ¿dónde ocultar mi desgracia? ¿qué asilo me queda contra el tirano que me persigue? No hay en el universo retiro inaccesible á su furor. Pero ¿por qué vacilo? Ya veo la muerte, y pues no me es dado evitarla, mi mano prevendrá su golpe."

Armida calló: un noble y generoso despecho se dejó ver en sus miradas, y con aspecto triste, indignado, se vuelve y finge retirarse: sus lágrimas, lágrimas de dolor y de cólera, corren en abundancia y parecen á los rayos del sol perlas que caen de sus ojos.

Sus mejillas, bañadas en llanto, semejan al lirio cuando á los primeros rayos del dia abre el céfiro su brillante cáliz que humedece el apacible rocío

de la aurora, y con amoroso soplo le mece y le halaga.

Pero aquellas lágrimas hacen nacer un fuego secreto que se insinúa en los corazones, se ceba en ellos y los abrasa. ¡Amor! todo cede á tu poder, todo sirve de alimento á tu llama; pero en favor de Armida redoblas aún mas tus prodigios.

Sus fingidos dolores arrancan verdadero llanto y despedazan los corazones mas insensibles: todos se afligen con ella; todos se dicen al mirarla: si no encuentra gracia á los ojos de Godofredo es preciso que al nacer le haya alimentado una fiera, que los Alpes le hayan dado el ser en el seno de la roca mas espantosa, ó que el mar irritado le haya lanzado sobre la playa. ¡Cruel! ¿cómo puedes afligir tan peregrina hermosura?

Mientras que murmura cada uno sin atreverse á hablar, el jóven Eustaquio, ardiendo en amor y compasion, se adelanta y dirige á Godofredo este atrevido discurso: "Hermano, serías demasiado cruel é insensible si no cedieses por fin á nuestros votos, á nuestros deseos y á nuestros ruegos."

"Sin duda no es lícito que los gefes abandonen el sitio, sus tropas y sus destinos; pero nosotros, guerreros aislados, que no recibimos la ley mas que de nuestro propio valor, y que no mandamos á nadie, podemos dar á tu eleccion diez defensores á tan justa causa."

"Vengar á la inocencia y á la hermosura es siempre combatir por el cielo, y los despojos de un injusto usurpador son el mas noble trofeo que se puede consagrar al Ser Supremo. Cuando un interés cierto no me impeliese á esta noble empresa, el deber me decidiria á ella: he jurado proteger á un sexo debil y sin defensa, y sabré sostener mi juramento.

"¡Cielos! no se diga jamás que en Francia, y donde quiera que reine la cortesía, no se diga que por una causa tan legítima y piadosa hemos temido arrostrar peligros y fatigas.... ¡Ah! Yo prefiero deponer mi casco y mi coraza: sí, antes desceñiré mi espada que usurpar indignamente el nombre de caballero."

Dijo; y todos sus compañeros con voz unánime aplaudieron su discurso: todos aprueban su consejo y elogian su utilidad: rodean á Godofredo, le instan, le conjuran: "Yo cedo, dice el héroe: yo me rindo á tantos votos reunidos. Vos lo quereis, la princesa obtendrá de vosotros solos un socorro que la razon no me permite concederla; pero si creeis á Godofredo, moderad el celo que os enagena."

Dijo: y cada cual aspira al lauro de la eleccion. ¡Qué no pueden las lágrimas de la hermosura! ¡Qué no pueden los acentos que una boca amorosa

pronuncia! De los lábios de Armida pende una cadena invisible que ata todas las voluntades á la suya.

Eustaquio la llama: "Cese, la dice, ¡ó beldad divina! el curso de vuestros dolores: pronto tendreis los socorros que piden vuestras lágrimas." A estas palabras su frente se serena; la sonrisa del gozo aparece entre sus labios: enjuga con el velo sus humedecidos ojos, y sus miradas ya mas serenas embellecen á la naturaleza.

Entonces con la mas dulce y encantadora voz muestra su agradecimiento diciéndoles: "Vuestros beneficios vivirán siempre en mi corazon, y los siglos conservarán su memoria...." La muda elocuencia de su semblante espresa lo que no puede articular su lengua; pero bajo una máscara impostora oculta tambien sus designios, que no puede descubrirlos la vista mas penetrante.

Orgullosa con este primer suceso, se entrega á la fortuna que protege sus artificios, y se apresura á terminar su obra perversa: con sus miradas y con sus atractivos pretende eclipsar las glorias de Circe y Medéa, y con voz de sirena se propone adormecer la prudencia de los mas sabios guerreros.

Para envolver en sus lazos nuevos amantes emplea todos sus secretos y todos sus encantos. Su

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

rostro versatil obedece sus preceptos y retrata todas las pasiones con igual facilidad. Ora modesta, ora voluptuosa, y alternativamente armada con el freno y el aguijon, insta al amante tímido, ó detiene al indiscreto.

Cuando un guerrero reprime sus deseos y procura sofocar su llama, le alienta con una dulce sonrisa, y con una mirada halagüeña reanima su amor y hace renacer en su corazon la plácida esperanza.

Reservada en sus discursos, recelosa de una mirada, detiene al atrevido en el momento que vá á escederse, y le imprime el temor y el respeto; pero al través del desden con que arma su frente, deja percibir un rayo de compasion: el amor se inquieta, mas no desespera, y crece con el rigor mismo de la amenaza.

Algunas veces se mantiene retirada: presta á su rostro y á sus actitudes las apariencias del dolor: parece que las lágrimas van á brotar de sus ojos: sus amantes lloran á su lado, y el amor disfrazado en compasion profundiza mas y mas sus crueles heridas.

Rásgase otras veces el velo del dolor: la esperanza brilla sobre su frente, se dirige á sus amantes y les habla; su aspecto se anima con el fuego de la alegría, sus ojos son dulces centellas, y una


SEVILLA

risa celeste disipa la nube espesa con que su dolor habia cubierto el corazon de aquellos guerreros.

Su dulce voz, su encantadora sonrisa embriagan sus sentidos: sus almas sucumben á tanto placer, y parecen prontas á abandonarlos. Amor, cruel amor, amargos ó dulces, tus dones son igualmente funestos, y los mortales perecen siempre ó por tus males ó por tus remedios.

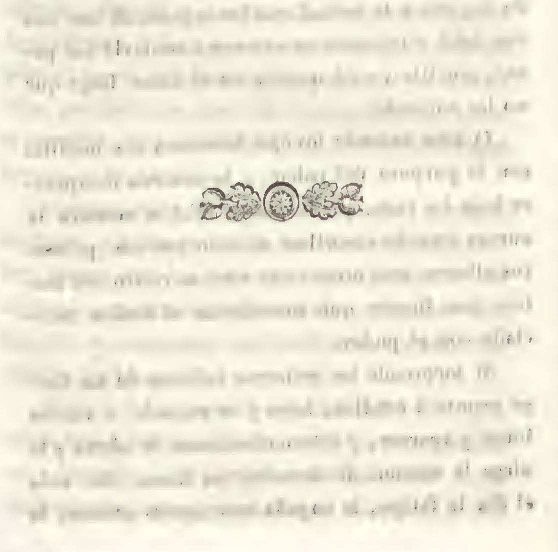
Así alternativamente enardecidos, helados, pasando á cada instante del placer al dolor, del temor á la esperanza, sirven aquellos desgraciados de juguete á la beldad que los engaña. Si con una voz debil y temerosa se atreven á contarle sus penas, sencilla y cual novicia en el amor finge que no los entiende.

O bien bajando los ojos hermosea sus mejillas con la púrpura del rubor, y la azucena desaparece bajo las rosas que la cubren. Tal se muestra la aurora cuando embellece al cielo con sus primeros albores: mas otras veces viste su rostro con matices mas fuertes que manifiestan el desden mezclado con el pudor.

Si sorprende los primeros indicios de un fuego pronto á estallar, huye y se esconde, ó vuelve luego y aparece, y alternativamente le ofrece y le niega la ocasion de descubrir su llama. Así todo el dia le fatiga, le engaña con nuevos errores, le

quita en fin hasta la esperanza, y el infeliz suspira, semejante al cazador que sorprendido por la noche pierde el rastro de la fiera que persigue.

Tales fueron los lazos secretos con que Armida se valió para encadenar mil y mil héroes, ó mas bien tales fueron las armas que su astucia empleó para domarlos y sujetarlos al amor. ¡Amor! ¡Será estraño que el altivo Aquiles, Hércules y Teseo cediesen á tu poder, cuando los cristianos, armados para vengar la causa de su Dios, se ven envueltos en tus lazos!



Canto Quinto.

Mientras la pérfida Armida llena los corazones de funesta embriaguéz, y no limitándose al número concedido de guerreros se promete arrastrar otros muchos consigo, Godofredo piensa á quién confiará la ejecucion de aquella arriesgada empresa, sin atreverse á elegir entre tantos héroes, todos dignos, todos ansiosos de fijar su atencion.

Al fin, su prudencia decide que ellos mismos den al generoso Dudon un sucesor que tome sobre sí aquella eleccion tan dificil: así al menos nadie podrá acusarle de injuriosa parcialidad, y manifestará á esta tropa brillante toda la estimacion y todas las consideraciones que le son debidas.

Los llama y les dirige este discurso: "Valientes guerreros, mis sentimientos os son conocidos; yo no he querido rehusar á la princesa el socorro que pide, sino esperar para concedérselo un momento favorable: ahora os propongo este consejo,

y aun podeis adoptarle; que en este mundo variable y movil, la constancia consiste muchas veces en variar en los designios.

Mas si creeis todavía que os sea indecoroso el no correr desde luego á los peligros; si vuestra generosa audacia desdeña un consejo que dicta mi prudencia, demasiado tímida tal vez á vuestros ojos, no se dirá que á pesar vuestro yo he detenido vuestros pasos: jamás os hará sentir mi mano el peso de un poder que debo á vuestros votos.

Pesad vosotros mismos las razones y decidíos á vuestro arbitrio; pero ante todo, quiero que deis un sucesor al desgraciado Dudon y un gefe á vuestra empresa. Él mismo escogerá entre vosotros diez guerreros, no escogerá mas que diez; y sometido en este solo punto á mis órdenes supremas, no pongo en lo demas límite alguno á su poder.

Dijo: y Eustaquio con acuerdo de sus compañeros responde á este discurso: "Señor, á tí conviene la lenta virtud que dirige sus miradas ácia lo venidero y á nosotros el valor y la audacia: esa tranquilidad, esa prudente prevision tan laudable en un general, sería en nosotros cobardía.

"Por otra parte, ¿los peligros á que nos espone esta empresa, esceden á las ventajas que nos prometen? Diez guerreros irán, pues que tu lo permites, á emprender esta ilustre aventura." Así cubre

con el velo del interés público la pasion que le arrastra, y sus compañeros ocultan del mismo modo los impulsos del amor bajo el deseo aparente de la gloria.

Entre tanto el jóven Buillon mira con ojos envidiosos al hijo de la bella Sofía; admira en él, pero envidia mucho mas su heróico valor que realzan los demas dones de la naturaleza: teme al lado de Armida á aquel poderoso rival, y sus celos inspiran á su corazon el medio de alejarle: le llama aparte, y con este discurso malicioso procura seducir su vanidad.

"Tú que oscureces la gloria de tu ilustre padre, y que en tiernos años ya igualas á los mas famosos guerreros, Reinaldo, dime: ¿quién será digno de mandarnos? Yo, que sometido á pesar mio al famoso Dudon, no le cedia sino en consideracion á sus canas: yo, hermano de Buillon, ¿á quién deberé en adelante obedecer? á nadie sino á tí.

«Igual á todos los guerreros por tu nacimiento, tú solo por tu gloria y tus hazañas mereces serme preferido: sin rubor lo confieso, Godofredo mismo prestaria homenage á tu valor y te concederia la palma: tú eres pues el único á quien yo quiero en lo sucesivo reconocer por gefe, á menos que no prefieras ser el vengador de la princesa; pero sin

duda no reservas tu brazo para una gloria oscura, ni para proezas nocturnas.

«Aquí ganará tu espada mas alto renombre, y si apruebas mi decision y mi celo, yo haré que mis compañeros te concedan el mando: por mi parte aun no he tomado ninguna resolucion, y solo te pido que dejes á mi arbitrio el seguir á Armida, ó el combatir á tu lado."

A estas palabras cubre sus megillas un rubor involuntario: Reinaldo lee sobre su frente el secreto que quiere ocultarle, y se sonrie; mas los tiros del amor apenas habian llegado á su corazon, y poco deseoso de seguir á Armida, no siente que se la dispute un rival.

Reinaldo llora aun la muerte del generoso Dudon, y se juzga envilecido si el osado Argante sobrevive largo tiempo á aquel héroe: se complace en escuchar la voz del honor que le llama, y no es insensible su corazon al sonido de las verdaderas alabanzas.

"Yo me lisonjeo menos, le responde, de obtener altos destinos que de merecerlos: los cetros, las dignidades, no fueron jamás á mis ojos el precio de mis virtudes ni el objeto de mi ambicion: pero si tú me llamas á ese honor, si tú crees que yo deba pretenderle, no tendré la debilidad de creerme indigno de alcanzarle, y ya estimo en

mas mi valor, pues juzgas que debe ser recompensado con tan honroso título.

«Ni solicito, ni rehuso el mando; y si soy tu gefe, puedes contar con mi eleccion.” Eustaquio le deja y se apresura á ganar los sufragios de sus compañeros; pero Gernando pretende para sí el primer puesto: su corazon se halla herido con los dardos de Armida; mas aquel corazon altivo no vacila entre el honor y la gloria.

Gernando desciende de los reyes de Noruega que gobernaron numerosas provincias, y tantas coronas reunidas en su casa, las glorias de su padre y de sus abuelos, alimentan su orgullo. Reinaldo desciende de héroes que en la larga carrera de quinientos y mas años fueron ilustres en la paz y en la guerra; pero ufano con sus propias hazañas, no se adornaba con el brillo de agenos lauros.

Sin reconocer títulos mas gloriosos que el oro y las vastas posesiones; sin concebir que puede alvergar magnánimo corazon el que no ciñe á su frente una corona; Gernando no puede sufrir que un simple caballero se atreva á ser su rival, se indigna, y la cólera que le agita no conoce ni límites ni freno.

Un ángel de tinieblas, viendo la herida profunda que traspasa su corazon, se insinúa en su

seno, se apodera de sus pensamientos, los agita y los trastorna; acrecienta la cólera que le inflama y el ódio que le devora, y sin tregua hace resonar en el fondo de su llagado corazon estos amargos acentos.

«¡Reinaldo! tu rival lucha contra tí y te opone el número de su antigua ascendencia.... Que cuente el temerario que quiere igualarse á tí, que cuente los pueblos sometidos á sus leyes y las naciones tributarias á su cetro: que sobre las cenizas de sus antepasados muestre tantas coronas como llevan hoy tus padres. ¿En qué funda su arrogancia ese mísero señor de un mezquino estado, ese aventurero nacido en Italia en el seno de la esclavitud?"

«Que triunfe ó que sucumba, ¿qué importa? ya es para él una victoria el haber sido tu rival. ¿Qué dira el universo? que Reinaldo ha competido con Gernando: el destino que ocupaba Dudon podria darte gloria; sí, Reinaldo lo ha envilecido con solo pretenderlo."

«¡Ah! si desde la morada de los inmortales dirige el generoso Dudon una mirada ácia la tierra, ¡cuál será su noble indignacion cuando contemple á ese jóven temerario, cuando considere su orgullo, su audacia, cuando vea á un niño sin esperiencia igualarse á él y aspirar al

galardon que obtuvieron su edad y sus proezas!"

«El aspira á ser tu caudillo, y en vez del castigo que merece, obtiene honores y alabanzas. ¡O vergüenza! ¡ó bajeza! Se estimula su ambicion y se aplaude su temeridad; pero si Buillon lo vé, si Buillon permite que consiga el honor que le pertenece, no, tú no debes sufrirlo; tú debes manifestar quién eres, y cuánto es tu poder."

Al eco de esta voz desconocida, su despecho se enciende y se inflama; su corazon no puede ya contenerlo, rebosa por sus ojos y se exhala en sus acentos: si algun defecto aparece entre las virtudes de su rival, le aumenta, le encarece, le acusa de altivo y orgulloso, y llama á su valor temeridad, furor y demencia.

Todo lo que resplandece en él de ilustre, de grande, de magnánimo, lo empaña con la sombra de la envidia, y solo vé en sus virtudes la máscara de los vicios: sus dicterios llegan á resonar en los oidos mismos de Reinaldo, y aun no sacia su cólera ni puede refrenar el ciego impulso que le arrastra á la muerte.

El espíritu tenebroso que le anima hace mover su lengua, renueva sin cesar sus injustos ultrajes, y dá nuevos alimentos á su odio. Hay en el campo un vasto recinto en donde se reune lo

mas escogido de los héroes; allí ejercen su valor y su destreza en justas y torneos.

Allí, cuando el concurso era mas numeroso, impelido por su fatal destino, osó Gernando insultar á Reinaldo. Su lengua, teñida en la ponzoña del averno, le hiere cual dardo acerado. Reinaldo le vé, le oye, el furor se apodera de sus sentidos: mientes, esclama, y con la espada desnuda se precipita sobre él.

Su voz es un trueno, y su espada el relámpago precursor del rayo: Gernando tiembla: vé la muerte delante, la muerte inevitable: pero el aspecto de todo el campo que le mira reanima su valor; empuña la espada, espera á su enemigo, y se prepara á la defensa.

En el mismo instante brillan y centellean mil espadas; mil guerreros acuden en tumulto, y mil voces confusas resuenan por los aires cual en las orillas del Océano se confunde el silbido de los vientos con el bramido de las olas.

Pero nada puede aplacar la impetuosa cólera del guerrero ofendido: lleno del deseo de venganza, desprecia las voces y las barreras que se le oponen; se precipita entre los guerreros y sus armas, agita en medio de la muchedumbre su temible espada, y abriéndose, en fin, un anchuroso espacio, embiste solo á Gernando á pesar de los que le defienden.

Su brazo es escitado y movido por la cólera; ora guia el acero al corazon de su rival, ora á la cabeza, ora á la derecha, ora á la izquierda; y su diestra rápida, impetuosa, engaña á los ojos que la siguen, é hiere donde menos se la espera.

Clava en fin el hierro homicida en el pecho de su rival, le retira y le torna á clavar: el desgraciado cae, y por dos sangrientas bocas parte su alma á las moradas eternas. Envaina su acero el vencedor, se despoja de su cólera, y satisfecha su venganza se retira.

Entretanto Godofredo llega atraido por el tumulto y por las voces: un espectáculo cruel, inesperado, hiere su vista: vé á Gernando tendido sobre el polvo, sus cabellos manchados con su sangre, el rostro pálido, desfigurado, cubierto con las sombras de la muerte: oye los gemidos, los suspiros, las quejas de los que le rodean, y sorprendido, atónito, ¿quién es, dice, el atrevido que ha quebrantado mis órdenes y cometido este atentado?

Arnaldo, uno de los favoritos mas queridos del malhadado príncipe de Noruega, le espone las circunstancias de aquel funesto accidente, y las agrava al referirlas: "Reinaldo es quien le ha muerto: él es el que impelido por un furor insensato, fundado en leve motivo, ha cometido

una accion tan bárbara: el hierro qué habia ceñido para vengar á Dios, lo ha convertido contra el vengador de Dios mismo; ha desdeñado tu autoridad, y ha despreciado tus órdenes."

«Las leyes piden su muerte, y segun ellas se la debe imponer: su crímen la exige, su crímen y el sitio en que le ha cometido: si obtiene perdon, su ejemplo alentará á los malvados, y cualquiera que se crea ofendido tomará por sí mismo la venganza que debe esperar de la justicia, y pronto será tu campo teatro de querellas y discordias."

Recuerda Arnaldo las hazañas, las virtudes del príncipe, y nada omite de cuanto puede escitar la indignacion y la piedad: pero Tancredo aparece y quiere justificar á Reinaldo: Godofredo le escucha, y su mirar severo inspira mas temor que esperanza.

"Señor, dice Tancredo: no olvides quién es Reinaldo, no olvides lo que se debe á su mérito, al lustre de su sangre, y á Güelfo su tio: la autoridad no debe pesar igualmente sobre todos los culpables; la diferencia en las gerarquías pone diferencia en los crímenes, y la igualdad en las penas no es justicia sino cuando hay igualdad en las personas."

«A los mas distinguidos toca, dijo Godofredo, el dar á los demas ejemplo de obediencia. Tan-

credo, tus consejos son funestos, si tú quieres que abandone los grandes á la licencia. ¿Y cuál es, pues, mi autoridad, si yo no mando mas que á un vil populacho? ¡Cetro impotente, vergonzoso imperio, yo te detesto si debo conservarte á este precio!"

«El poder me fué dado sin límites, sin restricciones, y no permitiré que se envilezca entre mis manos: yo sé cuándo se deben variar las recompensas y las penas; yo sé cuándo se deben sujetar los grandes y los pequeños á la ley de la igualdad." Dijo, y Tancredo, contenido por el respeto, guardó silencio.

Riguroso imitadòr de la severidad antigua, Raimundo aplaude el discurso de Godofredo. "Así es, dijo, como la autoridad conserva su energía: no hay disciplina, no hay confinza cuando el culpado evita el castigo; y la clemencia es nula si no descansa sobre el temor."

Tancredo desaparece al oir estas palabras, y sobre un alazan brioso vuela ácia Reinaldo: tranquilo despues que quitó á su enemigo el orgullo y la vida, Reinaldo volvió á su tienda: allí le encuentra Tancredo, y le informa fiel y brevemente de lo ocurrido.

"El esterior del hombre, le dice, no es siempre la espresion fiel de sus sentimientos, y el co-

razon de los mortales es un abismo: con todo, si creo al aspecto de Buillon, temo que quiera confundirte con el vulgo de los culpados, y sometertе á todo el rigor de las leyes.

Reinaldo se sonrie; pero al través de su sonrisa se deja ver su indignacion: "Justifíquese entre cadenas el esclavo ó el que merezca serlo, esclama: yo he nacido libre: yo he vivido libre, y libre moriré antes que estos pies ó estos brazos se vean cargados de hierros ignominiosos: esta mano sabe manejar el acero y alcanzar laureles, y no sujetarse á infames lazos.

"Si es este el galardon que me depara Godofredo, si quiere sepultarme en vil calabozo como á un criminal oscuro, envie á los ejecutores de sus órdenes, venga él mismo á prenderme: yo le espero. La suerte de las armas será nuestro juez: venga si quiere ofrecer á nuestros enemigos el espectáculo de una sangrienta tragedia."

Dijo, y pide su armadura, y al instante aparece cubierto de hierro; carga su brazo con su pesado escudo, su fatal espada pende á su lado, sus ojos centellean y sus armas brillan como el relámpago. ¡Así te pintaban en otro tiempo, oh Dios de la guerra, bajando al Olimpo cubierto de hierro, de horror y de espanto!

Entretanto Tancredo procura mitigar su saña.

"Indómito guerrero: le dice, yo sé que nada puede resistir á tu brazo: yo sé que en medio de las armas, en el seno del terror es donde tu escelsa valentía triunfa con mas brillo, pero á Dios no plegue que hoy sea la señal de nuestra ruina."

"Dime: ¿cuáles son tus designios? ¿Quieres manchar tu mano en la sangre de tus amigos, de tus hermanos? ¿Pretendes inmolar indignamente á los cristianos ¡y herir al mismo Dios de quien son miembros? ¿Un honor pasagero, vanos escrúpulos de una opinion que, semejante á las olas del mar, aparece y se disipa, podrán mas sobre tí que la fe, que el amor de una gloria que nos inmortaliza en el cielo?"

«¡Ah! Yo te lo pido en nombre de nuestro Dios: triunfa de tí mismo, despójate de tu fiereza, de tu orgullo, cede á la tempestad: no, no será en tí una bajeza, será un sublime esfuerzo de virtud que te hará obtener una victoria mas honrosa: si mi juventud mereciese servir á los otros de ejemplo, yo te diria que tambien he sido agraviado, pero no armo mi brazo contra cristianos, y sé domar mi sentimiento."

«Vencedor de la Cilicia, yo habia enarbolado en ella el estandarte de la Cruz: Baldovino llega, oculta su ambicion bajo el velo de la amistad, me engaña y se apodera vilmente de mi con-

quista: yo podia recobrarla con las armas, pero tuve el valor de no intentarlo."

"Tu alma se irrita con la idea de una prision; te sonrojas al contemplar tus brazos cargados de vergonzosas cadenas, y quieres seguir las leyes y los usos que el vulgo ha consagrado bajo el mentido nombre del honor: déjame aquí para defenderte con Godofredo, y tú parte á Antioquía á pedir un asilo á Boemundo: no arrostres en su primer ímpetu la severidad de un juez inexorable.»

«Si el egipto ó cualquiera otra potencia infiel se arma contra nosotros, tu valor, mas distante de nuestro lado, parecerá mas brillante: privado de tí, el campo no será mas que un cuerpo mutilado sin vigor y sin fuerza." Güelfo que llega en aquel instante, aprueba aquel discurso, y quiere que Reinaldo parta sin demora.

En fin, cede á sus consejos el irritado mancebo y consiente en abandonar el campo: entretanto acuden en tropel sus amigos y quieren acompañarle en su fuga; mas él agradece su celo, y solo con dos escuderos fieles parte en un ligero bridon.

Se aleja, y hierve su corazon en deseos de gloria inmortal y pura: arde por acometer altas empresas y señalar su valor con nuevas hazañas: para vengar á su Dios quiere precipitarse en medio de los enemigos y adquirir combatiendo el ciprés ó

la palma: quiere recorrer el Egipto y penetrar hasta los lugares en que el Nilo oculta su orígen desconocido.

Güelfo recibe el último á Dios del jóven héroe, y con paso precipitado vá á buscar á Godofredo: el general le descubre y le grita: "Güelfo; á tí es á quien buscaba: mis heraldos han recorrido en tu busca todo el campo.»

Manda á los circunstantes que se alejen, y bajando la voz continúa su discurso. "Güelfo, debes confesarlo: tu sobrino cede demasiado á los primeros impulsos de su cólera. ¿Cómo escusar el crímen que acaba de cometer? ¡Qué no daria yo por verle justificado á mis ojos! Pero Godofredo manda á todos, y debe á todos igual justicia.»

«Custodio severo de las leyes y de la equidad, yo defenderé siempre sus derechos, y jamás en mis juicios cederé á la tiranía de las pasiones: si en efecto, como se pretende, Reinaldo se ha visto obligado á quebrantar las leyes, y á romper los lazos de la disciplina, que venga él mismo á defender su causa, y que humille su orgullo delante del tribunal.»

«Que venga libre: no me es dado conceder otra gracia á sus servicios; mas si vacila, si su soberbia, que me es harto conocida, le impide someterse, á ti te toca conducirle, y evitar que obligue á

un juez suave y moderado á ser inflexible, pero justo vengador de la autoridad y de las leyes ofendidas."

Dijo, y Guelfo le responde: "Señor, una alma á quien exalta la infamia no ha podido oir ultrajes sin formar el designio de vengarse de ellos: es cierto que ha inmolado al agresor; pero ¿qué otro en su lugar hubiera enfrenado su saña? ¿Qué otro hubiera contado sus golpes, y medido en el fuego del combate la reparacion y la ofensa?»

«Pedís que venga á someterse á vuestra autoridad suprema: mas ya no puede obedeceros: con rápida carrera se aleja del campo; pero con este brazo yo ofrezco probar á su vil acusador, y á cualquiera que se atreva como él á calumniarle, que ha tomado una venganza legítima de un injusto ultraje.»

«Sí, Príncipe, ha debido castigar el orgullo del soberbio Gernando: si ha sido culpado, su crímen consiste solo en haber quebrantado tus mandatos: me es sensible, y no puedo aprobar su error."

"Huya en buen hora, dice Godofredo, y lleve á otra parte la discordia; mas no quiero que seas la causa de nuevos rencores: sofoquemos, yo te lo ruego, hasta las últimas centellas de un fuego tan peligroso."

Entre tanto la beldad infiel instaba por el so-

corro prometido: durante el dia empleaba su astucia, sus ruegos y el poder de sus atractivos, y cuando la noche estendiendo su oscuro velo cerraba en el Occidente las puertas del dia, sola con sus dos criadas y sus escuderos se retiraba á su tienda.

Pero ni todos los recursos de su arte, ni sus discursos seductores, ni su talle mas seductor aun, ni aquella beldad que nada iguala en el universo, aquella hermosura que encadena á los guerreros mas temibles, nada puede seducir al piadoso Buillon, nada puede encender en su alma el fuego de un amor impuro.

En vano trata de encantarle: en vano intenta hacer correr por sus sentidos un dulce y funesto veneno: el héroe, fatigado de un mundo que desprecia, distrae la vista de los atractivos que le presenta, y cierra el oido á sus halagos: el cielo solo atrae sus votos y sus deseos, y así esquiva todos los lazos, y burla todos los esfuerzos de la seductora.

Ningun obstáculo puede distraer sus pasos del camino que la virtud le ha trazado. Armida le persigue: nuevo Proteo se presenta á su vista bajo mil formas diferentes, y sus gracias hubieran abrasado al mas yerto corazon, si un escudo celeste no defendiera á Godofredo de sus dardos y postrase al fin la constancia de Armida.

Esta hermosura, que con una mirada creía cautivar los corazones mas puros; ¡cómo se vé humillado su orgullo! ¡con qué sorpresa, con qué despecho reconoce la impotencia de sus hechizos! En fin, se determina á intentar mas fáciles conquistas, semejante á un habil general que abandona el sitio de una plaza, que destruye inútilmente sus fuerzas y lleva á otra parte el terror de sus armas.

Tancredo opone igualmente á sus encantos una resistencia invencible: otra pasion reina en su pecho, y cierra la entrada á nuevos amores: cual Mitridates, se armara contra el veneno con el veneno mismo. Solo Buillon y Tancredo resisten; pero los demas arden en el fuego que encendieron sus miradas.

Este triunfo imperfecto abate su orgullo y la aflige, pero se consuela con la vista de tantos héroes cautivos de su belleza, y antes que se descorra el velo que cubre sus designios, intenta conducirles á parages mas seguros, donde les prepara nuevos lazos.

El momento señalado por Godofredo para el socorro prometido llega en fin, y con aire respetuoso se presenta al héroe: "Señor: el dia en que debias cumplir tu promesa ya ha espirado: si el tirano sabe que he solicitado tu apoyo, se armará

en su defensa, y preparará á nuestra empresa mil obstáculos.»

«Antes que la voz incierta de la fama, ó espías fieles le den esta nueva, dígnate escoger mis ilustres defensores, y manda que al momento partan conmigo: si el cielo protege todavía la inocencia, si no es insensible á las virtudes de los mortales, yo seré restablecida en mi trono, y dócil á tus leyes seguiré tu destino así en la paz como en la guerra.»

Godofredo cede entonces mal de su grado á tan repetidas instancias: la impaciencia de la princesa le obliga á tomar sobre sí la eleccion fatal que rehusaba; pero todos solicitan la preferencia, y su emulacion degenera en importunidad.

Armida, para dar nuevo pábulo á sus deseos, introduce en sus corazones el aguijon del temor y de los celos: sabe que el amor tranquilo desmaya y decae, semejante al caballo que no se anima si no siente el ruido de otro que le sigue ó se le adelanta.

Distribuye con maña gratos discursos, tiernas miradas, dulces sonrisas, y no hay amante que no envidie la suerte de otro amante; pero el temor se mezcla con la esperanza, y esta turba insensata que basta á conmover una mirada, corre sin pudor ni freno: en vano Godofredo la reprende, en vano se esfuerza á detenerla.

Deseoso de satisfacer á todos, Godofrédo no se inclina en favor de nadie, se avergüenza de su error, se indigna de su locura, y desconfiando vencer su obstinacion, propone un medio que no dé lugar á queja: "Escríbanse vuestros nombres, dice, mézclense en un vaso, y decida la suerte.»

Escritos los nombres al instante, se colocan en una urna, se mueven, se agitan, y el primero que parece es Artemidoro, conde de Pembro: sigue Gerardo, y despues de este Venceslao, el anciano Venceslao que antes era ejemplo de cordura, y hoy se abrasa en ridiculos amores.

¡Qué gozo se desplega sobre la frente de estos guerreros! sus ojos brillan con el placer que inunda sus almas, y los otros, cuyos nombres oculta aun la urna, sienten palpitar sus corazones. La torva envidia se deja ver en sus miradas, y trémulos é inciertos esperan el decreto de la suerte.

Gaston es el cuarto, Rodolfo le sucede, y Olderico á Rodolfo: el séptimo es Guillermo del Rosellon, á quien siguen Everardo de Baviera y el francés Henrique. Raimbaldo fue el último: Raimbaldo, que despues vencido por el amor abjuró su creencia y se hizo enemigo del Dios á quien habia jurado vengar.

Ardiendo en cólera, en envidia, en rabia, los

demas acusan á la fortuna. A tí te acusan, amor, de haber puesto su suerte y tu poder en manos tan ciegas: mas como el humano instinto nos impele á desear con mas ardor lo que mas se nos veda, muchos á despecho de la suerte quieren seguir á Armida, y solo esperan las sombras de la noche.

Juran seguir constantes su fortuna y arrostrar por ella los peligros y la muerte, mientras que con blandas palabras, con falaces suspiros excita ella su ardor y se duele, ya con uno, ya con otro, de verse obligada á partir sin ellos; entretanto los diez guerreros armados van á tomar las últimas órdenes de Godofredo.

El sabio les prodiga sus lecciones, les previene que desconfien de un pueblo infiel é inconstante, y les manifiesta por qué medios podrian evitar los lazos y sustraerse á los peligros. Pero arrebata el viento sus palabras, y el amor rie de sus consejos: en fin, Godofredo se despide de ellos, y la impaciente Armida no espera el regreso de la aurora.

Parte victoriosa, llevando en pos de sí, y como en triunfo, á sus diez enamorados caballeros: los otros amantes quedan inconsolables con su partida: mas cuando vino la noche y trajo bajo sus alas el silencio y la sombra, la mayor parte, im-

pelidos por el amor, se deslizan del campo, y siguen sus pasos.

Eustaquio es el primero, apenas puede esperar la noche y las sombras cuando huye impaciente, y marcha por las tinieblas á merced del guia que le conduce; y á los primeros rayos del dia descubre á Armida y á sus guerreros en una aldea que les sirvió de asilo.

Al momento se precipita ácia ella: Raimbaldo le reconoce por su armadura:-¿Quién te conduce, le dice, á estos lugares? ¿A quién vienes á buscar aquí? - A Armida: si ella no desdeña mi brazo y mis servicios, no tendrá defensor mas intrépido que yo, ni esclavo mas fiel. - ¿Quién te llama á tan insigne merced? - El amor.

Yo he sido escogido por el amor, tú por la fortuna: á tu parecer ¿quién de los dos blasona de un título mas legítimo? — Tu vano título de nada te servirá; en vano querrás asociarte sin ningun derecho á los vengadores declarados de la princesa. — ¿Y quién se atreverá á impedírmelo?

-Yo. A esta palabra Raimbaldo se adelanta con la espada en la mano, y con igual denuedo y furor vibra la suya Eustaquio; pero Armida estiende su brazo, y con una mirada que domina los corazones suspende su impetuoso movimiento.

"¡Ah! no rehuses un nuevo compañero; no me prives de un nuevo vengador.

"Si mi salvacion, si mi vida te interesan, ¿por qué sientes que me ampare en tal conflicto? Yo doy gracias al destino que te conduce, le dice á Eustaquio, para defender mis dias y vengar mi honor: ciega sería é insensata si menospreciase tan noble apoyo, si desdeñase á tan ilustre campeon." Mientras habla de esta suerte acuden otros defensores.

Todos llegan por caminos diferentes; todos se miran con ademan celoso, y Armida los acoge, se sonrie, y cada uno de ellos cree leer en su semblante la anhelada preferencia. Entretanto las sombras se disipan, Godofredo advierte la desercion de los guerreros, y llenan su corazon de inquietud y de zozobra los presentimientos del infortunio que los amenaza.

Mientras se ocupa en estos cuidados llega un correo cubierto de polvo, anhelante, afligido: sus miradas sombrías y el dolor pintado en su rostro anuncian que es portador de infaustas nuevas. "Pronto, dice á Godofredo, cubrirá los mares la escuadra egipcia: Guillermo, que manda las naves genovesas, me manda traerte esta noticia."

"Añade que un convoy considerable que la

flota enviaba al campo habia sido arrebatado en medio del camino: que una horda de árabes atacó de improviso en un valle la escolta que le conducia, y que degollando á la mitad ha cargado á los restantes de cadenas: que en fin, nadie ha podido escapar del furor de los bandidos.

" Que la audacia y el desenfreno de aquellos bárbaros indómitos no conoce límites: que se esparcen como un diluvio por todo el campo sin que hallen dique que los detenga: y que para inspirarles miedo, y asegurar los caminos que del mar de Palestina conducen al campo, es necesario enviar contra ellos fuertes destacamentos.»

En un momento se esparce la funesta nueva por todo el ejército: el vulgo de los soldados teme el hambre y ya se imagina ver todos sus horrores: el sabio Buillon, que echa de menos su valor y antigua constancia, con aire dulce y tranquilo procura calmarlos, y los consuela con estas palabras:

«Oh vosotros, que al traves de mil obstáculos, de mil peligros, habeis penetrado conmigo en tantos y tan diversos climas: guerreros, que nacisteis para vengar la causa del Cielo y reparar los ultrajes de la religion mas santa: vosotros, que habeis triunfado de las huestes de la Persia, y de la perfidia de los griegos, de los montes, de los ma-

res, del invierno y de sus tempestades, vosotros ¿conoceis al fin el miedo?

« Ese Dios que dirige nuestros pasos, ese Dios cuya proteccion habeis esperimentado tantas veces y en tantos peligros, ¿no puede disipar hoy vuestros temores? ¿creeis que haya retirado de nosotros su brazo omnipotente, y dirigido á otra parte sus miradas? Un dia, y no está lejos, cumplireis los votos que le habeis hecho, y os complacereis en recordar los riesgos que habeis corrido: reanimad vuestro valor, y reservaos para los triunfos que os esperan."

Así reanima Buillon su esperanza abatida, y con rostro alegre y sereno los tranquiliza y los consuela; pero oculta en el fondo del corazon una cruel inquietud: piensa cómo en medio del hambre que le amenaza alimentará su ejército, cómo rechazará los esfuerzos del Egipto y de sus naves, y en fin, qué barrera opondrá á las incursiones de los árabes.



Canto Sesto.

Entretanto la dulce esperanza consuela á los sitiados y calma sus inquietudes, la noche al favor de sus sombras les conduce sin cesar nuevas provisiones: armas, máquinas de guerra erizan las murallas por el lado del norte y presentan un frente inespugnable; sus ruinas se reparan, y su masa sólida parece desafiar todos los esfuerzos y todos los ataques.

El infatigable Aladin hace levantar nuevos baluartes y fortificar las torres; ora aparezca el sol con su hermoso brillo, ora estienda la noche su negro manto, los trabajadores precipitan sus tareas, y las fuerzas de sus brazos se agotan fabricando nuevas armas: Argante, que no puede sufrir aquellos eternos preparativos, se acerca á Aladin, y le dirige el siguiente discurso.

"¿Hasta cuándo nos detendrás cautivos en estas murallas? ¿Hasta cuándo ocultaremos nuestra

vergüenza y nuestra cobardia? Oigo gemir los yunques bajo los golpes de los martillos: oigo resonar los cascos, los escudos, las corazas; pero ignoro á qué uso las destinas: los cristianos entretanto destrozan tus campos, roban tus aldeas, nadie se opone á su rapiña, y ni aun el sonido de nuestras trompetas llega á turbar su sueño.»

«Nada les altera en sus comidas ni en sus fiestas: tranquilos todo el dia, descansan durante la noche: tú con tu lentitud, con tu indolencia, esperando siempre los socorros de Egipto, apresuras el hambre que vá á entregarnos á los hierros de nuestros enemigos, ó á una muerte vil y vergonzosa.»

«En cuanto á mí, no quiero que una muerte sin honor sepulte mis dias en oscuro olvido: no quiero que la nueva luz del sol me encuentre escondido en tus murallas: cúmplanse en mí los celestes decretos, muera yo, si así lo han ordenado, pero no se diga un dia que Argante ha perecido lejos de los combates sin gloria y sin venganza.»

«Sin embargo, si tu valor primero no se hubiera estinguido, no á una muerte honrosa en medio de los combates, sino á la vida, á la victoria osaria yo aspirar. Vamos juntos, vamos á desafiar á nuestros enemigos y á nuestro destino: á veces en los grandes peligros, los conse-

jos de la audacia son lecciones de la prudencia.»

«Pero si nada esperas del valor, si temes esponer todas tus fuerzas al trance de una batalla, haz á lo menos que dos guerreros decidan la contienda; y para que el general de los cristianos acepte con mas seguridad el desafio, escoja él mismo las armas, y fije á su gusto el lugar y condiciones del combate.»

«Si el enemigo que me opongan no tiene mas que dos brazos y una alma, por atrevido, por intrépido que sea, no debes temer que se pierda una causa justa y defendida por Argante. Si: esta mano será para tí la de la fortuna: ella te dará la victoria: recíbela por prenda de mi promesa y de tu seguridad.»

Dijo. «Jóven intrépido, responde Aladin: aunque cansado por la edad, este brazo no teme todavía manejar la espada, ni tengo el alma tan vil y tan cobarde que prefiera una muerte sin honor á una muerte ilustre y generosa, aun cuando me creyera amenazado de esos desastres, de esa hambre que me anuncias.»

«¡Cielos! alejad de mí tanta infamia: pero un secreto, que mi política oculta á los demas, va á ser depositado en el seno de Argante. Soliman, que arde por vengar la afrenta que recibió en Nicea, ha recogido hasta del fondo de la Libia

hordas de árabes salvages errantes y vagabundos, y viene con ellos á sorprender á nuestros enemigos, y á traernos víveres y socorros.»

«Pronto saludará nuestras murallas; y entretanto dejemos á los cristianos embriagarse con sus vanas conquistas, y no pensemos mas que en conservar mi cetro; modera, te ruego, el fuego de tu valor y tu impetuosa audacia, y espera el momento señalado para tu gloria y para mi venganza."

Al nombre de Soliman, su rival antiguo, el fiero circasiano se inflama en cólera y se indigna de que Aladino se prometa tanto de sus esfuerzos. «Señor, le dice, tú harás á tu gusto ó la paz ó la guerra: no te hablaré mas: espera á Soliman, y lisonjéate de que podrá defender tus estados el que ha perdido los suyos.»

«Que venga ese ángel tutelar, ese libertador de los creyentes: yo creo bastarme á mí mismo. No quiero la libertad sino de mi mano; y mientras todos desfalleceis aquí en torpe reposo, permíteme que baje á la llanura, y pues no apruebas mi arrojo, yo iré en mi nombre á combatir á lós cristianos."

«Aunque deberias reservar para mejor uso tu valor y tu espada, puedes, si lo deseas, ir á desafiar á algun guerrero cristiano. Vé, dice al he-

raldo, vé á la llanura y á la vista del campo de los cristianos, lleva á su general mi desafío.»

«Dile que un guerrero que se indigna de permanecer escondido detras de estos muros, arde por manifestar lo que puede su valor: que está pronto á combatir en la llanura que separa á la ciudad del campo, y que desafia á aquel de los cristianos que confie mas en su brazo.»

«Que no se limita á un solo enemigo; que despues del segundo, tercero y cuarto, el quinto podrá presentarse todavía: que ilustre ó desconocido, todo cristiano podrá medir con él sus armas, y que el vencido será, segun las leyes de la guerra, cautivo del vencedor." Dijo: y al momento viste el heraldo su cota de armas recamada de púrpura y oro.

Parte; llega á la presencia de Godofredo y de los guerreros que le rodean. – Señor, dice, ¿permites á un heraldo cumplir la órden de su amo? – Yo te lo permito; habla sin temor. — Tú verás, dice el infiel, si mi mensage debe complacerte ó aterrarte.

Declara entonces el desafío con tono altanero é imponente: todos los cristianos tiemblan de cólera, y todos dan muestras de su saña. «El guerrero que te envia, dice Buillon, intenta una pe-

nosa y fatal empresa; pronto conocerá su peso, y no contará hasta el quinto adversario.»

«Que venga: el campo de batalla será libre, no debe temer ningun ultraje: alguno de mis guerreros combatirá con el, y yo te juro que será con armas iguales." Dice: y el heraldo vuela á llevar la respuesta al circasiano.»

«Ármate, Señor, le dice: ¿quién te detiene? Los cristianos aceptan tu desafio: los menos fuertes, como los mas denodados, arden por lidiar contigo: he visto mil brazos armados, mil miradas amenazantes, y el general dará una salvaguardia para el campo del combate." Dijo: y al momento pide Argante su armadura.

Se la ciñe impaciente, y arde por volar á la llanura. «No es justo, di e Aladin á Clorinda, que parta solo y que tú quedes aqui: toma mil guerreros, sigue sus pasos, y no lejos del campo vela en su defensa.»

Aladin calla: Clorinda y sus soldados se arman y salen de la ciudad, y Argante les precede montado sobre su alazán, con su armadura acostumbrada. Entre la ciudad y el campo se estiende un terreno cuya superficie igual parece hecha espresamente para ser el teatro de un combate: alli fue á donde llegó el feroz Argante; allí, solo se detiene á la vista del campo.

Su semblante altivo y amenazador muestra cuánto confia en su valor y en su pujanza, cual Encelado en Flegra, ó el gigante Filisteo pareció en el valle, testigo de su derrota. La mayor parte de los cristianos, que no conocen la fuerza de su brazo, le miran sin terror.

Godofredo no ha fijado aun su eleccion: pero todas las miradas se dirigen ácia Tancredo, y entre tantos héroes el voto unánime le designa como el mas intrépido: pronúnciase su nombre, y aprueba Godofredo la aclamacion.

«Parte, le dice á Tancredo; yo te permito combatir, castiga el furor de ese bárbaro.» Tancredo, envanecido con tan honrosa eleccion, deja ver su gozo y su denuedo, pide su caballo y su casco, y seguido de numerosa tropa sale de las trincheras.

Apenas llega al campo de batalla en que le espera el circasiano, cuando se ofrece á sus ojos la altiva Clorinda: su noble aspecto fija sus miradas, su vestido eclipsa la blancura de la nieve que corona los Alpes, habia levantado la visera de su casco, y colocada sobre una pequeña altura, se la veía toda entera.

Tancredo no dirige ya su vista al lugar en que Argante levanta al cielo su sañuda frente: fijos sus ojos en la colina donde está la guerrera,

deja caminar su caballo con lento paso; y ya mas cercano, párase, queda inmovil y parece transformado en una roca. Todo es hielo en su esterior; todo fuego en su pecho: gózase en la vista de su amada, y parece haber olvidado el combate.

Argante que ve que nadie se apresta á combatir con él: «Yo he venido, esclama, á buscar un enemigo: ¿hay alguno que se atreva á adelantarse y lidiar conmigo?" Embelesado, absorto Tancredo, mira á Clorinda y nada responde: Othon entonces aguija á su caballo, y se arroja á la pelea.

Othon habia aspirado tambien al honor de combatir al circasiano; pero habia cedido á Tancredo, y no habia salido al campo sino para acompañarle; sin embargo, cuando vió al héroe distraido en otros objetos y no pensar en el combate, jóven, impaciente, resuelto, se apodera con placer de la ocasion que se le presenta.

Mas rápido que el tigre ó que el leopardo en los bosques, se precipita sobre el sarraceno que le espera inmóvil con la lanza en ristre; pero Tancredo entonces vuelve en sí, y sustrayéndose á los pensamientos que le absorven: «A mí me toca, esclama, el combatir: espera...." Pero ya Othon no le oye.

Se detiene lleno de cólera y de despecho: la

rabia devora su alma, y el rubor inflama su frente: que otro combata primero es para él insoportable oprobio. Entretanto, en medio de la lid el jóven guerrero hiende el casco del sarraceno: éste con su acero atraviesa el escudo de Othon y penetra su coraza.

El cristiano vacila y cae: Argante, mas fuerte, mas vigoroso, apenas se conmueve, y con tono arrogante y de desprecio, se precipita sobre su enemigo abatido: "Ríndete, le dice: basta para tu gloria el poder contar que te has batido conmigo."

"No: replica Othon: un cristiano no deja tan pronto sus armas y su osadía: otro justificará mi caida: yo quiero vengarme ó morir." Con los ojos brotando fuego, tiembla Argante de cólera, y parece poseido de las furias del averno: "Tú desprecias mi cortesanía, le dijo, pues esperimenta mi valor."

Dice; y olvidando las leyes del honor y de la caballería, impele su caballo ácia el cristiano. Othon se aparta, se vuelve, dá al vencedor un golpe en el costado, y retira el acero manchado con su sangre; inútil herida, que no debilita sus fuerzas, y enardece mas su saña.

Argante detiene su caballo, vuelve la rienda, y mas veloz que el rayo torna á precipitarse sobre

su enemigo: á este terrible choque flaquearon las fuerzas de Othon; que pálido, débil y cuasi sin aliento cahe palpitando sobre la tierra.

Cruel en su cólera el circasiano, impele su caballo sobre el cuerpo del vencido: "Perezca todo orgulloso, esclama, como el temerario que yo piso." A esta vista no puede ya contener su furor Tancredo, y quiere reparar su falta con ilustre enmienda.

Se adelanta gritando: "Alma vil, que usas de la bajeza hasta en la victoria, ¿qué honor te prometes de esa infame atrocidad? Sin duda te has avezado á la crueldad y á la vileza en medio de los bandidos de la Arabia: huye de la luz, mónstruo de los bosques, y oculta en ellos tu fiereza."

El infiel, irritado con esta afrenta, se estremece de furor, de rabia, y quiere responder, pero sale de su boca un ruido confuso, semejante al rugido del leon airado, ó al estruendo del rayo cuando rasga el seno de la nübe: así resuenan las palabras dentro de su pecho y arrancan de él con bárbara violencia.

Despues que entrambos exalaron su furia en reciprocas amenazas, con igual rapidez se alejan para tomar carrera. ¡Oh musa! dá fuerzas á mi voz: inspírame todo el furor que anima á los combatientes; haz que mi voz sea digna de can-

tar sus proezas, y haga resonar el estridor de sus armas.

Enristran ambos las nudosas lanzas y se precipitan el uno sobre el otro: el leon hambriento, el águila que cae sobre su presa, el dardo que vuela por los aires son menos veloces. ¡Oh sangriento furor! Sus lanzas se rompen sobre sus cascos, y mil astillas saltan entre mil centellas.

El ruido de un solo golpe hace temblar la tierra y resuena en las montañas; pero ni el choque, ni el golpe hacen doblar la frente á los dos soberbios rivales; sus caballos se tropiezan, caen, y hacen para levantarse inútiles esfuerzos: los guerreros los abandonan, toman sus espadas y combaten á pie.

Cada uno sigue con su mano, con su pie, con su vista los movimientos del contrario: cada cual emplea, ora el ataque, ora la defensa; engaña el arte con el arte, la astucia con la astucia: se vuelve, se adelanta, retrocede, amenaza por un lado para herir en otro; y se descubre en fin para obligar á su contrario á descubrirse.

Tancredo presenta desnudo un costado, Argante vá á herirle, y deja él mismo descubierto el lado opuesto: Tancredo con un solo golpe rechaza su espada, y le hiere: luego se retira y se cubre con su escudo.

El circasiano vé correr su propia sangre, y lleno de cólera, transportado por el dolor, tiembla suspira, levanta de nuevo su voz: su espada quiere herir, pero en este instante recibe su hombro una fuerte herida.

Como en los bosques que coronan el Apenino, precipitase feroz el oso herido en medio de las armas, y arrostra los peligros y la muerte, así el circasiano, indignado al ver su doble herida, respira venganza, no conoce ya el peligro, y olvida hasta su propia defensa.

Argante reune todas sus fuerzas, y dá á su espada un movimiento tan rápido, tan terrible, que la tierra tiembla y el aire centellea. Tancredo no puede ya atacarle: se defiende, apenas respira, y nada puede salvarle del ímpetu de Argante.

Recojido bajo sus armas, espera en vano que la tempestad cese: retrocede, mas siempre el fiero sarraceno le persigue con la misma saña: en fin no menos iracundo Tancredo, se arroja y se precipita sobre su enemigo.

La razon y la destreza ceden á la cólera, y el furor conserva sus fuerzas y las redobla: sus brazos no dan golpe que no hiera: la tierra está cubierta con despojos de sus armas, con su sangre; sus espadas brillan como el relámpago, y hieren como el rayo.

Ambos pueblos, atónitos, inciertos, contemplan un espectáculo tan atroz, tan nuevo: y divididos entre el temor y la esperanza aguardan el fin: sus miradas siguen los movimientos de los guerreros: mas entre tantos espectadores no se vé un gesto, no se oye una palabra, todos estan mudos, inmóviles, aunque reina la agitacion en sus corazones.

Ya los dos guerreros se hallaban fatigados, y tal vez iban á encontrar una muerte prematura combatiendo: pero la noche llega, estiende su velo oscuro, y todos los objetos se pierden en sus sombras, cuando de cada lado se adelanta un heraldo y viene á separar á los campeones. El cristiano es Arideo, y el infiel, Pindoro, prudente anciano que habia traido el cartel de Argante.

Los dos, con la seguridad que les dan el uso antiguo y las leyes, estienden sus cetros pacíficos. "¡Oh guerreros! les dice Pindoro: ambos habeis adquirido una gloria igual, y habeis manifestado igual valor: cesad de combatir: respetad el reposo de las sombras.»

»El sol terminando su carrera, y la noche dando la paz á toda la naturaleza, imponen término á vuestra lucha: los corazones generosos desprecian las hazañas nocturnas, envueltas en el silencio y las tinieblas.»

«Yo quisiera, dijo Argante, no combatir mas

que á la luz del cielo, pero la noche no me hará abandonar el campo, si mi enemigo no me asegura, bajo juramento, su vuelta.»

»Y tú, dijo Tancredo, jura que volverás tambien, y que traerás tu prisionero: con esta sola condicion dilataré el fin de nuestra pelea." Ambos lo juran, y los heraldos, para darles tiempo de reparar sus fuerzas, y curar sus heridas, deciden que la sesta aurora les verá renovar el combate.

Esta terrible lucha deja en el corazon de los cristianos y de los sarracenos una impresion profunda y permanente de sorpresa y de horror: no se habla mas que de la osadía y el valor de los dos guerreros: se les compara, y el vulgo, dividido en opiniones, no concede á nadie el honor de la victoria.

Se espera con zozobra que el suceso nombre al vencedor y decida si el furor sobrepujó al esfuerzo, ó si la audacia cedió al valor; pero nadie toma en el resultado de este combate un interés tan vivo, nadie se agita mas que la bella Herminia, que vé la mitad de su vida sujeta aun á los decretos desconocidos del destino.

Hija de Casan, que reinó en Antioquía, Herminia vió caer su trono bajo los esfuerzos de los cristianos, y ella misma fue premio del vencedor;

pero Tancredo, generoso y sensible, respetó sus desgracias, se compadecio, y en medio de las ruinas de su patria, Herminia fue todavía honrada como reina.

Este héroe consoló á su cautiva, la sirvió, la dió la libertad, sus joyas y sus tesoros; pero su virtud, su belleza, su juventud y su valor inflamaron el corazon de la princesa, y la encadenaron con los lazos mas fuertes que el amor formára.

Libre, lloró su perdida esclavitud, echó de menos á su vencedor adorado y á su prision querida: pero el honor mandaba: obedeció, y vino con su madre á una tierra amiga en busca de un odioso asilo.

Llega á Solima, y es acogida por el tirano de Palestina; mas, pronto cubierta con velo fúnebre, se vé reducida á llorar sobre el sepulcro de su madre. Ni la pérdida de ésta, ni su malhadado destierro pueden arrancar de su corazon el dardo que la hiriera, ni apagar el ardor que la consume.

Ella ama. ¡Desgraciada! arde; pero lejos del objeto de su ternura: el fuego escondido en su pecho se alimenta mas bien con memorias que con esperanzas, y cuanto mas se oculta, mas se enciende. En fin, el sitio de Solima conduce allí á Tancredo, y despierta su esperanza.

Al aspecto de tantas naciones tan fieras, tan indómitas, todos están abatidos, consternados: solo Herminia disipa las sombras que cubren su frente, y con vista animosa recorre el ejército cristiano: en él busca á su amante, y á veces le busca en vano; pero otras veces sus miradas le encuentran, y esclama: ¡aquel es! ¡hele allí!

En el palacio de los reyes, cerca de las murallas se levanta una torre antigua, desde cuyas almenas se descubre el campo de los cristianos, y se domina el llano y las alturas: sentada allí desde que el sol nace hasta que la noche le recibe entre sus brazos, contempla Herminia á los cristianos, alimenta su amor y suspira.

Desde allí vió el combate; y su corazon palpitante parece que le decia. ¡He allí el objeto de tu llama; miralo espuesto á la muerte! Sus miradas inquietas seguian todos los pasos, y á cada movimiento de Argante sentia en su corazon el golpe y la herida.

Cuando supo la suspension del combate, y que debia renovarse, un nuevo temor sobrecoge sus sentidos; vierte en secreto abundantes lágrimas; mil suspiros se escapan de su pecho, y pálido, desfigurado su rostro, es la imágen del dolor y del espanto.

Mil imágenes tristes la persiguen, y trastor-

nan durante el dia: mil ensueños, mas terribles que la muerte, la agitan y acongojan por la noche, y mil espectros horribles asustan su imaginacion: cree ver á su amante ensangrentado, herido; cree oirle implorar su socorro, y despierta bañada en lágrimas.

No es solo el temor de nuevas heridas lo que la agita y atormenta; teme las que ha recibido el héroe; y nada puede calmar su inquietud; mil rumores falsos circulan en su rededor, y redoblan sus penas, y ya se imagina ver á Tancredo rendido, lánguido y moribundo.

Su madre la enseñó á conocer las virtudes de las plantas; á adormecer, segun las costumbres del Oriente, el dolor por medio de los encantos, y á curar las llagas mas rebeldes; ¿qué no daria si con su propia mano pudiera sanar las heridas del héroe que adora?

¡Ah! Quisiera curar á su amante; y es el enemigo de aquel á quien se vé obligada á servir! Algunas veces se vé tentada á derramar sobre las llagas de Argante zumos mortales y funestos venenos; sus manos inocentes y puras reusan el crímen; pero querria al menos que las plantas y los encantos perdiesen su fuerza y su virtud.

No temeria Herminia dirigirse al campo de los cristianos: sus ojos estaban ya acostumbrados á

la vista de los combates y de los horrores de la guerra, y la costumbre de los peligros, las fatigas y las penas habian aguerrido su alma: ya no era una jóven tímida que huye de la sombra y tiembla á la idea del menor peligro.

El amor sobre todo, el amor sofoca los temores en su pecho, y por seguir el impulso que la arrastra, iria con paso firme á arrostrar entre los bosques del Africa los monstruos y los venenos: no siente arriesgar la vida; pero teme aventurar su fama: y el amor, el honor; dos rivales poderosos, se disputan su corazon y le despedazan.

"Vírgen tierna, la dice el honor: tú que hasta hoy has vivido sometida á mis leyes, y que á su sombra has conservado la virtud en medio de los hierros enemigos: ahora que estas libre, ¿te espondrias á perder este tesoro que han respetado tus desgracias? ¿quién puede encender en un corazon tan tierno ese fuego que te abrasa? ¿cuáles son tus pensamientos, ¡ah! y cual tu esperanza?"

»¿La pública opinion, ese tributo de gloria que se paga al pudor, á la prudencia, ¿nada será para tí? Amante nocturna ¿irás en medio de los enemigos á mendigar el desprecio y la deshonra? tú altivo vencedor podrá decirte: con el trono has perdido tus sentimientos, y eres indigna hasta de mis miradas: entonces, vil objeto de sus despre-

cios, quedarás espuesta á los ultrajes del vulgo."

Pero el amor con pérfidos consejos la atrae y la seduce. "Ni un mónstruo te ha engendrado entre los bosques, ni has nacido en el seno de los hielos ni de las rocas: jóven y sensible, no debes oponerte al dulce fuego del amor; y para huir á cada instante del objeto que te encanta, para sonrojarte de amar, la naturaleza no te dió un corazon de bronce.

»Vé; corre á donde te arrastan tus deseos. ¿Temes acaso á un vencedor cruel? ¿No le has visto participar de tus dolores, responder á tus quejas, y enternecerse á tus lágrimas? ¿Podrás llamarle cruel? No; tú sola mereces este nombre: tú que tardas en socorrer á tu amante herido: ¡bárbara! ¡ingrata! El generoso Tancredo padece, y tú solo te ocupas en socorrer á su enemigo.

»Sí; vuelve la vida al feroz Argante para que vaya á llevar la muerte al seno de tu libertador. ¿Será este el tributo de tu reconocimiento? ¿Será este el digno premio de los servicios que te ha hecho? ¿Puedes aun prestar tus manos á ese ministerio impío, y el horror de llenarle no te dá álas para huir de esta triste morada?"

«¡Qué placer para tu corazon sensible; qué dicha para tu amor, si tu mano compasiva reanimase la antorcha de sus dias, pronta á apagarse;

si vuelto por tí á la vida, recobrase Tancredo su antigua beldad! Las rosas de sus megillas renacerian para tí, y adorando sus encantos, adorarias tu obra."

»Su gloria sería la tuya: tú participarias de sus hazañas, y dichosa en sus brazos, gozarias con él los castos placeres de himeneo: en tí se fijarian todas las miradas, brillarias entre las damas latinas en esa hermosa Italia, donde reina el verdadero valor y triunfa el culto verdadero."

Engañada por estas ilusiones, la insensata se forja la felicidad suprema; pero mil dudas la conturban y detienen. ¿Cómo saldrá de Solima? ¿como engañará á los guardas que velan al rededor de palacio y de los muros? ¿cómo penetrará por las puertas que el temor del peligro tiene siempre cerradas?

Herminia era compañera constante de Clorinda: la aurora la vé con ella, la vé el sol en su ocaso: y cuando la noche oscura envuelve al universo con su manto, suele albergarlas un mismo lecho: todos sus secretos son conocidos de Clorinda; pero la oculta su amor.

Este es el único arcano que no se atreve á revelar: si Clorinda sorprende alguna vez sus suspiros, finge otra causa de su dolor, y que suspira solo por sus desgracias: tal es la amis-

tad que las une, que Clorinda siempre es accesible para Herminia, y presente ó lejana jamas le fue negado su asilo.

En ausencia de la guerrera entra un dia Herminia sola en su aposento: se detiene y discurre los medios de ejecutar su fuga, y de ocultarla; y mientras incierta, indecisa, fluctúa entre mil deseos, descubre la armadura de Clorinda, la vé y suspira.

"¡Dichosa guerrera! esclama: ¡Ah! ¡que no pueda yo imitarte! No envidio tus hazañas, no el vano esplendor de tu belleza.... Un ancho y embarazoso ropage no encadena tus pasos: un celoso retiro no cautiva tu valor.... ciñes tu armadura, y cuando quieres te alejas sin que el temor ó el recato puedan detenerte."

«¡Ah! ¿Por qué la naturaleza y el cielo me negaron su vigor y su audacia? Yo hubiera podido trocar como ella por el casco y la coraza este velo y estas galas importunas: los hielos del invierno, los calores del verano, las tormentas, las tempestades, nada hubiera podido detenerme, y sola ó acompañada correria la llanura á la luz del sol, ó al resplandor de las estrellas."

»¡Implacable Argante! tú no hubieras sido el primero en combatir con mi enemigo: yo me hubiera adelantado á tus pasos, y tal vez hoy fuera

mi cautivo. Bajo las leyes del amor arrastraria cadenas muy ligeras; la suya suavizaría la mia, y disminuiria el peso de mi esclavitud."

» O si su mano me hubiera herido; si su hierro hubiese penetrado en mis entrañas, al menos este golpe hubiera curado los males de mi amor: mi alma al fin conoceria la paz, y yo descansaria en el seno de la muerte. Tal vez mi vencedor hubiera derramado algunas lágrimas, y hubiera dado algun asilo á mis cenizas."

» ¡ Pero á donde van á parar mis deseos ! Yo me pierdo en vanos delirios, y temerosa, acongojada, cual vulgo vil de mi sexo quedaré siempre cautiva en estos muros. No, corazon, tranquilízate y conoce una vez la osadía. ¿Por qué no tomaré yo las armas? Por débiles que sean mis brazos, ¿no podrán sostener su peso á lo menos un instante?

» Sí podran: el amor les dará fuerza, él la inspira aun en las almas mas débiles, desde que siente su fuego, y el ciervo antes temeroso se arma de valor y corre al combate. Ni yo me armo para la pelea: solo quiero producir un saludable engaño: quiero ser Clorinda por un instante, y disfrazada con sus armas estoy segura de salir de este recinto.

» Las guardias que velan en las puertas jamas

osarian detenerla.... no.... yo no podria encontrar otro estratagema, y este solo camino queda abierto á mis deseos. ¡Amor, tú que me inspiras, favorece mi inocente artificio: fortuna, protege mi empresa! Partamos. Clorinda está aun con el rey: la ocasion no puede ser mas favorable."

Ya no resiste á las sugestiones del amor; apodérase resuelta de la armadura de Clorinda, y la lleva á su aposento: la casualidad separó á todos los testigos: y la noche, propicia á los amantes, cubrió este robo con sus sombras.

Ya el cielo mas oscuro se coronaba de estrellas, y la impaciente Herminia llama en secreto á su fiel escudero y á la mas querida de sus doncellas; descúbreles una parte de sus proyectos, atribuyendo á su fuga una causa imaginaria.

El diligente escudero le apresta todo para la marcha, y entretanto la princesa se despoja de sus ricas galas, y sin ellas parece mas bella: cada adorno que se quita descubre un nuevo hechizo: y á solas con la esclava que ha de acompañarla, se ciñe la robada armadura.

El duro acero oprime su hermoso cuello y su rubia cabellera; su tierna mano embraza el escudo, y tiembla bajo su enorme peso: pronto se halla toda cubierta de hierro, y se esfuerza á mostrar el aspecto de un guerrero. El amor la vé y

se sonrie, como en otro tiempo cuando Alcides disfrazado de muger manejaba el huso y la rueca.

Gime Herminia bajo el duro peso que la agovia, y arrastra con trabajo sus pasos lentos y tardíos: inclínase su cuerpo, y se apoya sobre la fiel compañera que la sigue, en tanto que el amor sostiene su denuedo y dá fuerzas á sus miembros abatidos. En fin, llegan al sitio donde el fiel escudero las espera, y toman los caballos, ya dispuestos por su celo.

Marchan los tres disfrazados por las calles mas secretas y menos frecuentadas, pero todos fijan en ellos la vista: sus armas brillan aun entre las sombras, y atraen todas las miradas, mas nadie se atreve á detener sus pasos: todo cede, ó todo se aleja á su aspecto, y aquella armadura conocida, aquella enseña infunden temor y respeto.

Aünque menos inquieta Herminia, tiembla aun de ser conocida: se sorprende de su mismo arrojo: llega á la puerta, y la guarda á su vista se turba y se engaña: "Abre le dice, soy Clorinda: el rey me ha dado sus órdenes y voy á cumplirlas."

Su voz femenil y la armadura de la guerrera completan la ilusion: el guarda obedece: lánzase Herminia fuera de la puerta, y su séquito la acom-

paña, y para mejor ocultar su fuga se internan en el valle y marchan por oblícuas sendas.

Llegada en fin á un sitio solitario rodeado de colinas, contiene el paso; los primeros peligros ya pasaron, y no teme ser detenida: pero se apoderan de su alma nuevos temores; y al entrar en el campo cristiano vé obstáculos que el amor hasta entonces la habia escondido.

Aquella armadura tan favorable á sus primeros pasos, la será funesta en medio de los enemigos: no quisiera descubrirse mas que á su vencedor, y desconocida á los demas, quisiera penetrar hasta su tienda sin esponer su honor: detiénese, y ya mas cauta, llama á su escudero.

"Es preciso, le dice, que te adelantes y me anuncies; sé prudente, sé discreto, vé al campo y hazte conducir á la tienda de Tancredo. Dirás á ese guerrero que una muger viene á volverle la vida, y que por recompensa de este servicio solo le pide la paz: sí, la paz, aunque amor me haya declarado la guerra.

»Le dirás que confiada en su generosidad, se entrega sin reserva á su fé, y no teme desdenes ni desprecios: no le digas mas: y si te insta, contéstale que nada sabes: vé, corre y vuelve prontamente, y entre tanto yo te esperaré en este sitio, cuyo retiro nada me ofrece que temer." Dijo, y

el escudero vuela con la rapidez del águila que hiende el aire.

Penetra en el campo, y procurándose una acogida favorable, le introducen hasta el héroe, que acostado en su tienda le recibe y le escucha con grato semblante: "Puede entrar cuando quiera, le responde; segura de que guardaré como caballero el secreto que me pide." El escudero parte y vá á llevar á la princesa tan halagüeña respuesta.

Ya la impaciente Herminia habia contado todos sus pasos: ahora llega al campo, se decia.... ahora habla á Tancredo... ahora vuelve... ¡Mas yo no le descubro todavía!.. Ya acusa su pereza: llora, se aflige; en fin, lanza su caballo sobre una pequeña altura, desde donde su vista descubre las tiendas de los cristianos.

La noche reinaba todavía, y ninguna nube oscurecia su frente coronada de estrellas: la luna que asomaba, esparcia sus pálidos albores, y la amorosa beldad, sola, absorta y afligida, comunica al cielo el objeto de su llama, y el silencio y los campos son los únicos confidentes de sus penas.

Dirige sus miradas ácia las tiendas de los cristianos. "¡Oh campos de los latinos, esclama, objeto caro á mi vista! ¡El aura que respiro al acercarme, fortifica y reanima mis sentidos! ¡Ah! si

el Cielo llega á conceder un asilo á mi vida errante, yo no le encontraré mas que en tu recinto: sí; solo en medio de las armas gozaré yo de la tranquilidad y del reposo.

»¡Oh campo de los cristianos! Recibe á la triste Herminia: encuentre en tu seno la piedad que amor le promete, la piedad que en otro tiempo, cautiva, halló en el alma de su generoso vencedor: yo no os pido mis estados, yo no os pido el cetro de que me despojó vuestro valor y mi destino. ¡Oh cristianos! Yo me tendria por dichosa con la gloria de serviros."

Así hablaba Herminia, sin prever los males que le preparaba la fortua. Los rayos, aunque débiles, de la luna, reflejando en su armadura, la hacen visible á muchos cristianos; y al brillo de sus armas á la vista de la hermosa blancura que la circunda, y de aquel tigre de plata que arroja llamas, todos dirian: es Clorinda.

No lejos de aquel sitio habia un puesto avanzado, á cuyo frente se hallaban los hermanos, Alcandro y Poliferno, encargados de impedir que entren provisiones en Solima: pero el escudero de Herminia engañó su vigilancia con largos rodeos y con rápida carrera.

El jóven Poliferno, que vió espirar á su padre bajo los golpes de Clorinda, á la vista de aquella

armadura blanca, de aquel tigre odioso, cree reconocer á la Guerrera: al instante escita á sus soldados, y trasportado de furor y rabia: eres muerta, grita, y la arroja un dardo inutil.

Cual la sedienta cervatilla corre en busca del agua pura y cristalina que destila la roca y blandamente serpentea entre céspedes floridos si los perros la sorprenden cuando cree descansar segura, se precipita en las ondas ó al traves del bosque, olvidando su sed y su fatiga,

Así Herminia, ardiendo siempre en el fuego que la devora, creia apagarle en los castos brazos de su amante: cree hallar en ellos el reposo; mas al verse acometida, al ruido del hierro que se agita, olvida sus deseos y sus penas, y aterrada aguija su caballo.

Huye la mísera princesa sobre el bruto: mas veloz que el relámpago devora la tierra: y su compañera desaparece con ella: Poliferno las persigue, y entretanto vuelve el escudero, trae su tardía respuesta, las busca, las sigue en su incierta huida, pero el terror los descarría y los dispersa.

Alcandro vió tambien á la fingida Clorinda; pero mas prudente que su hermano, ó mas distante de ella, no intentó seguirla, ni desamparó su puesto. Envia á informar á Godofredo de que no ha visto conducir á Solima ni víveres ni ga-

nados; pero que delante de su hermano huye Clorinda amedrentada.

Que sin duda una guerrera tan temible, tan ilustre, no ha salido durante la noche sino para ejecutar alguna importante empresa; y que á Buillon toca el decidir y el mandar lo que convenga. Esta noticia se esparce por el campo, y pronto resuena en todas las tiendas.

Tancredo, lleno de una idea que lisonjea su amor, no duda de su dicha. "¡ Ah! Es ella misma, esclama: ella es, que venía á mitigar mis penas: por mí espone su vida y su reposo." Halagado con esta idea, todo lo olvida: toma una parte de sus armas: monta á caballo; sale del campo con el mayor sigilo, y siguiendo las huellas recientes se aleja á toda brida.



Canto Séptimo.

Entre tanto Herminia, arrebatada por su caballo, se encuentra en lo mas espeso de un antiguo bosque: sin sentido y casi sin vida, deja caer las bridas, y el caballo la lleva á su antojo por mil sendas y rodeos: al fin, los cristianos la pierden de vista, y en vano piensan alcanzarla.

Llenos de cólera, de vergüenza, cansados y sin aliento, vuelven á sus puestos, cual, despues de una caza dilatada y penosa, los perros que han perdido en el bosque el rastro de la fiera que seguian, vuelven sin aliento, tristes y desanimados: la princesa continúa su fuga, y temerosa, perdida, ni se atreve á mirar si la persiguen todavía.

Errante toda la noche, no tiene durante el dia quien la aconseje ni la guie: no vé mas que sus lágrimas, no oye mas que sus gemidos: cuando el sol, terminada su carrera, se sumergia en el Océano, llega á las orillas del Jordan, desmonta y recuéstase sobre la arena.

Ni desea otro alimento mas que sus males, ni apagan su sed sino las lágrimas; pero el sueño, este dulce consolador de los mortales, que les procura el descanso y el olvido de sus penas, adormece al fin sus sentidos y sus dolores, y la cubre con sus alas bienhechoras: sin embargo, el amor, el amor, bajo mil formas diferentes turba la paz de su corazon.

El variado gorgeo de los pintados pajarillos que saludan la venida de la aurora: el blando susurro del rio, y el céfiro que juguetea con las ondas y suspira en la enramada, la despiertan á los primeros rayos del dia: abre sus lánguidos y tristes ojos, y dirige sus miradas ácia el solitario albergue de los pastores, y cree oir una voz que la provoca á nuevos dolores y nuevas lágrimas.

Llora Herminia; mas de repente se ven interrumpidos sus sollozos por mil cantos, que se mezclan con los acentos de las flautas pastoriles; levántase y dirije sus lentos pasos ácia el parage de donde parte aquel sonido, y descubre un anciano sentado al pie de un árbol tejiendo un canastillo de mimbres: su ganado pace á su lado, y su oido atento escucha el canto de tres zagalas que le rodean.

A la vista repentina de aquellas armas desconocidas tiemblan los pastores; mas Herminia

los saluda, los tranquiliza y descubre sus hermosos ojos y su rubia cabellera. "Dichosos pastores les dice, continuad vuestros juegos y vuestras tareas: estas armas no estan destinadas para turbar la inocencia de vuestro trabajo, ni la dulzura de vuestros cantares.»

»¡O anciano! añade; ¿cómo en el seno del vasto incendio que devora estos contornos vives en paz en este asilo, sin temor de la guerra, ni de sus furores?" El pastor la responde: "¡O hijo mio! mi familia y mis rebaños han estado hasta ahora al abrigo de las injurias y de los ultrajes, y el ruido de los combates no ha alterado la paz de nuestro asilo.»

»Tal vez el cielo propicio vela sobre el humilde inocente, y le protege: tal vez, semejante al rayo, que perdona al valle, é hiere la cima de los montes, el furor de esos estrangeros no quebranta mas que la cabeza altiva de los reyes, y nuestra pobreza vil y despreciada no tienta la ambicion de sus soldados.»

»¡Pobreza vil y despreciada, pero cara á mi corazon! No ambiciono cetros ni tesoros; los afanes de la codicia nunca penetraron en mi alma: si tengo sed, una fuente pura la apaga sin que tema que una mano pérfida la envenene; y mis ovejas y mi jardin cubren mi frugal mesa con

manjares que no me cuestan mas que el trabajo de prepararlos ó de cogerlos.»

»Nuestras necesidades son muy cortas; nuestros deseos limitados; mis hijos guardan mis rebaños, y nada debo á manos mercenarias ó estrangeras: los corderos que brincan en el prado, los peces que saltan y se mecen en las aguas, las aves que despliegan al sol el brillo de sus hermosas plumas, y hacen resonar el aire con mil cantos y gorgeos: he aquí todos mis espectáculos, todos mis placeres.»

»Fué un tiempo en que seducido por las ilusiones de la juventud, conocí otros placeres, desdeñé el cayado de los pastores, y me alejé del campo que me vió nacer: viví en Memphis; allí fuí admitido en el palacio de los reyes, y aunque simple director de los jardines, conocí la corte y sus injusticias.»

»Juguete por largo tiempo de engañosa esperanza, sufria los desprecios y los disgustos; mas al fin mis bellos dias pasaron, y mi ambicion y mi esperanza se desvanecieron; entonces suspiré por el atractivo de esta vida sencilla y retirada; suspiré por mi antigua oscuridad, y dije al fin: á Dios grandezas, á Dios palacios, y vuelto á nuestros bosques, encontré en ellos la paz y la dicha que habia perdido."

Mientras hablaba el anciano, Herminia, atenta, inmóvil, recogia todas las palabras de un discurso cuya dulzura la encantaba: la sabiduría del viejo penetra en su corazon, y calma la agitacion de su alma; y despues de largas reflexiones determina quedarse en aquella soledad, al menos hasta que la fortuna favorezca su vuelta.

"¡O mortal dichoso, por haber conocido la desgracia! Si el cielo no te envidia la dulce tranquilidad en que vives, ten compasion de mis penas: yo quiero vivir contigo: tal vez en este retiro mi corazon podrá descargarse del mortal peso que le oprime.

»Si como el vulgo, ambicionases el oro y las joyas, que son su ídolo, aun llevo conmigo bastantes para llenar tus deseos" A estas palabras vierten sus ojos un torrente de lágrimas: cuenta una parte de sus desgracias, y el pastor enternecido mezcla con ella su llanto.

La consuela y la acoje con la ternura de un padre; la conduce á su cabaña al lado de su anciana esposa, cuyo corazon formó el cielo como el suyo: la hija de los reyes se viste con un rústico traje; un velo grosero cubre su hermoso cabello, pero sus miradas, su aire, todo dice que no nació en aquella morada.

Aquel humilde vestido no eclipsa el esplendor

de su nobleza; la magestad brilla aun sobre su frente en medio de las labores mas humildes, y armada con el cayado conduce los rebaños; y sus manos delicadas ordeñan sus henchidas ubres, y preparan el rústico alimento.

Muchas veces, cuando sus tímidas ovejas recostadas á la sombra, evitan los calores del sol, graba amorosas cifras sobre la corteza de los laureles y de las hayas; en ellas tambien traza la historia infausta de sus amores, y leyendo despues los rasgos que su mano formaba, se inundan en lágrimas sus megillas.

"Árboles confidentes de mi llanto, esclama, conservad la historia de mis penas: si algun dia viene á descansar á vuestra sombra un amante feliz, su compasion se escitará á la vista de mis tristes aventuras, y dirá sin duda: ¡Ah! el amor y la fortuna pagaron injustamente tanta fidelidad, tanta constancia.»

» Quizás, si el cielo se digna escuchar los ruegos de los mortales, quizá el insensible Tancredo pasará un dia por este bosque, fijará la vista en la tumba que oculte mis yertos y tristes despojos, y tributará á mis desgracias, aunque tarde, algunos suspiros, algunas lágrimas.»

»A lo menos, si he vivido desgraciada, alguna dicha acompañará á mi sombra, y mis cenizas

apagadas gozarán de un placer para mí desconocido." Así hablaba la ilusa amante á los árboles sordos é insensibles: dos fuentes de lágrimas corrian de sus bellos ojos, mientras que Tancredo, vagando á merced del destino, vá á buscarla lejos de los parages que la ocultan.

Las pisadas que seguia condujeron su carrera ácia aquel bosque, pero mil sombras espesas esparcen sobre él nubes de terror y de tinieblas; ya no puede distinguir los pasos y se abandona á la incertidumbre de la suerte; mas conserva el oido atento por si percibe ruido de armas ó de caballos.

Si el viento susurra al traves de las ojas, si alguna ave ó alguna fiera agita las ramas, cree oir á su amada, precipita su carrera y suspira despues de buscarla en vano: sale al fin del bosque, y un rumor sordo, lejano, hiere su atento oido: le sigue, y la claridad de la luna le conduce por caminos desconocidos al parage de donde aquel parecia salir.

Llega, y vé desde el centro de una roca desprenderse una fuente cristalina y pura, que se precipita y corre con dulce murmullo sobre un lecho de florido césped. Poseido de dolor, se detiene, suspira, y solo el eco responde á sus quejidos: al fin la aurora se levanta, y el sol, aun-

que mas tardío, con sus rayos de oro y púrpura embellece la naturaleza.

El desgraciado Tancredo suspira, acusa al cielo de negar á sus deseos, á sus votos la dicha con que ya se lisonjeaba, y jura vengar á su amada, si acaso fuese ofendida; mas recuerda que está cerca el dia en que debe renovar su combate con el circasiano: quiere volver, pero ignora qué camino podrá guiarle al campo.

Parte, y mientras incierto sigue mil sendas dudosas, un ruido repentino hiere sus oidos, y crece á cada instante: en fin, de lo hondo de un estrecho valle vé salir á un hombre á caballo vestido de correo: cuya mano agita un flexible látigo, y una trompa de caza pende de su costado. "¿Qué camino, le pregunta Tancredo, conduce al campo de los cristianos?"

"A él me dirijo, le responde el desconocido: las órdenes de Boemundo me obligan á volver allá al instante." Engañado por su lenguaje, le cree un emisario de su tio: le sigue, y llegan á la márgen de un lago sombrío y cenagoso, que rodea una fortaleza. El sol en aquel momento iba á sumergirse en el Océano, y la noche empezaba á estender su manto.

El correo hace resonar su trompa, y al momento desciende un puente levadizo:" Pues que eres

cristiano, dice á Tancredo, podrás esperar en estos lugares la vuelta de la aurora: no hace tres dias que el conde de Consenza ha conquistado esta fortaleza á los musulmanes." El guerrero contempla aquellos muros que la naturaleza y el arte han hecho inespugnables.

Sospecha alguna secreta celada: pero acostumbrado á despreciar los peligros y la muerte, no manifiesta sus temores, y su frente siempre serena y tranquila no dá indicio de inquietud. A donde quiera que el hazar le guie ó su eleccion, no reconoce mas salvaguardia que su valor; sin embargo, obligado á combatir con Argante, no quisiera intentar una nueva empresa.

Se detiene un momento sobre el borde á donde se inclina el puente, y no sigue al guia infiel, que le insta, y le llama: entre tanto sobre este puente aparece un guerrero armado; su aspecto respira la audacia y la fiereza: una cadena está en su mano, y la injuria y la amenaza brotan de su labio.

"¡O tú, le dice, á quien la suerte ó el deseo conduce á la morada fatal de Armida! en vano piensas escaparte. Despójate de tus armas; presenta á estos hierros tus manos cautivas; entra en mis murallas, y ven á sujetarte en ellas á su yugo y á sus leyes; no esperes ver jamas la luz del dia,

si no juras ir con sus demas guerreros á desafiar á todo el que lleve el nombre de cristiano."

A estas palabras Tancredo fija sobre él su vista: le reconoce en sus armas, en su lenguaje: era el gascon Rambaldo, el que partió con Armida; el que abjurando por ella su culto, se constituyó defensor de una creencia que habia jurado destruir.

Una santa indignacion se muestra sobre la frente del héroe piadoso: "Vil apóstata, le responde: yo soy aquel Tancredo que ciñó la espada por la ley de Jesucristo: yo he combatido siempre bajo sus banderas: he vencido en su nombre á los mortales rebelados contra él, y aun los venceré: este brazo, instrumento de la cólera del cielo, ha sido escogido para confundirte, y para vengarle."

A este nombre augusto el impio se turba y palidece, pero ocultando todavia su sorpresa: "¡Desgraciado! le replica: tu vienes á buscar la muerte: aquí verás espirar tu fuerza y tu valor: y si mi brazo no me engaña, hoy mismo cortaré tu cabeza altiva, y la enviaré ensangrentada al general de los cristianos."

Así habló el infiel. La noche ya habia oscurecido el cielo: pero de repente el aire es todo fuego: y el fuerte aparece iluminado con mil

antorchas. Armida está sentada en lo mas alto, é invisible lo vé todo, y todo lo escucha.

Entre tanto el héroe prepara para el combate sus armas y su audacia: á la vista de su enemigo, que se adelanta á pie, abandona su caballo rendido de cansancio. Rambaldo, cubierto con su escudo, ceñido con su casco, y blandiendo la espada, está pronto á combatir, y el príncipe corre ácia él con ademan terrible y amenazador.

El impío, guarecido con sus armas, dá mil vueltas y rodeos, y trata de sorprender y herir á su contrario: Tancredo, cansado, débil, reánima todo su esfuerzo, cae sobre el apóstata, le acosa, le oprime, y le hace ver á un tiempo el trueno y el rayo.

Enfurecido, dirige todos sus golpes al corazon, pero el ágil gascon huye, vuelve, y se desvia del hierro que le persigue, y ya con su escudo, ya con su espada, procura burlar el furor de su enemigo.

Pero ménos pronto á defenderse, que Tancredo á herirle, su escudo está hecho pedazos, su casco roto, y su coraza nadando en sangre: su espada no ha podido aun alcanzar al héroe: sufre ya la pena de su remordimiento y sus temores, y su corazon se halla destrozado por el amor, la vergüenza y la venganza.

Desesperado al fin, quiere intentar el último

partido; arroja los restos de su escudo, y con ambas manos coge su espada aun no manchada en sangre; cae sobre Tancredo, y le dá un fiero golpe en el muslo izquierdo.

Luego la levanta, y le dá otro sobre la frente: el cráneo resuena, el casco no queda quebrantado; pero el héroe flaquea y vacila. Arde en ira Tancredo, y con ojos encarnizados parece querer devorar á su enemigo.

El pérfido no puede soportar su terrible aspecto, y cree ya sentir el hierro que penetra en sus entrañas: retrocede, y el golpe se descarga sobre una columna que se levanta á la otra estremidad del puente: mil centellas vuelan por el aire, y el corazon del apóstata queda sobrecogido de espanto.

Huye éste; pero Tancredo le sigue: ya casi le alcanza, y su carrera precipita la de su enemigo; pero de repente todas las antorchas desaparecen, un lugubre velo se estiende sobre la tierra, y en el cielo, al parecer desierto, ningun astro resplandece.

En medio de aquellas sombras, de aquella noche en antada, el vencedor no sigue ya, no vé á su enemigo; se adelanta á la aventura con paso trémulo y mal seguro, pisa el umbral de una puerta que de repente rueda y se cierra detras de él; cautivo, encerrado en un negro calabozo, no encuentra mas que el horror y las tinieblas.

En vano conmueve el héroe la puerta con sus brazos vigorosos; sus fuerzas se consumen en esfuerzos inútiles, y entre tanto una voz le grita: "Prisionero de Armida, en vano intentas quebrantar sus hierros: no temas la muerte: dentro de este sepulcro vivirás en noche eterna."

El héroe no responde: sofoca en su corazon los suspiros y las penas, y en sí mismo acusa al amor, á la suerte, á su imprudencia, y á los artificios de que es víctima. "Perder la vista del sol, exclama, que ilumina á toda la naturaleza, es ligera privacion para mí.

» Pero, ¡ay, yo te pierdo, oh sol de mi vida! yo te pierdo, y jamas tus rayos reanimarán tal vez mis deplorables dias." La memoria de Argante vino tambien á redoblar su amargura: "¡Ah, desgraciado! yo he faltado á mi deber y á mi juramento: ¡oh crímen, oh vergüenza eterna! ¡yo mereceré los desprecios de un sarraceno!

Así alternativamente el amor y el honor le atormentan y despedazan: y entre tanto, el fiero Argante se irrita de verse cautivo en su lecho de blanda pluma: su corazon, enemigo de la paz, se halla sediento de sangre y codicioso de gloria; sus heridas derraman sangre todavía: pero suspira impaciente por la aurora que debe abrir la puerta al dia del combate.

La noche que la precedió, el bárbaro apenas cerró un momento sus párpados. El cielo aun no brillaba, y ningun rayo de luz habia dorado aun la cumbre de las montañas; mas él se levanta. "Tráeme mis armas", dice á su escudero, que las tiene prevenidas; mas no son sus armas acostumbradas, son un presente magnífico de Aladino.

Las mira apenas y se las pone: su enorme peso no fatiga sus espaldas, y á su lado pende su espada formidable: tal como en los aires inflamados brilla el siniestro cometa, cuya horrible y ensangrentada cola destruye sus estados, trae el hambre y las desgracias, y con espantosos presagios asusta hasta á los monarcas en sus tronos.

Tal parecia Argante bajo sus armas relucientes: torvas miradas se revolvian en sus órbitas llenas de furor: el horror de la muerte respira en todos sus movimientos, y la muerte misma está pintada en su semblante: no hay alma, por fuerte, por esforzada que sea, á quien no aterre una sola de sus miradas. Toma en su mano su espada desnuda, y con acentos de amenaza la esgrime, la vibra, é hiere los aires y las sombras.

"Pronto, dice, el pérfido cristiano, el atrevido, que intenta medir su brazo con mi brazo, caerá bajo mis golpes, y ensangrentado, rodará so-

bre el polvo: sus ojos verán como mi mano, á despecho de su Dios, le arranca sus armas: su boca moribunda me pedirá en vano la vida, que no haga servir su cuerpo de pasto á las bestias y á las aves carniceras.

Cual toro enfurecido, que poseido de amor celoso, brama; y con sus bramidos despierta su valor y su venganza, aguza contra los troncos la punta de su asta, lucha contra los vientos, con sus pies hiere la tierra, y de lejos desafia á su rival á un combate sangriento;

Tal, y aun mas furioso Argante, llama al heraldo. "Vé, le dice, al campo de los cristianos, y anúncia al vengador de Cristo el combate y la muerte." Él mismo monta á caballo precedido de su prisionero: sale de Solima, y con paso precipitado atraviesa las colinas.

Entre tanto la trompa del heraldo suena, y sus sonidos esparcen á lo lejos el terror y el espanto, cual el ruido del trueno resuena en el corazon de los mortales. Ya los príncipes cristianos se hallaban reunidos en la tienda de su general, y el heraldo anuncia el desafio; nombra á Tancredo, pero no escluye á nadie.

Godofredo, trastornado, incierto, dirige á su rededor una mirada prolongada y lenta: ni sus ojos, ni su pensamiento descubren en dónde fijar

su eleccion. La flor de los guerreros habia desaparecido; se ignora la suerte de Tancredo; Boemundo está distante: el invencible héroe que inmoló al fiero descendiente de los reyes de Noruega, vaga desterrado lejos del campo.

Los guerreros mas valientes, mas famosos, víctimas de los artificios de Armida, todos siguieron sus pasos y yacen en el silencio de una profunda noche. Los otros, menos vigorosos, ó menos intrépidos, estan en pie llenos de espanto; y el miedo hace callar al honor dentro de su alma, sin atreverse ninguno á aspirar á una gloria que se presenta con tanto riesgo.

A tal silencio, á tal aspecto, á una señal tan evidente de su debilidad y cobardía, Godofredo se inflama de noble cólera: de repente se levanta. "¡Ah! yo sería demasiado indigno de la vida, esclama, si rehusase el esponerla hoy, si sufriese que un bárbaro despreciase impunemente á todos los cristianos, é insultase nuestras armas.

» Sentados, y lejos del peligro todos los guerreros ociosos, sean testigos de mi combate: dadme mis armas." Sus escuderos obedecen: pero Raimundo, que en su edad madura goza de una prudencia consumada, y cuyo valor no cede al de ningun guerrero, se adelanta.

"¿No se dirá, señor, que esponiendo tu cabe-

za, espones á todo el ejército? Tú no eres un soldado; tú eres nuestro general, y tu pérdida seria una pérdida comun: sobre ti se apoya la fé: sobre tí descansa un santo imperio: por tí debe ser quebrantado el yugo de Satán; ese cetro está en tus manos para dirigir nuestro valor; en las nuestras está el acero, y á nosotros solos toca hacer alarde de osadía."

»Yo mismo, aunque agoviado bajo el peso de los años, yo mismo combatiré el primero; ocúltense otros á los peligros; yo no quiero escusarme con mi vejez. ¡Ah, que no me hallase aun en la flor de mis años! ¡que no tuviera yo vuestra juventud y vuestras fuerzas! ¡oh, vosotros á quienes el temor retiene en estas trincheras, á quienes la cólera y la vergüenza no pueden al menos animar contra ese bárbaro que os provoca y que os insulta!"

»¡Que no me hallára yo aun tal como era cuando á los ojos de toda la Alemania, en la corte de Conrado, herí é inmolé al feroz Leopoldo! La ruina de aquel solo enemigo fue para mi valor un triunfo mas glorioso que si solo y sin armas alguno de nuestros soldados derrotase á una tropa numerosa de esos viles sarracenos."

»¡Ah! si yo tuviese aun las mismas fuerzas; si mi sangre hirviese como entonces en mis venas, pronto el orgullo de ese infiel quedaria abati-

do: mas aunque viejo, aunque débil, mi corazon no conoce el miedo: yo moriré tal vez en el campo de batalla: pero el bárbaro no cantará impunemente victoria. Partamos: voy á armarme, y este dia será el mas ilustre de mi vida."

Así habló el generoso anciano: su discurso despertó en todos los corazones el valor y la audacia: aquellos guerreros mudos y recelosos, se convierten en campeones intrépidos y arrojados. Todos aceptan el combate; todos solicitan el honor de ser escogidos: Baldovino lo reclama, Rogerio, Güelfo, los dos Guidos, Esteban y Garnier lo solicitan.

Aquel Pirro, cuya dichosa audacia valió á Bohemundo la conquista de Antioquía, Everardo el escocés, el irlandés Rodolfo, y Rosimundo el anglicano, anhelan la preferencia, y no menos la ambicionan Gildippa y Odoardo, amantes tiernos y esposos fieles.

Pero el generoso anciano hizo brillar sobre todos su ardor y su denuedo. Ya estaba armado: el casco solo le faltaba. "¡Oh, viva imágen del valor antiguo! exclama Godofredo. ¡Instrúyanse nuestros guerreros en tu escuela, y aprenderán con tu ejemplo! En tí resplandecen con todo su brillo los talentos, la disciplina y el valor."

»¡Ah! si yo tuviese diez jóvenes guerreros cuyo esfuerzo igualase al tuyo, pronto veria caer el trono del error: pronto desde el ocaso al oriente

enarbolaria el estandarte triunfante de la cruz; pero cede á mis ruegos y reserva tu vida para mas nobles designios: permite que la suerte nombre al guerrero que deba combatir con el infiel, ó mas bien le nombre Dios, que es quien manda á la fortuna y preside á las batallas."

Mas Raimundo, obstinado, quiere que su nombre sea inscripto entre los otros. Se inscriben, y Godofredo los recibe en su casco, los mezcla, los mueve, y el primero que sale es el del conde de Tolosa. A este nombre resuena un grito de gozo por el campo: nadie se atreve á culpar á la suerte que le llama.

El anciano manifiesta en su rostro un nuevo vigor, y la juventud con toda su lozanía renace en su semblante, cual la serpiente, que orgullosa con el oro con que brilla, presenta al sol las riquezas de una piel nueva, y levanta al cielo su altanera cabeza. Buillon sobre todo, aplaude el decreto de la suerte, y anuncia á Raimundo el honor y la victoria.

Desciñe su espada y la presenta al anciano. "He aquí el acero, le dice, que hace tiempo llevaba el rebelde sajon en los combates: yo se le arranqué con su culpable vida: esta espada me ha dado siempre la victoria; tómala, y quiera el cielo no sea menos dichosa en tus manos."

Entre tanto el osado Argante exala su impa-

ciencia con amenazas y con gritos. "¡Oh pueblos indómitos! ¡oh famosos héroes de la Europa, un hombre solo os desafia! ¡que venga ese Tancredo arrogante si confia tanto en su esfuerzo! ¿Quiere esperar aun en su lecho aquellas sombras que protegieron su flaqueza?"

»Si no se atreve á perecer, venga otro á reemplazarle. Caballeros, simples soldados, venid todos juntos, pues que en un ejército tan numeroso no hay un caudillo que se atreva á combatir solo conmigo: ved allí el sepulcro en donde descansó el hijo de María. ¿Por qué no os adelantais? ¿por qué no cumplis vuestros votos? Este camino conduce á Sion: ¿á qué empresa mas heróica reservais vuestras espadas?"

Así ultraja el bárbaro á los cristianos: mas impaciente que todos Raimundo, se inflama á su voz y no puede sufrir sus ultrajes: su valor se convierte en furia, y se enciende con todo el fuego de la cólera, é impetuoso arrójase sobre su Aquilino, así llamado por la velocidad de su carrera.

Nació el corcel en las orillas del Tajo, cuando la primavera, renovando el imperio del amor en las campiñas, aspira la yegua lozana el halito fecundo de los vientos, concibe y es madre.

Sin duda el veloz Aquilino debió su nacimiento al aire mas sutil y mas ligero: ora corra sobre

la arena, ora salte ó se revuelva, no dejan huella sus pisadas. Montado sobre este ligero bridon, el anciano se adelanta y dirige al Cielo sus piadosos ojos.

»¡Oh Dios! exclama. ¡Tú, que en el valle del Terebinto guiaste contra el impío Goliath aquel inesperto brazo: tú, que hiciste caer aquel fiero destructor de Israel bajo la honda de un simple pastorzuelo, renueva, oh mi Dios, este ejemplo; abate al infiel bajo mis golpes, y espire su orgullo á las manos de un débil anciano, como el del Filisteo á las de un tierno jóven!"

Dijo; y su ruego se eleva hasta la morada celeste sobre las alas de la esperanza. El Eterno lo recibe, y de su milicia inmortal escoge un angel que proteja á Raimundo y le arranque vencedor de entre las manos del impío.

El ángel encargado de velar sobre su cuna, y cuyo celo dirigió su infancia en el camino penoso de la vida, será tambien ahora su custodio. Llamado por el Cielo ahora para tan justa defensa, sube á la alta roca en que se depositan las armas de la celeste milicia.

En ella se conserva aquella lanza que hizo perecer á la serpiente: allí el rayo y los dardos invisibles que llevan á las naciones la peste, la guerra, y aun mas horribles estragos: allí está suspen-

dido el tridente terrible; el primer terror de los mortales: aquel tridente que conmueve la tierra hasta en sus cimientos, y destruye enteras las ciudades.

Entre aquellas armas resplandece un escudo de diamante que cubre todos los paises que separan al Atlas del Cáucaso; este es el escudo que defiende á los reyes justos y á los pueblos virtuosos. El ángel le toma, y siempre invisible vuela á colocarse al lado de Raimundo.

Entretanto las murallas de Solima estan cubiertas de una multitud de ansiosos espectadores: el tirano envia á Clorinda con su tropa á colocarse en el declive de la colina: por el otro lado se adelantan los cristianos en orden de batalla: y en medio queda abierta ancha palestra al furor de los combatientes.

Argante mira y no vé á Tancredo: pero un guerrero desconocido se presenta á su vista. "Gracias á tu destino, le dice el conde, el que tu buscas está ausente, pero no triunfes todavía: yo estoy pronto á combatirte, y puedo reemplazarle: yo podré ser el tercero que mida sus fuerzas con las tuyas."

El soberbio Argante se sonrie. "¿Qué hace, pues, Tancredo? le pregunta: ¿Qué objeto le detiene? ¿amenaza al cielo, y despues se esconde poniendo su esperanza en la fuga? Que se oculte en

el centro de la tierra, ó en el abismo de las aguas, no hay asilo que pueda salvarle de mis golpes." "Mientes, replicó Raimundo, al decir que héroe tal huye delante de tí; jamas tu valor igualó al suyo."

El circasiano tembló de cólera: "Ven, esclama: yo te acepto en su lugar: pronto se verá como sostienes la loca temeridad de tus palabras." Los dos avanzan y dirijen uno á otro contra sus cascos sus formidables lanzas: Raimundo alcanza al infiel, pero su golpe no le conmueve.

El feroz Argante vé por la primera vez frustrados sus esfuerzos: hiere en vano: el brazo invisible desvía los golpes del piadoso guerrero que defiende, y el bárbaro muerde sus labios de furor, rompe su lanza, y con la espada se arroja á su enemigo.

Su caballo se precipita con la cabeza inclinada: Raimundo preve el golpe, se aparta, hiere al bárbaro en la frente. El egipcio vuelve: el conde torna á evitarle; sin embargo, le alcanza en el casco: pero éste, mas duro que el diamante, resiste impenetrable.

El cruel circasiano le acosa y quiere asirle: Raimundo teme caer bajo tan fatal peso, cede, y luego vuelve á la carga: se aleja, se acerca, y parece tener alas. Su caballo ligero y dócil, con paso

siempre seguro, obedece la mano que le guia.

Cual general astuto que sitia una torre colocada en el centro de una laguna, ó sobre la cumbre de una montaña, busca todas las avenidas y emplea todas las estratagemas, tal Raimundo retrocede, se adelanta, dá mil circulos y rodeos. La coraza y el casco del Sarraceno resisten á sus esfuerzos; y Raimundo busca otros parages que abran mas libre tránsito á su espada.

Ya la armadura de Argante, penetrada por mil golpes, está toda bañada en sangre: y la de Raimundo toda entera, ni aun ha perdido la cimera: en vano se enciende la rabia del sarraceno; en vano descarga uno y otro golpe; pero siempre infatigable, redobla su furor y vuelve al combate mas terrible.

En fin, despues de mil golpes, dirije uno mortal sobre el conde: y su caballo, aunque tan veloz, no puede salvarle de la muerte; pero el brazo invisible está siempre estendido sobre él, y los esfuerzos del sarraceno espiran sobre el celeste escudo.

La espada se rompe y vuela en mil pedazos: Argante lo vé, y apenas cree á sus ojos: atónito mira su mano desarmada, y se sorprende de hallar tanta resistencia.

Cree haber roto su espada sobre el casco de

Raimundo, y Raimundo lo cree tambien, ignorante del celestial socorro: mas á la vista de un enemigo sin armas, el héroe se detiene, desprecia tan débil victoria, y renuncia á unos laureles que puede coger sin peligro.

Ya iba á decirle al sarraceno toma otra espada; pero de repente piensa que en su mano está el honor de los cristianos, y que su oprobio será el de estos: no quiere una victoria indigna; pero tampoco quiere aventurar la gloria de todos: mientras reflexiona, Argante le arroja el puño de la espada.

Impele su caballo, y quiere cuerpo á cuerpo luchar contra Raimundo: el héroe queda herido en la mejilla, pero sin alterarse se desliza del brazo que intenta asirle; hiere aquella mano que semejante á las garras del buitre iba á apoderarse de su presa.

Raimundo, siempre en contínuo movimiento, evita las embestidas y dá al sarraceno los golpes mas terribles: reune contra él toda su fuerza, toda su astucia, y cuanto pueden sugerirle el despecho y el valor; y el Cielo y la fortuna le favorecen.

Argante, cubierto con su armadura, sostenido por su propio peso, resiste inmóvil, y siempre intrépido, á todos sus ataques: no así de otro modo

en medio de un mar tempestuoso, sin timon, sin árboles y sin velas, el navío lucha contra las olas; sus costados, de robusta encina, desprecian el furor de la tormenta, y libran á los marineros de la desesperacion y de la muerte.

¡Argante, tú hubieras perecido, si Belzebú no te hubiera arrancado á la muerte! En el seno de una nube, Belzebú forma un fantasma de figura humana, le adorna con las armas de la altanera Clorinda, y le dá su voz, su aspecto y su denuedo.

El fantasma se dirige ácia Dradino, famoso y experto flechero. "Dradino, le dice, cuya flecha dócil no yerra nunca el blanco, ¡qué desventura, si aquel héroe, apoyo y antemural de la Palestina, perece en el combate! ¡si su enemigo, cargado con sus despojos, vuelve triunfante y tranquilo á su campo!»

»Muestra tu destreza: baña tus flechas en la sangre del francés: esta hazaña inmortalizará tu gloria, y el reconocimiento de tu señor te asegura una recompensa igual á tu servicio." Dijo: y seducido por sus promesas, Dradino toma de su aljaba una flecha homicida y con ella arma su arco.

La cuerda tiembla, el dardo vuela silbando por los aires, penetra la coraza de Raimundo y se detiene sobre su piel, que apenas toca. El

celeste guerrero paró el golpe é impidió que la herida fuese profunda.

El conde arranca la flecha, y viendo brotar su sangre, con tono airado y amenazador echa en cara al sarraceno la fé violada. Godofredo que tenia siempre los ojos fijos en Raimundo, vé la perfidia, cree que la herida ha sido mortal, suspira, y su corazon se queda helado de espanto.

Con la vista y con la voz excita á sus guerreros á vengarle: de repente las viseras se abaten, enrístranse las lanzas, y los caballos se precipitan: en un instante, cristianos, sarracenos, todos se mueven: la llanura desaparece bajo mil torbellinos de polvo, que se levantan de todas partes, y se elevan hasta el cielo.

El aire resuena con el ruido de los cascos, de los escudos que se chocan, y de las lanzas que se rompen: los caballos y los caballeros caen destrozados y confundidos: todo el suelo está cubierto de muertos ó de moribundos: no se oyen mas que gritos, ayes y lamentos, y el campo nada en sangre: los enemigos se mezclan, se embisten y se degüellan.

Argante, libre ya de su enemigo, se arroja en medio de la pelea; arranca á un guerrero una enorme maza de hierro, rompe á los cristianos, los derriba, los huella, y se abre ancho camino.

No busca mas que á Raimundo; vuelve contra él su maza, su furor, su cólera; y cual leon hambriento, á él solo intenta devorar.

Una tropa de cristianos le rodea, detiene sus pasos y su cólera: Orman, Roger de Bernanville, los dos Guidos, los Gerardos le circundan y le atacan: nada debilita los golpes de Argante, y mas furioso con la resistencia, derriba todo lo que encuentra: así la llama cautiva rompe el obstáculo que la detiene, y mas voraz lleva á lo lejos la destruccion y la ruina.

Orman espira, uno de los Guidos es herido, Roger cae entre los muertos sin aliento; pero la multitud se agolpa; un círculo espeso de hombres y de armas cierra en su centro al sarraceno; él solo sostiene el esfuerzo de todos los cristianos, y él solo mantiene suspensa la victoria.

Entre tanto Buillon llama á su hermano: "marcha, le dice con tu tropa: dirígete ácia la izquierda, en donde la lucha es mas tenaz, y carga al enemigo." Avanza Baldovino: el débil asiático no puede sostener el choque de los cristianos, cede, y se replega: las filas se rompen, los caballos, los caballeros, las banderas, todo cae, todo se trastorna.

La derecha es arrastrada en la derrota, y solo Argante resiste todavía, mientras que á su lado

todos los sarracenos huyen precipitados; él solo se detiene, y presenta á los cristianos su frente amenazadora. Tal y aun menos terrible sería todavía un gigante con cien manos y cien brazos que hiriese con cincuenta espadas, y se cubriese con otros tantos escudos.

Él sostiene el choque de los caballos y de los guerreros: un hombre solo lucha contra un ejército entero, y sus armas estan rotas, su cuerpo destrozado, su sangre corre fuera de sus venas: él solo parece no advertirlo; pero entre tanto los infieles le rodean, le instan, y le arrastran en su fuga.

Cede al fin al torrente; pero con sus miradas y su voz desafia aun al enemigo. El furor respira aun en sus ojos, la amenaza sale aun de su boca; pero en vano se empeña en contener á su tropa fugitiva.

Su valor, sus esfuerzos, no pueden ni detenerla ni reunirla: su temor no conoce ya el freno de la disciplina, ya no escucha ni los ruegos ni las órdenes; entre tanto Buillon, que vé la fortuna propicia á sus designios, sigue el curso de la victoria, y envia nuevos socorros á los vencedores.

Si el cielo no lo hubiera decretado de otra manera, este dia iba á ser para los cristianos un dia de solemne triunfo, y el término de sus trabajos: pero la infernal cohorte, que vé en este com-

bate vacilar su imperio, reune de repente las nubes, y desencadena las tempestades.

Un velo tenebroso oculta á los ojos de los mortales el sol y su claridad, y el cielo se enciende con un fuego mas negro que el mismo del infierno: el trueno resuena por todas partes: el granizo cae, destroza los prados, é inunda la llanura; los árboles quedan rotos, y el terrible huracan conmueve las encinas, las rocas, y los montes.

La lluvia, el viento, el granizo, el rayo hieren de repente y en masa á los cristianos: esta tempestad inesperada produce un fatal terror, debilita sus esfuerzos, y algunos se reunen al rededor de sus banderas: pero Clorinda, que vé su desorden y sobresalto, dá espuelas á su caballo.

" Amigos, esclama: el cielo combate por nosotros y venga nuestros derechos: su cólera nos perdona y no hiere mas que á nuestros enemigos: ya trémulos, ya vencidos, el mismo cielo les arrebata las armas y la luz: marchemos á donde nos llama nuestro destino.»

Así anima á sus guerreros y se precipita sobre los cristianos: y burlando sus esfuerzos imponentes los abate y los confunde. Argante, el mismo Argante, vuelve y lleva á sus vencedores el terror y la muerte: estos abandonanel campo de batalla, y vuelven la espalda á la tempestad y al enemigo.

Fugitivos, perseguidos por el infierno y por los mortales, su sangre corre y se mezcla con los arroyos de que está inundada la llanura: en el tropel oscuro de muertos y de moribundos, Pirro y el esforzado Rodolfo caen sin vida, el uno á manos de Clorinda, y el otro bajo el acero del feroz Argante.

Así huyen los cristianos, y los demonios y los infieles no dejan de perseguirlos. Godofredo solo opone á las armas y á la tempestad su frente inalterable; reprende á los gefes, y colocado á la entrada del campo recibe á sus tropas destrozadas y perdidas.

Dos veces impele él mismo su caballo contra el invencible Argante, y dos veces le detiene: dos veces con la espada en la mano rompe los batallones enemigos; pero al fin se retira con los suyos y abandona la victoria: los sarracenos, ufanos y triunfantes, vuelven á su ciudad, y los cristianos, humillados y vencidos, se encierran en su campo.

Ni aun allí encontraron un asilo contra el furor de la tormenta: aun allí les persigu en la tempestad y las tinieblas: el agua penetra por las tiendas: el uracan las destroza, las derriba, y acordes los gritos, el viento, los truenos y la lluvia en horrible armonía, hacen enmudecer el universo.

Canto Octavo.

Cesado habia ya la tempestad y los truenos, y los vientos suspendian sus espantosos silbidos: la aurora con sus megillas de rosa y pies dorados salía de su palacio celeste: mas los motores de la tormenta no desistian fieros aun de sus negros designios: uno de ellos, el horrible Astarot, dirige este discurso á la discordia su hermana.

"¿Ves aquel guerrero que se escapa al brazo vengador del héroe que sostiene nuestro imperio? Aquel vá á referir á los latinos el triste destino de su atrevido gefe y de sus compañeros, y nosotros no podemos ya detener sus pasos: él les revelará secretos importantes que les obligarán tal vez á llamar al hijo de Bertoldo.»

»Tú sabes cuan funesta nos seria su vuelta, y cuanto nos importa el impedirla, ó por la astucia ó por la fuerza: mézclate entre los cristianos: haz volver contra ellos mismos todo lo que ese correo les diga en su favor: siembra tus furores, derrama tu ponzoña en el corazon del la-

tino, del helvecio, del inglés; excita el tumulto y la venganza, y esparce por todo el campo la confusion y el desorden."

»Esta hazaña es digna de ti: y tu la has prometido á nuestro monarca." Dijo: y el monstruo parte á desempeñar tan siniestro mensage: entre tanto el guerrero llega al campo: "Por favor, les dice, conducidme á vuestro general."

Un tropel ansioso de oirle acompaña sus pasos; se inclina con respeto, y quiere besar aquella temible mano que hace estremecer al Ásia. "Héroe invencible, le dice, cuya fama no conoce otros límites que el Océano y las estrellas; yo quisiera traerte mas faustas nuevas." A estas palabras se detiene y suspira.

»Suenon, continúa: hijo único del rey de Dinamarca, gloria y apoyo de su edad cansada, ardia por alistarse en tus banderas y unirse á los guerreros que por tus consejos ciñeron la espada para vengar á Jesucristo: el temor de los peligros y de las fatigas, la vista del trono que le espera, su ternura ácia un padre agoviado por los años, nada puede estinguir en aquel corazon generoso el celo que le inflama."

»Quiso, bajo el nombre de tan célebre caudillo, aprender el arte duro y penoso de la guerra: su alma se indignaba de su oscuridad: la gloria de

Reinaldo, que aunque jóven, igualaba á los guerreros mas famosos, le llenaba de emulacion y de vergüenza; pero el deseo de una gloria inmortal y celeste abrasaba, mas que todo, su corazon."

»Pónese impaciente á la cabeza de una tropa escogida de guerreros; toma el camino de la Tracia y se dirige ácia Bizancio. Allí el emperador griego le acoge en su palacio; allí recibe de su parte un correo que le anuncia la toma de Antioquía y el oprobio de la Persia, que toda entera parecia haberse armado para recobrarla."

»Le habla de tí, de tus héroes, y de Reinaldo: le cuenta la generosa fuga de este jóven guerrero, y las hazañas que entre vosotros han distinguido su valor."

»Le añade, en fin, que os hallais á las puertas de Solima, pronto á batir sus murallas, y le invita á venir, á lo menos á participar de vuestra última victoria. Este discurso inflama su juvenil valor: una hora le parece un siglo, y arde en deseo de combatir á los sarracenos y teñir las manos en su sangre."

»Parécele que vuestro valor sea una reconvencion de su flaqueza, y devorado por la vergüenza, resiste á los ruegos y se hace sordo á los consejos. El único peligro que teme es el no participar de

tus peligros y de tu gloria: los demas, ó no los oye, ó los desprecia."

»El mismo precipita su suerte, y tal es el ardor que le agita, que apenas aguarda para partir los primeros rayos de la aurora. Prefiere siempre el mas corto camino, sin tratar de evitar los pasos dificiles ni los parages en que habitan nuestros crueles enemigos, y nosotros seguimos ciegamente al gefe que nos guia."

»Aquí el hambre nos aflige; mas allá nos opone la naturaleza barreras invencibles; pero triunfamos de todos los obstáculos, logrando inmolar y dispersar á nuestros enemigos. Tranquilos y ufanos con nuestras victorias, tocábamos ya á los confines de la Palestina."

»Al llegar á ellos nos anuncian nuestros batidores haber oido el ruido de las armas; que han visto ondear banderas desplegadas: y en fin, que todo les anuncia la mediacion de un ejército formidable. El intrépido Suenon, siempre firme en sus designios, no muda ni de color ni de ademan, y con ojos serenos vé la palidez en el rostro de sus guerreros."

»Compañeros, esclama: este dia nos dará ó la palma de la victoria, ó la del martirio: yo espero la primera, y no deseo menos la segunda, que con mas mérito nos promete mayor gloria: algun dia

será este campo un templo consagrado á nuestra memoria; y las generaciones futuras vendrán á reverenciar nuestros sepulcros y á contemplar nuestros trofeos."

»Dice; y coloca las centinelas, distribuye los cargos y las fatigas; manda que aquella noche todos duerman armados, y no abandonen su casco ni su coraza. Al medio de la noche, cuando la tropa reposaba en el silencio, atruenan el aire de repente ahullidos espantosos y hacen conmover la tierra."

»Todos gritan: ¡á las armas! Suenon vuela el primero á la cabeza del campo. La audacia centellea ya en sus ojos, y su semblante es todo de fuego: el enemigo nos ataca; un cordon espeso nos rodea; un bosque de lanzas y de espadas nos envuelven, y una nube de flechas cubre nuestras cabezas."

»En aquel combate desigual cada uno de nosotros tiene que lidiar con veinte enemigos: muchos son heridos, y otros espiran en las tinieblas al furor de golpes desconocidos: pero unos y otros ocúltanse entre las sombras, y la noche no deja distinguir ni nuestras desgracias, ni nuestras proezas."

»Entre tanto, Suenon se hace conocer por todas partes por el vigor de su brazo y la fuerza de sus golpes; arroyos de sangre corren á su alre-

dedor, y los cadáveres amontonados le sirven de muralla: á cualquiera parte que dirige sus pasos lleva el terror en sus ojos, y la muerte en sus manos."

»Así combatimos hasta que la aurora empezó á derramar por el cielo sus primeros albores: y disipando con su luz el horror de aquella noche, descubrió á nuestra vista los estragos de la muerte. Aquel dia tan deseado no presenta á nuestros ojos mas que un espectáculo de horror y de compasion: todo nuestro campo está sembrado de cadáveres y cubierto con nuestros despojos."

»Dos mil éramos, y apenas quedamos ciento: á la vista de tanto cadáver, de tanta sangre, no sé si el corazon del héroe se alteró; pero su rostro permaneció sereno. Compañeros, nos dijo levantando la voz; sigamos á esos valientes guerreros; corramos como ellos al honor y á la gloria por el camino que su sangre nos ha trazado."

»Dijo: y despreciando la muerte que le rodea, opone al torrente que le inunda una constancia, un valor intrépido: no hay armadura de acero ó de diamante que pueda resistir á los golpes que parten de su brazo: sin embargo, todo su cuerpo está cubierto de heridas."

»Cadáver invencible, no ya la vida, solo el valor le sostiene y anima, y sin debilitarse, dá gol-

pe por golpe, y cuanto mas herido, mas hiere; en fin, un guerrero de feroz vista y ceño formidable, cae sobre él lleno de furor, y protegido por una muchedumbre de los suyos, despues de un combate largo y porfiado, derriba al héroe."

»Cae aquel príncipe generoso sin que ninguno de los suyos pueda vengarle. ¡Oh sangre vertida noblemente! ¡oh restos memorables del mejor de los amos! Vos me sois testigos de que no fuí avaro de mi vida y desprecié el acero enemigo: arrostré todos los peligros, y si el cielo no señaló allí el término de mis dias, mis obras me hicieron digno de merecerlo."

»En medio de todos mis compañeros muertos, yo solo caí con vida: pero sin conocimiento. Un espeso velo cubria mis ojos: todos mis sentidos se hallaban embargados: mas al fin mis párpados se abrieron; creí ver la noche, y solo se ofreció á mis inciertas miradas una luz trémula y débil."

»No tenia aun bastante fuerza para distinguir los objetos, y me hallaba en el estado que media entre el sueño y la vida: mis ojos alternativamente se abrian y cerraban; y solo mis heridas, que irritaban la humedad y el frio de la noche, me aseguraban de mi existencia por la impresion cruel de sus dolores."

»Entre tanto, la luz que vi, se adelanta, oigó

un débil susurro que se acerca y se detiene á mi lado; levanto con fatiga mi cabeza, y veo dos hombres cubiertos con largos mantos y con una linterna en la mano. Hijo mio, me dice el uno de ellos: confia en Dios, cuyo brazo sostiene á la virtud, y cuya gracia se anticipa á nuestros ruegos."

»En seguida estiende su mano como para bendecirme, y con aire modesto y santo pronunció á media voz algunas palabras que apenas percibí, y cuya inteligencia no alcanzaba; levántate, me dice, y de repente me levanto lleno de vigor y de alegría, sin sentir mis heridas, y reanimados al parecer mis miembros."

»Atónito los miro, y mi alma sorprendida tarda en dar crédito á mis ojos. Hombre escaso de fé, me dijo el anciano, ¿aun dudas? ¿á dónde se estravían tus pensamientos? No son fantasmas las que ves; somos siervos de Jesucristo, que por seguirle hemos dejado el mundo seductor y sus vanos atractivos; lejos aquí de los humanos, vivimos en un desierto."

»El Dios, que reina sobre el universo, y que para obrar los mas grandes milagros no desprecia los mas viles instrumentos, ese Dios me ha elegido para salvar tus dias; no quiere que quede privado de los honores fúnebres ese cuerpo donde

habitó tan bella alma, y que inmortal y glorioso un dia se unirá con ella."

»Suenon tendrá sepulcro digno de su valor, y las generaciones venideras llegarán á ofrecerle su admiracion y sus votos. Levanta los ojos al cielo, mira aquella estrella, que cual el sol brilla, y cuyos rayos van á conducirte á donde descansa el cuerpo de tu Señor."

»De repente de aquel astro luminoso, ó mas bien de aquel sol, desciende un rayo, que semejante á una cinta dorada, se prolonga hasta el cuerpo del héroe. El esplendor de su luz se esparce sobre las heridas, y en aquellos despojos sangrientos, desfigurados, reconozco á mi señor."

»Yacia, no con el rostro inclinado sobre la tierra, sino levantado ácia el cielo, adonde se dirigieron siempre sus deseos: su mano derecha: cerrada, oprimia aun el puño de su espada, y parecia pronta á herir: y la izquierda, colocada sobre el pecho, parecia implorar la celestial clemencia."

»Yo regué con mis lágrimas sus heridas, y dí rienda á mi dolor inconsolable, y el anciano le abrió la mano derecha y tomó su espada. Este acero, me dijo, que hoy ha derramado tanta sangre, y aun está bañado en ella, es, como sabes, una obra perfecta, y no tiene igual en el universo."

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

»El Cielo no quiere que quede abandonado: quiere que de la mano de un héroe pase á la de otro no menos valiente y mas afortunado, que la maneje con igual denuedo; pero que la conserve por mas tiempo, y vengue con ella á su primer dueño."

»Soliman ha inmolado á Suenon: y la espada de Suenon debe inmolar á Soliman: tómala: marcha al campo de los cristianos: no temas que nuevos obstáculos detengan tus pasos en los paises que vas á recorrer: la mano que te conduce abatirá á tu presencia las barreras que pudieran cerrarte el paso."

»El cielo quiere que esa voz que te ha conservado, publique la piedad, el valor, y el denuedo de tu generoso amo: quiere que su ejemplo dé á la religion nuevos vengadores, y que despues de largos siglos inflame aun á los héroes futuros."

»Yo debo hacerte saber quién heredará esta espada: es el jóven Reinaldo, aquel guerrero á quien todos ceden la palma de la victoria: tú se la entregarás, y le dirás que todo el universo espera de él la venganza debida á Suenon. Mientras escuchaba yo este discurso, un nuevo milagro atraía mis miradas."

»En el lugar donde descansa el cadáver, veo de repente levantarse un magnífico sepulcro que cir-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

cunda el cuerpo del héroe y le encierra en su seno. Una mano invisible trazó su nombre, sus hazañas y sus virtudes: yo contemplaba el monumento y la inscripcion, y mis ojos no podian desprenderse de tan caros objetos."

"En esta tumba, dijo el anciano, el cuerpo de tu amo descansará al lado del de sus fieles compañeros, mientras que sus almas en el seno de la divinidad gozarán de la eterna ventura: tus lágrimas han pagado á sus cenizas el tributo que les era debido; ya es tiempo de que goces de algun reposo, y mi oculta morada será tu asilo hasta que la aurora venga á despertarte para emprender tu viaje."

»Calla, y me conduce por montes y por valles: yo seguia dolorido sus pasos: pero al fin llegamos á la entrada de una caverna abierta en una roca, donde solo con su discípulo vive el anciano en medio de las fieras, de los bosques; y armado con su inocencia, no necesita ni coraza ni escudo para defenderse."

»Me ofrece una comida silvestre, y un duro lecho recibe mis miembros fatigados, y repara mis fuerzas; pero cuando la aurora despidió sus primeros rayos, los dos solitarios se levantan, los tres ofrecemos al Eterno nuestras fervientes oraciones; digo á Dios al anciano; parto, y me dirijo adonde me encaminan sus consejos."

Calló al decir estas palabras. "Generoso guerrero, le responde Buillon, tú nos traes una cruel y dolorosa nueva que aflige y enternece nuestros corazones. ¡Un momento nos ha arrebatado tantos guerreros generosos, tantos amigos! ¡un rincon ignorado de la tierra posee sus despojos; y tal como el relámpago, tu príncipe no ha brillado mas que para desaparecer!"

»Pero su muerte constituye su dicha, y mil tesoros, mil conquistas, no valen tanto como una muerte tan gloriosa: jamas vió tan nobles lauros el antiguo capitolio; y sentados en lo alto del empíreo, en el templo de la gloria, una corona inmortal es el premio de sus trabajos: allí se gozan en sus heridas y bendicen su derrota."

»Pero tú que le servistes; tú, que en este teatro de eternos combates debes sufrir aun los peligros y las fatigas, goza de su triunfo y serena tu frente dolorida: tú buscas al hijo de Bertoldo, este anda errante lejos de nosotros, y yo te aconsejo que esperes á que tengamos noticias seguras, antes que te resuelvas á partir en su busca."

Tales discursos renuevan en todos los corazones la ternura que les inspiraba Reinaldo. ¡Ah! esclaman, ¡ese invicto mancebo anda errante en medio de pueblos bárbaros é infieles! No hay ninguno que no recuerde, refiriendo al lujo de Dina-

marca, sus brillantes acciones, y desarrolle á sus ojos admirados el hilo maravilloso de sus dias.

Su memoria habia enternecido á todos los corazones, cuando de repente llega una multitud de guerreros, á quienes la codicia del botin habia conducido lejos del campo; conducen los rebaños que habian arrebatado al enemigo.

Con ellos traen señales demasiado ciertas de una terrible desgracia: es la armadura de Reinaldo, sangrienta y destrozada; mil rumores inciertos circulan por el campo; y al nombre de aquel guerrero, la multitud sollozando, corre, se agolpa, y solicita ver sus armas.

Todos las contemplan, y reconocen aquella enorme coraza, aquel casco brillante, aquella ave, que sujeta un rayo entre sus garras, y cuyas miradas se fijan en el sol. Antes, siempre se las encontraba en el camino del honor y de la gloria: hoy rotas, ensangrentadas, yacen tendidas sobre el polvo, y este espectáculo escita en todos los corazones la compasion y la ira.

Mientras murmuran todos, y atribuye cada uno á la muerte del héroe una causa diferente, Godofredo llama á Aliprando, gefe de los guerreros que trageron la armadura: Aliprando, que reune el valor de un caballero, la franqueza de un soldado. "Dime en dónde has encontrado estas armas; ora

sea ventura ó desgracia, nada me ocultes.»

»A dos jornadas del campo, responde el guerrero, ácia los confines de Gazza, hay un valle lejano rodeado de colinas por todas partes: de lo alto de los collados baja un arroyuelo que serpentea por una pradera sembrada de mil flores y á la sombra de mil árboles; sitio muy á propósito para una emboscada.

»Nosotros íbamos á buscar los rebaños que pastaban en aquellos prados, cuando de repente descubrimos sobre la yerba algunos rastros de sangre; y no lejos de allí, y á la orilla del arroyo, el cadáver de un guerrero: á la vista de estas armas, que conocimos á pesar de la sangre y del polvo con que estaban manchadas, nos quedamos confundidos: acércome al cadáver; quiero descubrir las facciones de su rostro; pero la cabeza habia sido cortada.»

»Faltábale la mano derecha tambien, y el cuerpo estaba traspasado con mil heridas recibidas por la espalda: mas lejos divisamos el casco y el águila con sus alas blancas y desplegadas: y mientras que mis ojos buscaban quien pudiese darnos noticia alguna, un aldeano se presenta á mi vista: pero al descubrirnos se retira y huye.»

»Yo le persigo, le detengo, y le pregunto: el aldeano me responde que la víspera vió salir de aquel valle una tropa de guerreros: que á su as-

pectó se escondió; y que uno de ellos tenia en la mano una cabeza ensangrentada, cuyo cabello rubio y cuyas facciones anunciaban ser de un jóven."

»Que el mismo guerrero envolvió la cabeza en un lienzo y la colgó á la silla de su caballo; y que por el trage conoció que era de nuestra nacion aquella tropa. Hice desnudar el cadáver: le regué con mis lágrimas; mandé que se le hiciesen los últimos honores, y me llevé conmigo su armadura."

»Pero si aquel cuerpo es en efecto el de Reinaldo, merece otros honores y otra tumba." Dichas estas palabras, Aliprando se retira: y Godofredo, triste, pensativo, suspira en secreto: su corazon rechaza tan funesta idea, y quiere, con señales mas ciertas, conocer el homicida y el cadáver.

Entre tanto la noche llega, y con sus negras alas oscurece el cielo: el sueño, con sus dulces ilusiones, viene á calmar á los mortales y á derramar sobre sus corazones el olvido de los cuidados y de las penas. Tú solo, Argillan, herido con mil dardos, revuelves en tu pecho agitado mil siniestros pensamientos; tus ojos no pueden ceder al sueño, y tu alma se niega al descanso.

Atrevido en sus discursos, ardiente, impetuoso, Argillan nació en las orillas del Tronto y en medio de guerras civiles, alimentándose con odios y venganzas: desterrado despues de su patria, inundó

de sangre los valles y las colinas, desoló los lugares que le sirvieron de cuna, y al fin la guerra santa le llamó al Asia, y hazañas mas honrosas señalaron su valor.

Cerráronse no obstante sus ojos al despuntar la aurora; pero el blando sueño no derramó sobre ellos su dulce reposo: la discordia los embriagó con su veneno, y sumergido en un estado de estupor mas espantoso que la muerte, mil ilusiones acuden á turbar sus sentidos, y ni aun durmiendo goza del descanso: la cruel furia se presenta á su imaginacion bajo mil formas espantosas, le sobresalta y le aterra.

Toma en fin la forma de un guerrero cuya cabeza ha sido cortada, y la mano derecha separada de su brazo: con la izquierda sostiene la cabeza sangrienta y pálida: el rostro, vivo retrato de la muerte, respira, y habla respirando; y las palabras, interrumpidas, salen de su boca entre sangre y sollozos. "Huye, dice, Argillan...; huye de esos lugares manchados por el crímen..; huye de ese campo funesto... y de su gefe impío.»

»¡Oh, caros amigos! ¿quién os defenderá del cruel Godofredo y de la perfidia de que yo he sido víctima? El bárbaro, devorado por el odio, y sediento de maldades, fabrica vuestra comun ruina, despues de haber completado la mia; sin em-

bargo, si tu mano aspira aun á la gloria, y si cuentas con el valor de tu brazo, no huyas, no; corra la sangre del tirano sobre mis cenizas, y vengue mi muerte."

»Mi sombra seguirá tus pasos, irritará tu cólera, y te dará el acero que debe inmolarle: yo armaré tu corazon y tu brazo." Dijo, y derramó en su pecho un nuevo furor: el sueño le abandona; y atónito, fuera de sí, mueve sus grandes ojos en sus órbitas llenas de furor y de ponzoña, se arma, y enfurecido reune á los italianos.

Se juntan en el mismo lugar en que estaban colgadas las armas de Reinaldo, y allí exala su boca en estas palabras el furor que le devora: "¿Será justo que un pueblo de bárbaros, de tiranos, enemigo de la razon, infiel á sus promesas, que no se sacia de oro ni de sangre, haga pesar sobre nosotros su cetro de hierro, y haga doblar nuestras cabezas bajo su yugo?"

»Las afrentas que hemos sufrido, las crueldades que hemos esperimentado siete años ha bajo este duro imperio, aun despues de diez siglos podrán escitar la venganza de Roma y de la Italia. No os hablaré de la Cilicia, domada por las armas y los esfuerzos de Tancredo; usurpada despues por los franceses, y hecha entre sus manos el galardon de la perfidia."

»No os diré que cuando las circunstancias exigen audacia, valor ó firmeza, siempre es uno de nosotros el que vá primero, al través de mil muertes y peligros, á llevar el hierro y la llama; pero cuando en el seno de los placeres y de la paz, se trata de gozar del reposo y repartir las palmas y el botin, entonces nadie nos conoce: los franceses solos se lo apropian todo, la gloria, las conquistas, los triunfos, los tesoros."

»Hubo un tiempo en que tales injurias podian herir nuestros corazones y abatir nuestra fiereza: yo no os hablaré de él ahora: un crímen espantoso mas reciente, una crueldad horrible, no nos permite mirarlas sino como débiles ofensas. Ellos han inmolado á Reinaldo, y han violado las leyes humanas y divinas. ¡Y el Cielo no lanza el rayo: y la tierra no los sepulta en eterna noche!"

»Ellos han inmolado á Reinaldo, al escudo y defensor de nuestro culto: ¿y este héroe no está aun vengado? ¿vengado? ¡qué digo! Sus miembros mutilados y sangrientos aun yacen tendidos sobre el polvo, privados de sepultura: me preguntareis quién es el bárbaro que ha cometido este crímen, ¡oh, amigos! ¿quién podrá desconocerlo? ¿quién de nosotros ignora cuan celosos son de nuestro valor Godofredo y Baldovino?

¿Pero por qué buscamos pruebas? Yo pongo

por testigo al Cielo, al Cielo, que me oye y que castiga al perjuro: esta mañana, en el momento en que el sol empezaba á iluminar el mundo, yo he visto la sombra errante del malhadado Reinaldo. ¡Qué espantoso, qué cruel espectáculo! ¡con cuántos crímenes nos amenaza este primer crímen! Sí; yo la he visto; no era un sueño, y aun está presente á mis ojos por do quiera.

"¿Qué haremos pues, ahora? ¿Dejaremos que una mano, llena aun de esa sangre injustamente vertida, nos conduzca y nos mande? ¿O bien huiremos lejos del tirano, á los paises que el Eufrates fecundiza? ¿Iremos á hacer la guerra á un pueblo afeminado, que vé florecer en sus feraces campos tantos pueblos y ciudades? Estos pueblos, estas ciudades serán nuestras, y no partiremos la conquista con los franceses."

»Partamos, y esa sangre ilustre, inocente, quede si es preciso sin venganza, pero si ese valor, hoy helado cual la nieve, fuese tan ardiente como debiera, la serpiente odiosa que ha devorado la flor y la hermosura de la Italia, pronto caería bajo nuestros golpes, y su muerte serviría de ejemplo á los tiranos.»

»Yo quisiera, si vuestra audacia igualase á vuestra fuerza; yo quisiera con esta misma mano introducir el suplicio en el corazon impio que alver-

ga la traicion." Así habló el fanático Argillan, y su furor se comunica á todos los corazones: el insensato grita: *á las armas, á las armas*, y aquella juventud guerrera, poco reflexiva, repite despues de él: *á las armas, á las armas.*

La discordia hace relucir el acero de que su mano está armada, y derrama en todos los corazones su venenosa saña: el despecho, el furor, la sed culpable de su sangre, se encienden y se aumentan por instantes: estiéndese el contagio; del cuartel de los italianos pasa á infestar el de los helvecios, y de allí se comunica á las tiendas de los britanos.

Aquel fatal suceso, aquella pérdida de un héroe querido, no son los únicos incentivos del motin: antiguos resentimientos le nutren tambien y le fomentan: odios mal dormidos se despiertan: se llama á los franceses impíos, tiranos: el ódio estalla en amenazas, y no puede ya contenerse.

No de otro modo sobre violento fuego hierve el agua, se eleva, y se arroja al fin fuera del vaso que la encierra. Aquellos á quienes la verdad ilumina su mente, no pueden detener el torrente ciego é impetuoso; y Tancredo, Camilo, Guillermo, todos los que tenian alguna autoridad, se hallaban lejos del campo.

Todos estos pueblos, mezclados, confundidos,

corren á las armas: el aire resuena con el ruido sedicioso de las trompetas, y entre tanto todos los demas corren ácia Buillon; todos le gritan que se arme: Baldovino se presenta el primero á su vista y se coloca á su lado.

El héroe, oyendo que le acusan, vuelve sus ojos al Cielo, su asilo y su apoyo, y esclama: "Tú que sabes cuánto horror tuve siempre á derramar la sangre de mis hermanos, disipa, ¡oh Dios mio, la nube que oscurece su vista! contiene su furor; y el mundo ciego conozca mi inocencia como tú la conoces."

Dijo: y un nuevo fuego circula por sus venas: renace en su corazon la esperanza; y la firmeza aparece en su rostro. Rodeado de los suyos se adelanta ácia los guerreros que creían vengar á Reinaldo: oye el ruido de las armas, las voces y las amenazas le rodean por todas partes; mas nada detiene sus pasos.

Ceñido con la cota, se adorna con el mas pomposo de sus vestidos; su diestra está desarmada y descubre su magestuoso semblante: agita su cetro de oro, y no quiere otras armas para calmar los movimientos sediciosos: se presenta á los amotinados, les habla, y su voz no parece la de un mortal.

»¿Cuál es el objeto de esas amenazas insensa-

tas? ¿Cuál es el motivo de esos rumores que hieren mis oidos? ¿Cuál es la causa? ¿Así me respetais? ¿Despues de tantas pruebas, os seré yo aun desconocido? ¡Se acusa á Godofredo de perfidia, y se aplaude á su acusador! ¿Esperais verme humillado ante vosotros, que consienta en el oprobio de justificarme, y de rogar á quien me debe obedecer?»

»No: el universo, que está lleno de mi nombre, jamas tendrá que acusarme de una accion tan baja: no quiero mas defensores que este cetro, que la memoria honrosa de mis hechos, y la voz de la verdad: la justicia hará lugar á la clemencia; la pena no caerá sobre todos los culpados, y yo os perdono en obsequio de Reinaldo.»

» Que Argillan solo lave con su sangre el comun crímen: Argillan, autor de tanto trastorno, Argillan, que apoyado en las mas débiles sospechas os ha arrastrado en su error mismo." Mientras habla esparcen el terror sus ojos, y llenos de magestad brillan como el sol: Argillan, sorprendido, sojuzgado, tiembla á su aspecto, y una mirada le aterra.

Aquella multitud insolente y audaz que temblaba de cólera y de rabia, y cuyas manos se armaban con espadas, con dardos y con las llamas que les suministraba la venganza, dócil entonces,

sonrojada y tímida, escucha en silencio los acentos imperiosos del héroe, y sufre que Argillan, en medio de tantas armas, sea preso y encadenado.

No de otro modo el leon soberbio sacude su melena horrible con feroz mugido, mas al ver la mano que domára su nativa fiereza, inclina su cabeza altiva al peso de la cadena, tiembla de la amenaza, y depone la fuerza de sus garras.

Es fama que en aquel instante un guerrero alado, de aspecto amenazador y terrible, cubria al piadoso Buillon con un escudo celeste, y que en sus manos brillaba una espada que derramaba sangre; esta era sin duda la de aquellas ciudades cuyos crímenes encendieron al fin la tardía cólera del Eterno.

Así se aplaca el tumulto, se deponen las armas, y los odios se disipan: Godofredo vuelve á su tienda lleno del gran designio que le ocupa, y antes que el sol por la tercera vez apague sus fuegos en el Océano, quiere dar el asalto, y examina aquellas máquinas funestas y terribles, destinadas á destruir las murallas, é introducir dentro de Solima la desolacion y la muerte.

Canto Noveno.

A la vista de aquella calma aborrecida, de aquellos rebeldes sometidos y desarmados, el mónstruo infernal, que no puede luchar contra los destinos, ni alterar el orden establecido por los celestes decretos, vuela furioso, y vá á derramar en otra parte el gérmen de nuevas desgracias: por do quiera que pasa se oscurece el sol, la yerba se marchita y muere.

Sabe que la fatal astucia de sus compañeros ha desterrado del campo de los cristianos al hijo ilustre de Bertoldo: que Tancredo y los guerreros mas esforzados, mas temidos, estan ausentes: "¿Qué espero? dice: llamemos á Soliman; que traiga el hierro y la llama, y sin dificultades vencerá á ese ejército débil, discorde y aterrado."

Dijo: y vuela luego ácia las ordas salvages de que Soliman era entonces gefe. Soliman, el mas terrible de los mortales rebelados contra el cielo: Soliman, á quien la fábula hubiera contado entre

los gigantes que produjo la tierra para escalar el Olimpo: Soliman reinaba sobre los turcos; y Nicea fue la silla de su imperio.

Sus estados, vecinos de la Grecia, se estendian desde las orillas del Sangar hasta las márgenes del Meandro; paises afortunados, que habitaron antes los misios, los phrigios, los lidios, y los pueblos del Ponto y de la Bithinia: pero los esfuerzos de los latinos acababan de derribar su trono, y él mismo en dos combates sucesivos habia visto perecer su gloria.

En vano habia luchado contra la fortuna: arrojado de su imperio, se vió reducido á buscar un asilo en el Egipto, y allí fue acogido por un rey generoso y magnánimo, que resuelto á oponerse á las conquistas de los cristianos, celebró poder asociar á sus designios á tan intrépido caudillo.

Pero antes de ejecutar sus proyectos, quiso que Soliman, cargado de tesoros, fuese á comprar los socorros de los árabes, mientras él mismo reunía los pueblos del Asia y del África. Soliman vá al encuentro de los bárbaros, y sin trabajo arrastra consigo un gran número de foragidos ambiciosos y mercenarios.

A su frente destruye la Palestina, y corta á los cristianos su comunicacion con el mar: lleno

el corazon de venganza, y de la memoria de su caida, quiere señalar todavía su furor con golpes mas terribles, y entre diferentes partidos vacila sin resolverse.

La discordia se presenta á su vista bajo la figura de un anciano pálido y descarnado; su frente está llena de arrugas; un gran turbante ciñe su cabeza, y una ropa talar le cubre hasta los pies; de un ancho tahalí pende una cimitarra, tiene un arco en la mano, y la aljaba oprime sus espaldas.

"Mientras vagamos, le dice, por estas áridas llanuras, por estos estériles y desiertos arenales, donde no hallamos ni botin que nos enriquezca, ni laureles que nos honren, Godofredo ataca las murallas de Solima: ya sus torres se quebrantan y amenazan ruina, y si tardamos aun, pronto la llama devorará hasta sus escombros.»

»Algunas chozas quemadas, bueyes, rebaños arrebatados al enemigo; he aquí los nobles trofeos de Soliman. ¿Y así intentas conquistar tus estados, y vengar tus agravios y tus pérdidas? Recobra tu valor y tu denuedo: vamos á favor de las nocturnas sombras á confundir en sus mismas trincheras al tirano que nos oprime: cree, pues, á tu fiel Araspe, cuya fidelidad has esperimentado sobre el trono y en tu destierro.»

»El enemigo ni nos espera, ni nos teme: des-

precia á los débiles árabes, que no saben armarse ni combatir, y no creerá que acostumbrados solo á robar y á huir, se atrevan á acometer tan alta empresa; pero estos bárbaros, animados por tu valor, marcharán sin miedo contra un campo sin defensa, y sumergido en el sueño." Dijo: y derramando en su corazon sus ardientes furias desaparece en el aire.

El sultan levanta las manos al cielo y esclama: "¡Oh tú, que enciendes en mi corazon tanta cólera y tanta rabia! divinidad que por mi has tomado una figura humana, yo te sigo: yo vuelo adonde tú me llamas: yo vuelo, sí; yo formaré en esa llanura montañas de cadáveres: yo haré correr rios de sangre: combate tú conmigo, é invisible en el seno de los aires dirije mi brazo.»

Calla, y al instante reune sus bárbaros soldados: aviva su lentitud con el fuego que le devora, é inflama todo el campo, ansioso ya de seguirle: la discordia misma toca la trompeta y dá la señal, desplegando los funestos estandartes, y mas rápidas que la fama, aquellas ordas de salvages vuelan y se precipitan.

El mónstruo los acompaña; mas pronto los deja y toma la figura y traje de un correo: en el momento en que la noche lucha con el dia y parece partir con él el imperio del mundo, llega á

las puertas de Solima, penetra por medio de una muchedumbre afligida, llorosa, y anuncia al monarca la marcha de Soliman, y le descubre su proyecto, la hora y punto del ataque.

Pero ya las mas espesas sombras esparcían sobre la tierra un velo lúgubre cargado de funestos vapores, y en vez del frio de la noche, un rocío cálido y sanguíneo humedece la tierra: mil monstruos, mil fantasmas aparecen en los aires: óyese gemir á los espectros errantes, y el negro abismo vomita todos los seres que habitan en sus cavernas, y derrama sobre la tierra todas las tinieblas del tártaro.

En medio de aquel profundo horror el fiero sultan se adelanta ácia las tiendas de los cristianos; pero cuando la noche habia recorrido la mitad de su carrera, se detiene no lejos del cuartel, en que los franceses gozan de tranquilo reposo: allí manda á los soldados que reparen sus fuerzas, y entretanto con este osado razonamiento los anima y los inflama.

"Mirad, les dice, ese campo enriquecido con mil rapiñas, y mucho mas famoso que temible: tal como un mar ambicioso, ha devorado todos los tesoros del Asia; pero el Cielo le entrega á vuestro brazo, y le entrega sin peligro: esas armas, esos caballos cubiertos de oro y púrpura

van á ser vuestra presa, mas bien que su defensa.»

»No es ya aquel ejército que venciera á la Persia y subyugára á Nicea, pues en guerra tan larga y obstinada, la mayor parte de él ha perecido; pero aunque fuese doble de lo que fue otras veces, ¿qué podría en este momento sin armas y entregado al sueño? un instante le hará pasar de sus brazos á los de la muerte.»

»Marchemos, pues, guerreros; yo mismo os abriré el camino sobre sus cuerpos destrozados, para que penetreis en el campo: vuestras espadas imiten á la mia; y todos aprendan de mí á ejercer el furor y la venganza: hoy caerá el trono de Jesucristo: hoy será libre el Asia, y vuestra gloria será inmortal." Así les inflama el bárbaro, y puesto á su cabeza avanza silencioso.

Entre tanto, á la escasa luz que empieza á disipar las sombras, los descubren los centinelas, que engañan sus esperanzas y defienden al prudente Godofredo contra sus sorpresas: á la vista de Soliman y de las tropas que le siguen, se retiran, y con sus voces despiertan á la guardia mas avanzada, que se arma y se prepara al combate.

Los bárbaros, seguros de haber sido descubiertos, hacen resonar sus trompetas: horrorosos ahullidos hieren y estremecen el aire: el ruido de las armas se une al ruido de los caballos: las colinas,

los montes gimen á lo lejos; y el eco del abismo responde á sus gemidos: la discordia enciende entonces su tea infernal, y dá la señal á los habitantes de Solima.

El sultan se precipita y cae sobre los cristianos, que estaban en desorden todavía, con mas rapidez que las tempestades se arrojan del seno de la prision que las detiene: el torrente que arrastra los árboles y las aldeas, el rayo que destruye y consume las ciudades, el volcan que llena el mundo de horrores y de espanto, son débiles imágenes de su furor.

No dá golpe que no hiera, ni causa herida que no sea mortal: cien brazos se levantan contra él; cien espadas le alcanzan, y aunque maltratado su casco, despide mil centellas: el bárbaro no siente nada, ó insensible al dolor desprecia sus heridas.

Él solo derrota aquella primera tropa, y un océano de bárbaros se precipita sobre sus pasos: los cristianos huyen: los vencedores, los vencidos, se mezclan, se confunden y entran juntos en el campo, y todo se llena de duelo, de horror, y de ruinas.

Sobre el casco del sultan se estiende y se levanta una serpiente horrible: su cola está enroscada, y tres dardos salen de su boca entre lívida espuma: parece que se oyen sus silbidos, y en el

fuego del combate creyérase que arroja humeantes llamas.

Tan formidable aparece con su horrible yelmo, como brilla el Ponto en noche tenebrosa á los ojos del angustiado navegante: á su aspecto los unos huyen, los otros toman las armas, aquellos tiemblan y retroceden, estos con mano intrépida resisten y se defienden: la noche á cada instante aumenta la confusion, y ocultando los peligros los multiplica.

Latino, guerrero nacido en las orillas del Tiber, se adelanta entre los primeros y dá pruebas de su audacia: las fatigas no han debilitado sus fuerzas, ni la edad ha domado su denuedo: cinco hijos, apenas salidos de la infancia, combaten á su lado: y la pesada armadura oprime sus miembros débiles y delicados.

Animados por el celo paterno excitan al combate su cólera y su acero. "Marchemos, les dice; ataquemos á un impío que se ensoberbece con la fuga de nuestros guerreros. ¡No detenga vuestra audacia el espectáculo de los desgraciados que inmola! Considerad, hijos mios, que los triunfos sin peligro no merecen ninguna palma."

Cual leona feroz que á sus hijuelos, que aun sin flotar al viento su melena, y sin crecer sus garras ni sus dientes, conduce á la presa, ense-

ñando con su ejemplo á ensangrentarse en el cazador que el bosque inquieta y á las fieras persigue;

Así el anciano sigue á su prole temeraria, rodean y atacan al sultan, y en un mismo momento un solo impulso dirige las seis lanzas: el mayor de los hijos, mas atrevido, no tarda en abandonar la suya; se dirige á Soliman, y con su espada intenta matarle el caballo.

Pero no de otro modo que la montaña, que á orilla del mar, batida por las olas, se sostiene y desafia al Cielo y á las tempestades; así el infiel, inmóvil siempre, desprecia los esfuerzos del jóven, y de un golpe divide su cabeza.

El sensible Aramante tiende su diestra al moribundo hermano; pero esta inutil y fatal ternura apresura su muerte misma: el enemigo le corta la mano y le derriba sobre el otro, y los dos caen y confunden su sangre y sus últimos suspiros.

Sabino le presenta su lanza desde lejos; mas Soliman la rompe, se precipita sobre él, le arroja sobre la arena; y hollándole á los pies de su caballo, le hace que su alma rompa con esfuerzo los dulces lazos que la retenian, y abandone con sentimiento la luz del Cielo y una vida que le prometia dias mas dichosos.

Pico y Lorenzo existen aun: nacidos en un mis-

mo dia, tenian la misma estatura, las mismas facciones, y su semejanza era ocasion para sus padres de mil dulces errores; pero Soliman puso entre ellos una cruel diferencia: de un golpe cortó la cabeza al primero, y con otro penetró las entrañas del segundo.

El padre, ¡ah! el desgraciado, que ya no lo era, vé en la muerte de sus cinco hijos la suya, y el esterminio de una posteridad que lisonjeaba su vejez: atormentado de dolor apenas respira, apenas puede combatir: tal vez no ha visto los rostros de sus hijos cubiertos con las pálidas sombras de la muerte; tal vez no los ha visto tendiéndole los brazos y dirigiéndole sus últimas miradas.

La noche, bajo un favorable velo, le oculta al menos una parte de sus desgracias; pero la victoria tendria para él muy poco precio si no pereciese él mismo: pródigo de su sangre, y sediento de la de Soliman, no se sabe qué deseaba mas, si dar la muerte, ó recibirla.

Bárbaro, le grita; ¿has despreciado mi vejez y mi flaqueza? ¿No podrá mi saña encender la tuya? Á estas palabras descarga sobre Soliman un golpe terrible que rompe su armadura, le hace en un costado una ancha y profunda herida, y su sangre sale á borbotones.

A tales gritos, á tal golpe, el bárbaro vuelve

contra él su furor y su espada, penetra su coraza y le destroza las entrañas. El desgraciado Latino suspira y muere, y su sangre corre por su herida y por su boca.

Como la adusta encina, que en la cumbre del Apenino desafió largo tiempo á los vientos y á las tempestades, arrancada de raiz por el huracan, arrastra en su caida á los árboles vecinos; así el malhadado guerrero cae, y asiéndose á los enemigos que le rodeaban, cayeron derribados con él.

Mientras apacienta el sultan con tan horrible carnicería su hambrienta saña, los árabes, animados con su ejemplo, abaten é inmolan á los cristianos. El britano Enrique, el bávaro Oliferno, perecen á los golpes del temible Dragut, y Aradian hiere á Gilberto y á Filipo, que nacieron en las orillas del Rhin.

Mata Albazar á Egnesto con la lanza, y Engerlan cae degollado por Algarel. ¿Pero quién podrá contar la multitud desconocida que pereció en la pelea? Entre tanto Godofredo, á quien despertaron los primeros gritos, se arroja de su lecho, se arma, se reune al instante á un tercio francés, y se adelanta á su cabeza.

El tumulto, que crece á cada instante, le advierte que los árabes han atacado su campo: sabía que aquellos bárbaros recorrian la llanura; pero

jamas hubiera pensado que se decidiesen á atacarle.

Mientras avanza, se oye gritar por el lado opuesto: *A las armas, á las armas.* Espantosos alaridos se oyen por los aires: es Clorinda, que emprende con las tropas del rey segundo ataque contra el campo cristiano, y Argante marcha con ella. Godofredo entonces se dirige á Güelfo, su segundo en el mando.

"Ya oyes, le dice, los gritos funestos que parten del lado de la ciudad; es forzoso que tu valor y tu destreza contengan el primer choque del enemigo: vé, parte, defiende nuestras trincheras, lleva contigo una parta de esos guerreros, mientras que yo me ocupo en rechazar á los árabes que nos atacan.»

Dijo, y por caminos opuestos los dos se adelantan protegidos por igual fortuna. Güelfo corre á los sitiados, y Buillon á los árabes, que dueños del campo de batalla, triunfaban sin resistencia: en su marcha se aumentan sus fuerzas, y poderoso y formidable al fin llega al parage que Soliman llenaba de horror y de sangre.

No de otro modo el Erídano, humilde en su nacimiento, baja de las montañas que ocultan su orígen y baña apenas un cauce estrecho y recogido; pero cuanto mas se aleja, mas crece su orgu-

llo y se engruesan sus aguas, hasta que al fin levanta su altiva frente, rompe sus diques, inunda la llanura, y desembocando en el Adriático, mas parece declararle la guerra, que pagarle el tributo de sus aguas.

Godofredo, á vista de los cristianos aterrados y fugitivos, corre y les amenaza: "¿qué miedo os arrastra? ¿á dónde huis? les dice: al menos mirad quién os persigue. ¿Temblais delante de una tropa de viles bárbaros, que no saben ni dar ni recibir una herida frente á frente? Volved al combate; una sola de vuestras miradas los helará de espanto."

A estas palabras oprime los hijares de su caballo, y se arroja en medio de la confusion causada por Soliman: vuela al traves de la sangre y del polvo, desprecia las armas, los peligros y la muerte: su espada invencible salva las barreras mas firmes, y rompe las filas mas espesas: á derecha é izquierda derriba las armas, los guerreros, los caballeros y los caballos.

Se precipita sobre un monton confuso de muertos y moribundos: el intrépido sultan no evita el combate que le amenaza, y él mismo acomete al piadoso Buillon y levanta el acero para herirle. ¡Qué héroes ha reunido la suerte de las dos estremidades del mundo para medir sus fuerzas!

El esfuerzo vá á luchar con el furor, y en un

pequeño círculo vá á decidirse el destino de toda el Asia. ¡Qué vista podrá seguir el movimiento de sus espadas! ¡qué lengua podrá referir sus proezas! Paso en silencio las hazañas que aquella noche cubrió con sus sombras, y que hubieran merecido tener al sol y al universo por testigos.

A vista de su gefe, los cristianos recobran su valor, y se adelantan: el sultan mismo se halla rodeado de una tropa de los suyos, que huyendo, se agolpan á su lado. Latinos, infieles, todos riegan la tierra con su sangre, y los vencedores y los vencidos dan y reciben la muerte.

Cual chocando con igual furor el aquilon y el austro, se disputan el imperio del aire y del Océano, las nubes pugnan contra las nubes, y las olas son rechazadas por las olas; así en aquel combate espantoso ningun partido cede, ninguno se retira: escudo contra escudo, espada contra espada, los guerreros de ambos lados se embisten y se degüellan.

Por el lado de la ciudad no se combate con menos furor: una nube de espíritus infernales puebla el aire y sostiene á los infieles: no hay uno que piense en retirarse: y los fuegos del infierno aumentan el fuego en que se abrasa Argante.

Ahuyenta el circasiano á la guardia avanzada, y de un salto penetra las trincheras; llena los fo-

sos de cadáveres, y con su espada se abre espacioso camino. Su tropa le sigue, y lleva la muerte á las primeras tiendas; y Clorinda, despreciando el segundo lugar, marcha y combate á su derecha.

Ya los cristianos huían, cuando Güelfo acude con sus guerreros, los llama, los rehace, y sostiene el impulso de los infieles. Por todas partes se pelea; por todas partes corren arroyos de sangre: entre tanto el Ser Supremo desde lo alto del Empíreo dirige sus miradas sobre aquel teatro de horrores.

Sentado en el santuario impenetrable de donde siempre justo, pero siempre bueno, dicta sus leyes al universo; le anima, le hermosea, y dirige sus ciegos movimientos: sobre su trono augusto y eterno, una sola luz brilla con triple claridad.

A sus pies se hallan los humildes ministros de sus voluntades, el destino, la naturaleza, el movimiento, el tiempo y el espacio; y aquella fortuna, que, sorda á nuestros votos, disipa como el polvo ó como el humo nuestra gloria vana, nuestros tesoros y nuestras coronas.

Los ojos mas puros se deslumbran al esplendor que le rodea: en torno de su trono hay innumerables espíritus iguales en la dicha, y las celestes moradas resuenan con sus cánticos.

El Eterno llama á Miguel, que brilla con una

armadura de puro diamante. "Tú ves, le dijo, como esa tropa impía se arma contra mi pueblo, y como desde los abismos del infierno viene á turbar al universo."

»Vé, diles á los guerreros que dejen los combates; que no esparzan ya la rabia y el veneno en la morada de los vivientes: que vuelvan á la noche oscura á que fueron condenados por sus crímenes, y que allí ejerzan en sí mismos, y en los compañeros de sus suplicios, su furor y mis venganzas: yo lo quiero: yo lo ordeno."

Dijo: el celeste guerrero se inclina con respeto, y al punto despliega sus doradas alas: mas rápido que el pensamiento penetra aquella esfera de fuego, y aquellos globos luminosos que ruedan bajo la eterna morada de la felicidad y de la gloria: rápidamente atraviesa los cielos de cristal y aquella bóveda de estrellas que impele un movimiento contrario.

Vé rodar á su izquierda á Júpiter y á Saturno, y á aquellos astros, cuyos movimientos desiguales dirige una mano invisible: de aquellas llanuras afortunadas en donde brilla un dia eterno baja á las regiones en que se forma el rayo y resuenan las tempestades; y en las que el mundo, entregado á contínuos combates, muere sin cesar, y sin cesar renace.

El movimiento de sus alas disipa las tinieblas espesas y los sombríos horrores, y la noche se ilumina con el esplendor que brilla en su rostro. Así despues de la tempestad brilla el sol entre las nubes con mas vivos colores; así desde lo alto del firmamento cae una estrella en el seno de la tierra.

Llega en fin al parage en que la tropa infernal escita el furor de los infieles, suspende su vuelo en medio de los aires, y blandiendo su temible lanza: "¡Desgraciados! les dice, que hasta en el seno de la miseria, del desprecio, y de los suplicios mas espantosos, conservais vuestro orgullo: ya deberiais conocer los rayos que arroja un Dios vengador."

»Está escrito en los cielos que los muros de Sion se abatirán delante de la señal temida, y que ella abrirá sus puertas á los cristianos. ¿Por qué luchais aun contra el destino? ¿por qué irritais aun la cólera del cielo? Raza maldita, volved á vuestros calabozos, á la morada de los suplicios y de la muerte, al seno de vuestras negras prisiones: haceos allí la guerra y celebrad vuestros triunfos.

Ejerced allí vuestros furores y agótad vuestra rabia en los culpables: sean, pues, vuestros conciertos y recreos sus gritos, sus gemidos, y el rechinar de dientes y cadenas." Dijo; y con su fatal lanza impele y hiere á los mas perezosos: todos

abandonan gimiendo la morada de la luz y la vista de las estrellas.

Precipitan su vuelo ácia el abismo, y van á saciar sobre sus víctimas su despecho y su rabia. Menos numerosos se ven enjambres de aves penetrar los mares y buscar climas mas templados, y nunca el otoño vió cubierta la tierra de hojas tantas: el cielo, que contristaba su aspecto, se tornó puro y sereno.

Argante ya no se halla inflamado por el fuego de la discordia; pero el furor y la audacia no se apagan en su corazon: esgrime su espada sangrienta entre las filas mas cerradas: acomete á los guerreros mas viles y á los mas ilustres, y derriba las cabezas mas oscuras y las mas esclarecidas.

No lejos de allí, Clorinda hace igual destrozo: clava su espada en el pecho de Berenguer, y le traspasa el corazon: alcanza á Albino en la garganta y á Galo en el rostro.

Corta la mano derecha á Garnier, que acababa de herirla; y aquella mano, tendida en el polvo, salta y busca en vano el brazo de que ha sido separada; cual la serpiente que el hierro ha dividido, hace para reunirse inútiles esfuerzos. La guerrera revuelve sobre Aquiles, y entre el cuello y la nuca le asesta el golpe.

Rueda la cabeza por el suelo, mientras el

cuerpo, objeto de terror y de compasion, queda sobre el caballo que le llevaba: el bruto, libre del freno que le contenia, salta, y sacude al fin la inanimada carga.

Mientras la infatigable Clorinda aterra á los cristianos, otra guerrera siembra entre los sarracenos el horror y el espanto. Esta era Gildipa; ambas superiores á su sexo, manifiestan el mismo ardor y la misma audacia; pero no les es dado lidiar una con otra, y la suerte les depara enemigos mas temibles.

Búscanse impacientes: pero sus esfuerzos no pueden romper la multitud espesa de enemigos que las separan: al fin, el generoso Güelfo cae sobre Clorinda; mas apenas toca su coraza, esta le ataca á su vez, y le hiere entre las costillas.

Güelfo repite el golpe; pero Osmida el palestino se interpone, por casualidad, entre él y la amazona; recibe un golpe que no le estaba destinado, y muere de la herida: entre tanto mil cristianos se agolpan al rededor del héroe, y le defienden: Clorinda se halla rodeada de igual número de los suyos; unos y otros se confunden, y el combate es cada momento mas encarnizado.

Ya la sonrosada aurora mezclaba su oro con el azul de los cielos, cuando el feroz Argillan rompe sus cadenas, coge sin eleccion las primeras

armas que le ofrece el acaso, y viene á espiar su falta con nuevas hazañas.

Argillan, con ojos inflamados y ademan intrépido, corre, imprimiendo apenas sus plantas sobre la blanda arena; cae en medio de los enemigos, y con tono amenazador esclama: "Escoria vil de los humanos: árabes estúpidos, ¿de dónde os viene hoy tanta audacia?"

Inhábiles para ceñiros una coraza y manejar un escudo, no sabeis ni armaros, ni defenderos; cobardes, ladrones, vuestros golpes se pierden en los aires y no buscais vuestra salvacion mas que en la fuga: vuestras proezas no son conocidas mas que de la noche, cuyas sombras ocultan vuestra cobardía; pero ya se disipan: ¿cuál será vuestro asilo? El dia pide armas, valor y denuedo.

Aun hablaba, cuando hirió á Algacel en la garganta: las palabras mal articuladas espiran en sus labios, el hielo de la muerte corre por todas sus venas, cae, y lleno de rabia muerde aquel odioso polvo que vá á recibir su último suspiro.

Inmola despues á Saladino, á Agricalte y á Muley-Asem: de un solo golpe divide en dos partes á Aldiacil, atraviesa con su espada al feroz Ariadino, le derriba y le escarnece. El infiel levanta sus moribundos ojos, y con voz vacilante responde á sus injurias:

"Quien quiera que seas, oh vencedor cruel, no triunfarás de mi muerte: igual destino te espera, y no tardará en sepultarte otro brazo mas temible á mi lado." "El cielo decidirá de mi suerte, le contesta Argillan con una sonrisa amarga: entre tanto, muere, y tu cuerpo sea pasto de las fieras." A estas palabras huella con sus pies el cuerpo derribado, le arranca el hierro y con él la vida.

Entre la multitud de guerreros hay un page del sultan: las rosas de la infancia colorean aun su semblante, y el sudor que baña su rostro brilla como las perlas y el rocío: el polvo cubre su cabello y lo hermosea, y la fiereza con que arma su frente le dá mil nuevas gracias.

La nieve que cubre el Apenino no es mas blanca que su caballo, y en sus saltos, en su carrera, es mas rápido que el rayo y mas ligero que la llama. El jóven guerrero se halla armado con una zagaya: un alfange pende de su lado, y su tahalí está tejido de púrpura y oro: obra soberbia donde brilla todo el lujo y todo el arte del Asia.

Ambicioso de una gloria cuyas primeras dulzuras lisonjean su valor, se halla en todas partes, y á do quiera lleva consigo el desorden y la confusion. Argillan, que le observa, atraviesa su caballo de un golpe imprevisto, y se apodera del mancebo en el momento que se levanta.

El desgraciado Lesbin implora en vano su piedad, y el inexorable Argillan dirige el acero á su rostro; mas el acero, que parece ser mas sensible, mas humano que su dueño, se desliza y no hiere: el bárbaro reitera su golpe, y la punta, fiel á su rabia, destroza aquellas tiernas facciones, de cuya hermosura se engreía la naturaleza.

A vista del peligro que amenaza á su favorito, Soliman impele el caballo, inmola, derriba cuanto se opone á su paso: llega tarde para socorrerle; pero á tiempo para vengarle: ¡ay! vé á su querido Lesbin tendido sobre el polvo, como azucena cortada por el hierro del arado.

Vé sus ojos lánguidos prontos á cerrarse, su cabeza inclinada sobre el pecho, y la palidez de la muerte, que hace su belleza mas interesante. Su corazon, aunque bárbaro, se enternece á aquella vista; y en medio de su cólera brotan lágrimas de sus ojos. ¡Tú lloras, Soliman; tú lloras; tú, que con faz serena has visto caer tu trono y perecer tu imperio!

Pero el hierro del enemigo humea aun con aquella sangre que le fue tan querida: á su aspecto sucede, á la ternura de Soliman, la mas sangrienta saña: cae sobre Argillan, y con el mismo golpe le hiende el escudo, el casco y la cabeza.

Furioso todavía se precipita sobre el cadáver, le hiere, y le destroza, como el perro que rabioso muerde la piedra que le ha herido. ¡ Vano remedio á su dolor! Argillan ya no existe; mas entre tanto no son inútiles los esfuerzos de Buillon.

Mil turcos combaten juntos cubiertos de corazas, de cascos y de escudos; y una audacia indómita anima sus cuerpos infatigables: criados en los peligros, fueron los últimos apoyos del trono de Soliman, y siempre fieles le siguieron en sus desgracias y en su destierro.

Sus densas filas sostienen todo el valor y todos los esfuerzos de los cristianos: pero Godofredo cae sobre ellos, hiere al fiero Corcut en el rostro, á Rostin en un costado; corta la cabeza á Selim, y á Rossen uno y otro brazo; y una multitud de víctimas caen bajo sus golpes, ó heridos ó espirando.

Hiere y se defiende á la vez: la fortuna comparte aun la esperanza y el temor de los infieles; pero de repente se levanta una nube de polvo que contiene en su seno los rayos de la guerra, y de repente parten de su centro mil rayos encendidos que aterran á los sarracenos.

Cincuenta guerreros aparecen, y una cruz triunfante brilla en sus estandartes: aunque yo tuviera cien lenguas, el pecho de duro hierro, y una

voz infatigable, jamas podria contar los que cayeron bajo los golpes de aquel formidable escuadron: el débil árabe perece sin defensa, y el turco indómito resiste y muere peleando.

Por todas partes reina la crueldad, el horror, el duelo y el espanto: la muerte triunfa y se ofrece bajo mil formas diferentes, y la sangre corre en arroyos é inunda la llanura: entretanto Aladin se habia colocado sobre una altura para gozar del triunfo que esperaba; y contemplaba el campo de batalla y aquella escena de horror y de muerte.

Mas al ver ceder á los árabes, manda que se retiren, y suplica á Argante y á Clorinda que entren en Solima: pero aquella paréja indómita, embriagada de sangre y ciega de rábia, se resiste á sus instancias: ceden en fin, y procuran al menos rehacer sus tropas descarriadas y moderar su precipitada fuga.

Mas ¿quién dá leyes al vulgo cuando le desordena la vil cobardia? El uno arroja su escudo, el otro su espada, y esto es ya para ellos el hierro, y no defensa. Entre la ciudad y el campo se estiende un valle elevado ácia el occidente, y profundo ácia el mediodia, en el que los turcos se precipitan: un torbellino de polvo los cubre que se revuelve ácia las murallas.

Mientras corren á guarecerse en el valle, los cristianos los persiguén, los arrollan, pero hallándose en la subida mas próximos al socorro de los suyos, Güelfo se detiene y teme esponer sus guerreros á una pérdida inevitable: Aladino mismo hace entrar á sus soldados en Solima, confundido, y lleno de siniestros presagios.

Entre tanto el sultan hizo todo lo que podia el brazo de un mortal: sus fuerzas estaban agotadas; la sangre y el sudor le caían por todos lados; su aliento salía con esfuerzo de sus pulmones oprimidos; su brazo caía bajo el peso de su escudo; su mano débil no imprimia ya á su espada mas que movimientos débiles y tardíos, y la espada misma no cortaba.

En tal conflicto vacila indeciso el fatigado caudillo. ¿Deberá morir? ¿Quitará al enemigo con su propia mano la gloria de su muerte? ¿Deberá sobrevivir á la derrota de los suyos, y salvar sus tristes dias? "Al fin, el destino vence, dijo; sea mi fuga trofeo de su victoria.

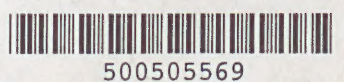
"Los ojos del enemigo vean huir á Soliman; torne á escarnecerme en mi nueva desgracia, en mi nuevo destierro, con tal que mis armas vuelvan por segunda vez á turbar su paz, y á conmover su trono mal seguro: yo no cedo, no; mi odio

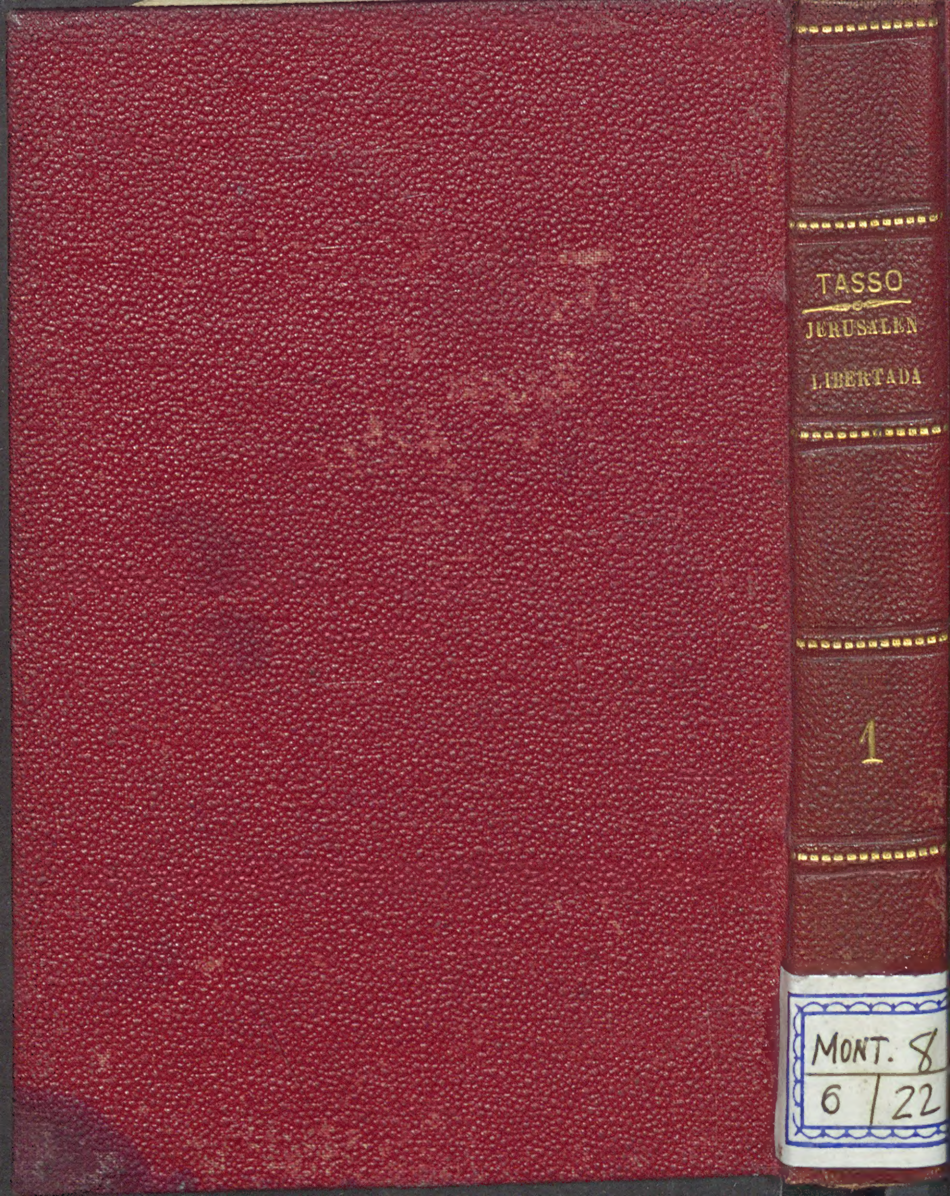

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA SEVILLA

será inmortal con la memoria de los ultrajes que me ha hecho, y desde el seno mismo del sepulcro yo renaceré mas terrible para su castigo y mi venganza."

FIN DEL TOMO PRIMERO.




500505569
BGU A Mont. 08/6/22-23



MONT. 8
6 | 22


colorchecker CLASSIC
calibrite
mm